



Secretos en el silencio

Gayle Wilson

eLit

SECRETOS EN EL SILENCIO

Gayle Wilson



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2001 Mona Gay Thomas. Todos los derechos reservados.
SECRETOS EN EL SILENCIO, N.º 69
Título original: Secrets in Silence
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.
Este título fue publicado originalmente en español en 2004.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9170-848-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Prólogo

Estuvo a punto de escapársele. Le ardían los ojos del cansancio y tenía la visión borrosa. Iba a dejar la fotografía en el montón de las que ya había examinado cuando algo le llamó la atención. Algo que parecía estar fuera de lugar...

Sin apartar los ojos de la fotografía, palpó la superficie del escritorio para tomar la lupa y enfocó con el cristal la parte que le había llamado la atención. Se quedó paralizada, hasta que empezó a temblarle el pulso. Después dejó la lupa en la mesa con mucho cuidado. Le latía el pulso con tanta fuerza que todo lo demás se desvaneció. Todo, excepto la fotografía y la pequeña y curva línea roja que desaparecía bajo el pelo rubio.

Levantó la cabeza, cerró los ojos y se los masajeó con las puntas de los dedos. Aquello era demasiado importante como para equivocarse. Tenía que estar completamente segura de que lo que veía era lo que llevaba buscando durante todos aquellos meses. Mientras lo hacía, se dio cuenta de lo cerca que había estado de perderlo, y tuvo una náusea. Si no hubiera ampliado el presupuesto para contratar a un investigador que le enviara todo el material que tenía frente a ella, nunca lo habría visto.

Tomó aire, concentrándose en calmar el ritmo de su pulso y en que las manos dejaran de temblarle. Le preocupaba examinar la fotografía de nuevo por si se había equivocado, pero por supuesto, solamente había una forma de asegurarse.

Abrió los ojos y volvió a mirarla. Colocó la lupa exactamente sobre el mismo punto que había estado estudiando antes: sobre el tallo curvo de la pequeña rosa roja que el asesino había dibujado en la nuca de su víctima, casi diez años atrás.

«El principio del fin», pensó. No importaba cuál fuera el resultado de la búsqueda que había emprendido más de ocho meses antes; al menos una de las preguntas que la había obsesionado durante toda su vida acababa de ser respondida.

Incluso en medio de aquella victoria, se dio cuenta de que no tenía a nadie con quién compartirla. Nadie que pudiera sentir lo mismo que ella. Todos se habían ido. Toda la gente para la cual aquello pudiera haber significado algo.

Ella era la única que quedaba. La única superviviente. Ella era la que tenía que hablar en su nombre.

Miró de nuevo la fotografía. Otra niña pequeña, con el pelo tan rubio que casi era blanco. Katherine Delacroix.

Había tenido un nombre y una vida. Hasta que él se lo había quitado todo.

Abrió una carpeta y miró todas las fotografías que contenía. Y aquella vez las vio de verdad. Vio a la otra niña a la que habían retratado. Al menos, lo que él había dejado de ella. El cuerpo roto y vacío de otra niña que él había destrozado.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Eran lágrimas inesperadas, porque ella nunca lloraba. No podía recordar la última vez que había experimentado una emoción tan fuerte que la hiciera llorar.

Katherine. Y Mary. «Por vosotras», les prometió. Y la imagen que tenía enfrente se hizo borrosa de nuevo. «Por vosotras. Y por todos nosotros».

Capítulo 1

Ola de calor. Callie Evers había oído muchas veces aquellas palabras, por supuesto. Pero no estaba segura de que hubiera entendido el significado hasta aquel día.

Cuando había llegado al Point Hope aquella tarde, el calor y la humedad del ambiente habían hecho que respirar le costara un esfuerzo, y que el sudor le mojara la ropa. Sin embargo, un poco más tarde, sentada en una mecedora en el porche trasero de la casa donde había alquilado una habitación, se encontraba menos acalorada. Y además, tenía vistas a las tranquilas aguas de Mobile Bay.

Se sobresaltó al oír el ruido de la puerta. Elevó la mirada y vio a la dueña de la casa, que se acercaba con dos vasos de té helado en una bandeja. Tomó uno de ellos y le dio las gracias con una sonrisa.

—Dios mío, ya casi ha anochecido y todavía hace tanto calor —dijo Phoebe Robinson, y tomó un sorbo de té—. Supongo que no estás acostumbrada a este tipo de calor. ¿O sí? Nunca estoy segura de la geografía. Me imagino que es porque hace mucho tiempo que dejé la escuela. ¿Charlotte está cerca del mar?

—No —dijo Callie, observando el panorama que se extendía ante ella. La oscura bahía se había convertido en un espejo en el que se reflejaba el cielo del anochecer, y el sol moribundo lo había teñido de púrpura y dorado, como si alguien hubiese tirado pintura sobre la superficie del agua. La Costa Este era famosa por sus puestas de sol, y aquella era un buen ejemplo.

Sin embargo, ya era de noche bajo los árboles que se alineaban por la orilla, y sus ramas negras formaban siluetas extrañas contra el espectáculo. Por primera vez desde que había llegado a Point Hope, le pareció posible que algo tan brutal como el asesinato de Katherine Delacroix hubiera sucedido allí.

—Supongo que te llevará unos pocos días aclimatarte —dijo Phoebe—. Tómate tu tiempo, querida. Es la humedad, y no el calor, lo que verdaderamente pasa factura.

Callie se llevó el vaso a los labios para ocultar la sonrisa que le produjo aquel manido comentario sureño. El frío y la dulzura de la bebida se le

extendieron por la boca, y tuvo que reprimir el impulso de pasarse el vaso por toda la cara para refrescarse.

La luz estaba desapareciendo por completo, y los colores de la superficie del mar habían desaparecido. Ya había algunas estrellas, y pronto resultaría imposible saber dónde terminaba el agua y empezaba el cielo.

En aquella tranquilidad se oía el chapoteo rítmico de las olas contra la orilla. Aquel sonido reconfortante le facilitaría el sueño, a pesar de su nerviosismo. Cuando había tomado la decisión de ir a Point Hope, se había sentido como si fuera la culminación de un largo viaje, en vez del principio. Sin embargo, cuando había llegado, su impaciencia se había agudizado.

—¿Vacaciones?

Absorta en sus pensamientos, se había olvidado de su casera, y la pregunta le pareció casi una intrusión.

—¿Perdón?

—Te he preguntado si has venido de vacaciones —repitió Phoebe—. No tenemos muchos turistas en esta época del año. El otoño es la mejor estación del año en Point Hope. El otoño es glorioso.

—Me temo que no estoy de vacaciones —Callie dudó, pero finalmente, se lo dijo. Tendría que decírselo más tarde o más temprano—. Estoy aquí para escribir un libro.

—¿Eres escritora? ¿Alguien a quien yo conozca?

—Probablemente no —admitió Callie, divertida por lo directo de la pregunta.

A Phoebe no podría resultarle familiar su nombre, a menos que hubiera visto alguna vez la pequeña revista semanal para la que escribía su columna. O a menos que estuviera suscrita a una de las revistas a las que le vendía reportajes sobre folclore, tradiciones y cultura para asegurar su solvencia económica.

—¿Es una novela romántica? —le preguntó Phoebe esperanzadamente—. Sally Tibbs, la bibliotecaria, me guarda las novedades.

Callie, recordando que tenía que explicárselo, y que tenía que empezar de alguna forma, le dijo sin ambages:

—En realidad, estoy escribiendo un libro sobre el asesinato de Katherine Delacroix.

Las palabras se quedaron suspendidas en el aire durante un instante interminable. Después, Phoebe preguntó, con la voz apagada:

—¿Kay-Kay? ¿Has venido por Kay-Kay?

—¿La conoció, señora Robinson?

—Todo el mundo se conoce en Point Hope —dijo la anciana despectivamente, como si aquello fuera algo que Callie debiera saber—. Yo le daba clases a Kay-Kay en la escuela dominical de la First Baptist Church. No faltaba ni una vez. El domingo anterior a...

A pesar de que las palabras se interrumpieran, Callie supo cómo terminaba aquella frase. «El domingo anterior a su asesinato». El asesinato de una niña de diez años, que nunca sentiría el calor y la humedad del verano, ni leería una novela, ni se enamoraría de un hombre.

—¿Me contará cosas sobre ella? —le pidió Callie. Aunque había intentado controlarse, la emoción hizo que la voz le sonara ronca. Y le pareció que transcurría mucho tiempo hasta que Phoebe respondió.

—No nos gusta hablar de Kay-Kay. Ni del asesinato. Ya tuvimos bastante conversación cuando ocurrió como para llenar una vida entera.

—Sé que es doloroso para aquellos que la conocieron, pero... Ella era uno de ustedes. Alguien que...

La mecedora crujió cuando la anciana se levantó. La brusquedad de aquel movimiento cortó el argumento de Callie.

—No nos gusta hablar sobre ello —repitió Phoebe.

—Créame, lo entiendo —le aseguró Callie—. Pero aquí murió una niña. Y la gente tiene derecho a saber por qué.

—Derecho a saber quién —dijo Phoebe, en tono acusatorio—. Eso es todo lo que te interesa. A ti y a todo el mundo. Sólo quién lo hizo.

—Por supuesto —dijo Callie. Por supuesto que aquello era lo que la gente quería saber. La identidad del asesino de Katherine Delacroix era lo que todo el mundo había querido saber durante diez años.

Era una pregunta que nunca había tenido respuesta. No se descubrió lo suficiente como para conseguir una orden de arresto contra el asesino, y mucho menos una condena. Y parecía que aquello nunca ocurriría, a menos que alguien que no fuera de aquel pequeño pueblo sureño les echara una mano.

—Tom Delacroix está muerto. Lo mejor es dejarlo estar —dijo Phoebe.

—¿Usted cree que lo hizo él?

—No importa lo que yo piense. No importa lo que piense cualquiera —dijo Phoebe, con la voz muy aguda.

—Sí tiene importancia, si no fue él quien lo hizo —le recordó Callie. Porque si Tom Delacroix no había matado a su hija...

—Ben Stanton —dijo la anciana. Sólo entonces, Callie se dio cuenta de que Phoebe había caminado hasta la puerta de la casa. Apenas distinguía su figura, en la oscuridad.

—¿Ben Stanton? —le preguntó, aunque su nombre le resultara familiar. Cualquiera que supiera algo del caso Delacroix conocía aquel nombre.

—Si alguien sabe algo, ese es Ben Stanton. Él lo sabe todo. Habla con él.

Callie abrió la boca para pedirle algo de información sobre el hombre que había estado en el centro de la investigación durante aquellos diez años, pero el ruido de la puerta al cerrarse terminó con el intento.

Se consoló a sí misma diciéndose que podría preguntarle por la mañana. Aquello le daría a Phoebe el tiempo necesario para acostumbrarse a la idea de que estaba allí por el asesinato de Katherine. Y de que, a pesar de lo que quisiera la gente de Point Hope, el mundo exterior no iba a olvidar a la niña que había muerto aquella noche.

«Pregúntale a Ben Stanton», le había aconsejado Phoebe. Y, después de todo, aquello era exactamente lo que había ido a hacer allí.

—¿Vas a salir, querida?

En cuanto Callie puso los dos pies en el piso de abajo, la voz de Phoebe salió flotando del salón. Callie entró por la puerta doble de la estancia.

Phoebe estaba sentada en la mesa, jugando a las cartas con otras tres personas. Al enfocar la vista, Phoebe se dio cuenta de que todos eran de la misma edad, y de que la estaban mirando a ella, en vez de mirar sus cartas.

—Vamos, querida, voy a presentarte a mis amigos —dijo Phoebe.

Aparentemente, la inquietud que su casera hubiera podido sentir hacia ella se había disipado durante los días que había pasado allí. O quizá los buenos modales innatos de Phoebe le impedían tratar a su huésped con otra cosa que no fuera hospitalidad sureña. Callie obedeció y se acercó a la mesa.

La anciana que estaba sentada enfrente de su casera tenía la piel igual de blanca que Phoebe, pero no tenía el pelo blanco, sino teñido de castaño. Llevaba unos pendientes de brillantes y muchos anillos, y estaba observando atentamente a Callie con sus ojos verdes, a través de unas gafas muy gruesas.

—Virginia Wilton —dijo Phoebe, señalándola con la mano en la que no tenía las cartas—. Tommy Burge —continuó, indicando al hombre delgado que estaba sentado a su lado—, y este es Buck Dolan —terminó.

Dolan, que era obviamente varios años más joven que los demás, estaba

muy bronceado, y se adivinaba que había sido un hombre muy guapo a la manera clásica. Tenía tanto pelo, y lo tenía tan oscuro, que Callie se preguntó si sería suyo.

—Ella es Callie Evans. Va a quedarse conmigo un par de semanas más.

Parecía que Phoebe no tenía ninguna intención de compartir la incómoda razón por la cual Callie iba a quedarse con ella dos semanas. Por supuesto, como Callie había pasado los tres días anteriores familiarizándose con el pueblo y con sus lugares más importantes, especialmente los relacionados con el asesinato, se imaginó que los tres sabrían perfectamente por qué estaba allí.

—Encantada de conocerla —le dijo Virginia Wilton—. Phoebe me ha contado que es de Charlotte. Yo fui al colegio con una chica que se apellidaba Evers, de Carolina. Belinda Evers. ¿La conoce?

—No creo.

—Su padre era médico. Muy buena familia. Si no recuerdo mal, de casada era Robert.

—No creo que los conociera —dijo Callie, reprimiendo una sonrisa ante aquel intento descarado de averiguar sus antecedentes. Era una forma de interrogatorio aceptada allí en Virginia, así que todas aquellas preguntas no podían considerarse una falta de educación. Era, simplemente, la forma de saludar a los nuevos conocidos, intentando hacer que encajara también entre los contemporáneos de uno.

—¿Está de vacaciones? —le preguntó Tommy Burge.

—No tengo tanta suerte —respondió Callie—. En realidad, estoy trabajando.

Se dio cuenta de que el delgado cuerpo de Phoebe se erguía en la silla, casi como si estuviera intentando lanzarle una señal. Sin embargo, sus amigos también vivían allí, y debían de conocer la zona tan bien como su casera. Sus puntos de vista sobre la gente involucrada en el caso Delacroix no tendrían precio.

—No dejes que te entretengamos, querida —le dijo Phoebe.

—¿Trabajando en qué? —le preguntó Buck Dolan, con un acento sutilmente diferente al de los demás, que no parecía sureño.

—En el caso de Katherine Delacroix —respondió ella.

Al oír aquellas palabras hubo un cambio evidente en sus posturas. Fue casi como si se encogieran, como si ella hubiera pronunciado una herejía en la iglesia.

—Callie está investigando para escribir un libro sobre Kay-Kay —dijo Phoebe, demasiado risueña.

—¿De verdad? —preguntó Burge—. Creía que la gente había perdido finalmente el interés por aquel asunto.

—No creo que pierdan el interés hasta que esté resuelto —replicó Callie.

—Así que nos veremos obligados a soportar a los desagradables medios de comunicación por siempre jamás.

Callie observó a Dolan con atención. Su tono de voz había sido menos amable que el de los demás.

—¿Eso significa que usted no cree que se resolverá, señor Dolan?

—No, mientras nosotros vivamos. Han ido enrevesando las cosas demasiado desde el principio.

—¿Quién?

—No le hagas caso a Buck —dijo Virginia—. Nunca le cayó bien Ben Stanton. Cree que Ben debería haber sido capaz de resolver el caso, y en vez de eso... —se encogió de hombros.

—Usted piensa que la policía llevó mal el caso —dijo Callie.

—Creo que la policía nunca debería haber intentado llevar a cabo aquella investigación. ¿Qué credenciales tenía Stanton para pensar que estaba cualificado para investigar un asesinato? Pasar una temporada en el Criminal Investigation Department no le prepara a uno para enfrentarse a un caso así. Está bien que jugara a ser policía cuando todo lo que tenía que hacer era poner multas, pero resolver un asesinato estaba más allá de su capacidad. Mucho más allá.

—Recurrió al FBI —apuntó Phoebe, separando mucho las sílabas y pronunciándolas con precisión—. Lo sabes, Buck.

—Cuando ya era demasiado tarde —replicó Dolan.

—A mí, Ben siempre me ha caído bien —dijo Virginia—. Era el joven más agradable del mundo. Al menos, hasta el asesinato.

El asesinato. Aquel era uno de los pocos lugares en la civilización moderna en los que se podía uno referir al asesinato de una niña de diez años como «el asesinato» y estar seguro de que todo el mundo entendía a qué se refería.

Nada de lo que habían dicho era nuevo para Callie, ni le ofreció información sustancial sobre el crimen, pero al menos estaban hablando, y parecía que su hostilidad inicial hacia lo que ella estaba haciendo se había disipado.

—Estúpido —dijo Buck despreciativamente—. Stanton nunca debería

haberse puesto en aquella situación. Debería haber tenido el suficiente sentido común como para darse cuenta desde el principio de que aquello lo superaba.

—Nadie hubiera podido saber nada desde el principio —comentó Tommy Burge razonablemente—. Tú tampoco, Buck. No se puede esperar que la policía sea capaz de leer la mente.

—No es leer la mente —dijo Virginia—. Tú te refieres a esa gente que puede adivinar el futuro. Los videntes. Eso es lo que tú quieres decir, Tommy. No podía ser un vidente.

—Pero podría haber sido un buen policía —dijo Buck—. Un buen policía ve una escena como aquella y es capaz de saber qué ha ocurrido. Y él no fue capaz.

A Ben Stanton lo habían llamado aquella mañana para que buscara a una niña que se había escapado de casa durante la noche, mientras su padre dormía. De acuerdo con la mayoría de las versiones, él no tenía razones para desconfiar, en un principio, de lo que le habían dicho. Alguien había abierto la puerta trasera de la casa desde dentro, y no había señales de lucha.

—¿Ha sido usted agente de la ley, señor Dolan? —le preguntó Callie—. Parece que tiene mucha experiencia.

La risa de Phoebe, ruidosa e inesperada, resonó por la habitación. Dolan la miró con los ojos entrecerrados. «No le cae bien», pensó Callie, pero la intensidad de aquella mirada sólo duró un segundo o dos. Cuando volvió a mirarla a ella, todavía con los ojos entrecerrados, no estaba segura de quién de las dos le desagradaba más.

—Yo nunca he sido policía, señorita Evers, pero tampoco soy tonto. He leído mucho sobre crímenes reales. Y sé lo que se supone que tiene que hacer la policía. En este caso no lo hicieron.

—Ve a hablar con Ben —le aconsejó Virginia—. Ninguno de nosotros estábamos en la piel de Ben Stanton aquella mañana, así que no sabemos lo que habríamos hecho. Tú tampoco lo sabes, Buck, así que cállate.

—En retrospectiva, todo se ve de forma diferente —añadió Tommy Burge.

—Chorradas —dijo Dolan—. Cualquiera buen policía...

—Vigila lo que dices, Buck Dolan —le regañó Phoebe—. Sabes que no me gusta ese tipo de lenguaje, y menos en mi casa. Sobre todo, si hay una señorita presente.

Callie tuvo que reprimir de nuevo las ganas de sonreír, al recordar el lenguaje que usaban en la sala de redacción la mayoría de sus compañeros de

trabajo y amigos.

—Lo habrá oído peor —dijo Buck, como si fuera el eco de su pensamiento.

—No. En mi salón, no. Y no lo hará —dijo Phoebe con firmeza—. Y ahora, dejad de hablar de Ben. Ella va a pensar que no somos más que unos paletos ignorantes. Y no es así como queréis que describa Point Hope en el libro que está escribiendo, ¿verdad?

Aquello había sido una advertencia más que evidente, y Callie sólo pudo esperar que no cortara el flujo de información.

—No sería la primera vez —dijo Burge—. Ninguno de nosotros salió oliendo a rosas de aquello.

—Estoy segura de que Callie —dijo Virginia— no tiene eso en mente.

—¿Y qué es, exactamente, lo que tiene en mente? —le preguntó Buck sarcásticamente, con los ojos azules clavados en su cara.

—Descubrir a un asesino —dijo Callie—. Supongo que es lo que quiere todo el mundo.

No hubo respuesta. El silencio se prolongó y se convirtió en algo tan incómodo que, finalmente, ella misma lo rompió, añadiendo:

—Quizá podamos hablar más tarde. Realmente, me gustaría entrevistar a tanta gente como pueda, gente que viviera aquí cuando todo sucedió.

—Jugamos a las cartas todos los martes y los viernes —dijo Virginia, con aspecto de sentirse aliviada porque la conversación se hubiera apartado de la palabra «asesinato»—. Las partidas son en casa de Phoebe porque ella ya no conduce. La mayoría de los días, Doc nos hace una visita, para vernos. Doc no juega a las cartas. Nunca lo ha hecho, que yo recuerde.

—¿Doc? —preguntó Callie.

—El doctor Everett Cooley. Supongo que también querrá hablar con él. Él era el forense, entonces. Hoy habría estado aquí, pero tenía que ir a Mobile.

—Llevaba a Ida Sullivan al oftalmólogo —dijo Phoebe, con una nota de censura en la voz—. Le dije a Everett, cuando vino la otra noche, que está permitiendo que esa mujer se aproveche de él.

Callie se preguntó, dado su tono, si Phoebe no estaría celosa.

—Doc deja que todo el mundo se aproveche de él —dijo Virginia—. Sólo Dios sabe todo lo que ha hecho por ti y por mí, Phoebe, así que no deberías quejarte porque ayude a la pobre Ida.

—No me estoy quejando por eso —replicó Phoebe, indignada—. Pero no me gusta que la gente le tome el pelo. Se supone que ya estaba retirado —le dijo a Callie, a modo de explicación.

—Sin embargo, no puede decirse que haya recortado mucho sus horas de trabajo —añadió Burge—. Es el único médico que todavía hace visitas a domicilio.

—A Dios gracias —dijo Virginia con vehemencia, cambiando de posición una de las cartas que tenía en la mano.

Hubo otro silencio embarazoso.

—Bueno, no dejes que te entretengamos más, querida —le dijo Phoebe, finalmente—. Estoy segura de que, escribas lo que escribas, serás justa. Después de todo, la gente de aquí no tiene nada que ver con... lo que ocurrió. Vete a hablar con Ben. Él puede contarte mucho más que ninguno de nosotros. Más que nadie de todo el pueblo.

—Tenía la intención de entrevistarme con el capitán Stanton —dijo Callie—. De hecho, quería hacerlo esta misma mañana. ¿Podría alguien darme la dirección?

Dolan murmuró alguna vulgaridad entre dientes, que atrajo otra mirada de reprimenda de su anfitriona. Fue Tommy Burge el que respondió la pregunta de Callie.

—Tome la carretera principal y siga las indicaciones hacia Mullet Inlet. Stanton tiene unas tierras al lado del mar. Cualquiera le dirá la dirección. Y, si no, pare en Galloway Grocery y pregunte. Así no se perderá.

—Gracias —dijo ella, paseando la mirada por toda la mesa para despedirse de ellos individualmente.

Sin embargo, la atención colectiva ya había vuelto a las cartas. La habían despachado, eficientemente, y la habían enviado a que se entrevistara con el hombre que había soportado la carga de un asesinato sin resolver durante los diez años anteriores. Y, a juzgar por la reacción de aquellos habitantes de Point Hope hacia sus preguntas, se imaginaba el entusiasmo que iba a sentir Ben Stanton cuando ella apareciera en la puerta de su casa.

Capítulo 2

Cuando llegó al final de la carretera embarrada, bordeada de árboles cubiertos de musgo, Callie se dio cuenta de que las tierras al lado del mar de Stanton no eran lo que ella había imaginado. Nada de la atmósfera de ricos de toda la vida, de gente adinerada venida a menos que se respiraba en aquel pueblo.

La primera cosa que llamó su atención fue el todoterreno que estaba aparcado al lado de la casa. El coche estaba descolorido de la exposición al sol y a la humedad del mar. Y la casa, de madera de cedro, era poco más que una cabaña.

Detrás había un pequeño embarcadero y un barco que, según su estimación, seguramente valía más que todo el resto. Además, a diferencia de todo lo demás, estaba muy nuevo y bien cuidado.

Callie respiró hondo para tranquilizarse y reunir valor antes de abrir la puerta del coche. En cuanto lo hizo, el calor, que se le había olvidado dentro de la burbuja de aire acondicionado del coche, la asaltó con algo parecido a una fuerza física.

Salió y cerró con cuidado. No quería darle a Stanton más avisos de los necesarios. Se quedó junto al coche un momento, escuchando. Lo único que se oía era el zumbido de los insectos. No había ningún sonido de televisión ni de radio que saliera de la cabaña. Ninguna señal de su dueño.

Si no hubiera sido por la presencia del barco y del todoterreno, ella habría vuelto a entrar en el coche, dispuesta a convencerse a sí misma de que Stanton no estaba en casa. A menos que hubiera salido a dar un paseo, sin embargo, era evidente que sí estaba. Y tenía que hablar con él...

De repente, notó que el vello de la nuca se le erizaba, y supo que alguien la estaba observando. No veía nada más allá de la pantalla-mosquitera de la puerta de la cabaña, pero sabía que había alguien detrás.

Se obligó a sí misma a avanzar hacia la casa. «No dejes que sepan que tienes miedo». Sonrió al pensar en aquella frase, aliviada de tener algo para distraerse. Además, fuera cual fuera la respuesta de Stanton a su visita...

—Ya está bien.

De nuevo, enfocó la mirada en la pantalla de la puerta. No había duda de

dónde provenía aquella voz. Y a causa de su posición, él tenía toda la ventaja. La veía claramente, y sin embargo, estaba oculto como si estuviera en mitad del espeso bosque que rodeaba la cabaña.

—¿Señor Stanton?

—¿Quién es y qué quiere?

—Me llamo Callie Evers. Me gustaría hablar con usted.

Hubo un silencio, lo suficientemente largo como para que ella fuera consciente de nuevo del zumbido de los insectos.

—¿Sobre qué? —preguntó él, finalmente.

Hubo algo en su tono, algo como un recelo habitual, que le indicó a Callie que él sabía por qué estaba allí. No sería la primera persona extraña que se había acercado a él en la última década. Probablemente, su radar estaba sintonizado para localizar a los intrusos curiosos.

—Sobre Katherine Delacroix.

Mientras contestaba, dio los pasos que faltaban hasta llegar a los escalones del porche. Al contrario que el resto de los porches del pueblo, aquel no tenía mecedoras ni plantas. Era evidente que no estaba pensado para resultar hospitalario.

—Entonces, está perdiendo el tiempo —dijo Stanton.

—Tengo mucho tiempo.

—Yo no.

Deliberadamente, ella paseó la mirada a su alrededor, por la vegetación salvaje y por el todoterreno, que no había recibido ni un manguerazo en meses. Cuando volvió a mirar hacia la pantalla de la puerta, sonreía abiertamente.

—Ya veo lo ocupado que le mantiene su casa, señor Stanton —dijo, intentando que su voz sonara relajada—, así que le prometo que no le robaré mucho de su valioso tiempo.

—No me robará nada —le dijo, en un tono incluso más frío que el anterior—. Busque lo que busque acerca del caso Delacroix, no lo encontrará aquí.

—Yo creía que usted era el experto.

—Creyó mal.

—Usted dirigió la investigación.

—¿No prefiere decir que «hice una chapuza de investigación»? —dijo él, burlonamente.

—¿Lo hizo? —le preguntó, arrepintiéndose en aquel momento de haberle hecho caso a sus escrúpulos y no haber encendido la grabadora.

—Salga de mi propiedad.

La ira había sustituido a la ironía anterior.

—Si no hizo una chapuza, ¿por qué no quiere hablar conmigo? ¿No quiere que el caso se resuelva?

—No voy a hablar con usted porque es una morbosa, señorita Evers. Y a mí no me gusta la gente morbosa.

—No sabe nada de mí, ni de mis razones para estar aquí.

—Si quiere hablar de Katherine Delacroix, entonces es una morbosa. Ella lleva muerta y enterrada diez años. Y yo no tengo intención de desenterrarla.

—¿No va a ayudarme a encontrar al asesino?

—Salga de mi propiedad —repitió Stanton, con la voz apagada.

—He leído todo lo que ha caído en mis manos acerca de este caso.

—Eso sólo refuerza mi opinión sobre usted.

—Y he llegado a la conclusión de que no es posible que Tom Delacroix tuviera nada que ver con la muerte de su hija —continuó Callie, obstinadamente. Si no podía conseguir la ayuda de Stanton con amabilidad, quizá pudiera causarle impresión para que hablara—. Lo que creo es que, a causa de su determinación inquebrantable de meter a alguien en la cárcel, a cualquiera, por aquel asesinato, usted arruinó la vida de un hombre inocente. Y al estar tan seguro de que Tom Delacroix era culpable, dejó que el verdadero asesino escapara después de aquella... atrocidad.

La pantalla de la puerta se abrió con tal estruendo que, de repente, a Callie se le encogió la garganta y no pudo continuar. Y, exactamente del mismo modo que las tierras al lado del mar de Stanton no habían tenido nada que ver con lo que había imaginado, el hombre que salió de la cabaña era totalmente diferente a la imagen mental que ella se había llevado a aquella entrevista.

Había muchas fotografías de Ben Stanton entre el material que ella había conseguido. Las había estudiado prestando una atención a los detalles que, había tenido que admitir finalmente, no era debido únicamente a su interés en aquel caso.

En la mayoría de las fotos, él llevaba el uniforme de policía, con el cinturón negro abrochado alrededor de sus caderas estrechas. Siempre aparecía con los ojos azules entrecerrados contra la luz, o con gafas de sol. Parecía el vivo retrato de la eficiencia y de la dedicación a su trabajo. Y ninguna de aquellas impresiones encajaban con la realidad del hombre que acababa de salir de aquella casa hecho una furia.

Sólo llevaba unos vaqueros, tan desgastados que eran de color gris. La

cintura le quedaba por las caderas, tan estrechas como ella recordaba. Estaba muy bronceado, y tenía el pecho y los hombros anchos y musculosos. Iba descalzo, y tenía los pies tan morenos como el resto del cuerpo. Incluso su pelo era diferente. Lo tenía negro, brillante, más largo que en las fotografías, y con algunas canas en las sienes.

Y no llevaba gafas de sol. Su mirada azul, penetrante y furiosa, estaba atravesándola.

—¿Por qué demonios se cree usted que tiene derecho a... —empezó a decir, con la voz tensa de desprecio.

—Él firmó su obra —dijo ella.

Stanton se quedó callado y abrió mucho los ojos de la sorpresa.

—Quizá no supiera qué era esa marca o qué significaba —continuó ella, obligándose a que su voz sonara calmada—. Pero la vio. Usted tuvo que verla. Alguien tuvo que verla.

No quería sacar tan pronto aquel as de la manga, pero tampoco había previsto que él le diera miedo. La hostilidad de Stanton era palpable, y quizá aquello fuera mejor que revelar lentamente lo que sabía, tal y como había planeado. Al fin y al cabo, la fuerza de la reacción de aquel hombre había confirmado que ella tenía razón.

Y había conseguido su atención por completo. Ben Stanton estaba, literalmente, absorbiendo cada una de sus palabras, y la furia de sus ojos azules se había transformado en algo diferente.

—Dibujó una rosa en la nuca de la niña, escondida bajo la línea del pelo.

Stanton no dijo nada, pero entrecerró los ojos, mirándola fijamente a la cara.

—Tenía una rosa en la nuca, ¿verdad?

Exactamente igual que lo había sabido por su reacción inicial, supo por el silencio de Stanton que tenía razón.

—La dibujó con un rotulador rojo, o quizá con tinta, pero estaba allí. ¿Verdad, capitán Stanton?

—Salga de mi propiedad —repitió él. No se había movido del borde del porche, pero su mirada había sido lo suficientemente reveladora.

—Sabía que estaba allí. Lo sabía. Y ahora tiene que saber que la persona que asesinó a Kay-Kay hizo lo mismo, al menos una vez, antes —dijo Callie, y vio con satisfacción que la expresión de Stanton cambiaba de nuevo por una de impresión—. Dieciséis años antes de que dibujara esa rosa en la nuca de Katherine Delacroix, le hizo exactamente lo mismo a otra niña. ¿O es que

no quiere oírlo? ¿Tiene miedo de que, si lo escucha, tenga que admitir que estaba equivocado?

Gracias a Dios, se había recuperado lo suficiente como para convencer a Callie Evers de que no iba a hablar con ella, pensó Ben mientras pasaba la fregona por la cubierta de su barco. Ya estaba impecable antes de empezar, pero la actividad física le ayudaba a pensar con claridad, quizá porque le enviaba sangre al cerebro. Dios sabía que se había mareado cuando Evers había mencionado la rosa. Y después, se había puesto furioso por dejar que ella lo hubiera sorprendido con la guardia baja. Todavía lo estaba.

Cuando la había oído hablar de aquello, se había quedado tan estupefacto que sólo había podido pedirle que se marchara. Finalmente, le había repetido tantas veces que saliera de su propiedad, que la orden había surtido efecto. Se había marchado, y aquello le había dado la oportunidad de enfrentarse en privado a todos los fantasmas que ella había resucitado. Hasta aquella mañana, pensaba que había conseguido exorcizarlos.

—Maldita sea —soltó. Luchando por calmarse, se tropezó con el cubo lleno de agua que estaba usando para aclarar la fregona.

No había remedio. Ella había dado en el blanco. Al recordar lo bien que lo había hecho, empujó la fregona con fuerza, usándola como objeto para descargar su furia, la cual iba dirigida, en su mayor parte, hacia él mismo.

Finalmente, mientras trabajaba, había sido capaz de situar lo que ella le había dicho en un contexto posible y probable. A Callie Evers, quienquiera que fuese, le habían proporcionado aquella información privilegiada, y ella había intentado usarla para conseguir que él rompiera el silencio que había mantenido sobre la muerte de Katherine Delacroix durante diez años. Era la única explicación que tenía sentido.

Y decidió que iba a descubrir a la persona responsable de aquella filtración.

El jefe del departamento de policía de Point Hope, integrado por dos hombres, estaba recostado en el respaldo de su silla, con los pies apoyados en el escritorio, cuando Ben entró abriendo la puerta de un portazo, y el ambiente relajado se disipó rápidamente en cuanto empezó a soltar lo que había ido a decirle al que había sido su subordinado.

—¿En qué demonios estabas pensando cuando le has dicho a esa tal Evers

lo del dibujo?

Doak Withers había bajado los pies del escritorio en cuanto Ben había entrado, y al oír la acusación, se irguió en la silla. Finalmente, se levantó y se apoyó en la mesa, acercando la nariz a menos de dos milímetros de la de Stanton.

—Muérete, Ben —le dijo.

—Eso no responde a mi pregunta —dijo Ben, ignorando la demostración de ira.

Él también estaba furioso. No veía otra forma de que aquella mujer se hubiera enterado de lo de la rosa, excepto que se lo hubiera dicho Withers.

—Sabes que yo no le daría a nadie una información como esa —le dijo Doak—. Yo no le he dicho a nadie lo del dibujo del cuello de esa niña, y no es probable que lo haga a estas alturas. Y si lo hiciera, no se lo diría a una reportera metomentodo. Ella ya había estado en tu casa cuando vino aquí. Me dijo que había hablado contigo, y que estaba escribiendo un libro sobre Kay-Kay. Y no es que me sorprendiera, porque media ciudad me ha estado llamando por teléfono durante los dos últimos días para quejarse por eso.

—Entonces, ¿qué le has dicho?

—¡Nada! Me imaginé que tú ya le habrías contado lo que quisieras que supiera. Yo no le he dicho nada, y mucho menos nada de la rosa.

—¿Y quién lo ha hecho? —le preguntó Ben.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —le preguntó Doak. Ambos se habían erguido, y ya no estaban en una posición tan enfrentada—. ¿Qué es lo que te hace pensar que alguien se lo ha dicho?

—El hecho de que... —Ben se detuvo, porque su mente le estaba dando una respuesta en la que no quería pensar. Si alguien de aquella oficina había filtrado el secreto que él había guardado durante más de diez años, entonces...

Entonces él tendría que enfrentarse a la posibilidad de que todo lo demás que le había dicho Callie Evers fuera cierto. Aquello era algo para lo que no estaba preparado.

—No hay otra forma de que haya podido enterarse —terminó la frase, aunque era consciente de que aquellas palabras no tenían significado.

Entonces oyó que Doak dejaba escapar el aire de los pulmones con un bufido.

—Todo lo que estoy diciendo es que no lo ha averiguado a través de mí —dijo Withers, con la voz más calmada.

—¿Simmons?

—¿De verdad crees que yo le contaría a Bill algo confidencial? —le preguntó Doak desdeñosamente—. Ya sabes que no lo haría.

—Entonces, no puede haber sido nadie más.

—Lo pusiste en el VICAP —le recordó Doak.

Aquella era la base de datos sobre crímenes violentos sin resolver que actualizaba y gestionaba el FBI. A pesar de que Ben había tenido clara la identidad del asesino desde que había empezado la investigación, había comparado la rosa con otros signos que hubiera en aquellos expedientes, porque era parte de su trabajo.

De acuerdo con el Bureau, no había nada parecido a lo que él tenía entre manos. No tenían ningún otro asesinato con aquel símbolo del caso Delacroix, ni con detalles parecidos. Así que, dijera lo que dijera Callie Evers, sabía que no había habido otro asesinato parecido a aquel que hubiera quedado sin resolver. Sin embargo, eso no explicaba cómo se había enterado de lo de la rosa, y él necesitaba saberlo.

—Ese es un sistema cerrado —dijo él, pensando en las posibilidades, incluso mientras explicaba por qué el VICAP no era una de ellas—. Nadie puede ver lo que tienen allí. Nosotros nos limitamos a proporcionarles la información sobre el caso de Kay-Kay, y ellos lo compararon con los demás. Y para que Evers consiguiera que hicieran eso para ella... —entonces dudó, intentando pensar si había otra forma.

Doak llenó la pausa.

—Para que alguien hiciera eso, ella ya tendría que conocer el dibujo.

El silencio creció, mientras Ben rechazaba de nuevo la otra posibilidad, la que había mencionado Callie Evers. Le parecía impensable.

—¿Quieres que compruebe si el expediente del caso está completo? —le preguntó Doak, haciendo saltar una chispa de esperanza en la desesperación, cada vez mayor, de Ben—. Puedo asegurarme de que todo está ahí. ¿Quieres que verifique que nadie lo ha abierto?

—¿Tienes alguna razón para pensar que eso ha podido suceder?

El expediente Delacroix siempre había estado guardado en la caja fuerte de la comisaría. Al principio, los medios de comunicación habían intentado ponerle las manos encima por todos los medios. Alguien había llegado a robar las fotografías de la autopsia. Aquello era algo que también se había achacado a la falta de experiencia de Ben Stanton en casos de alto nivel.

Y no les faltaba razón a los que lo habían hecho, pensó Ben con amargura.

En aquel entonces, no tenía ni idea de hasta dónde podrían llegar los carroñeros de la prensa. El robo de aquellas fotografías había sido un aviso. Un aviso que había llegado demasiado tarde.

—No, nada excepto lo que tú estás diciendo —dijo Doak, encaminándose hacia la vieja caja fuerte.

Ben observó cómo Withers movía la rueda de la combinación, que no había cambiado en todos aquellos años desde que él se había marchado. Ni tampoco había cambiado el archivador marrón en el cual se guardaban los expedientes de investigación. solamente con verlos, incluso después de todo aquel tiempo, se le revolvió el estómago.

Toda la frustración y el resentimiento de aquellos días interminables volvieron a invadirlo. Frustración por no poder demostrar algo de lo que estaba seguro. Y resentimiento porque, a pesar de que había hecho todo lo que sabía hacer, a pesar de todas las noches y los días que había pasado sin dormir, aquel siempre sería su fracaso. Su vergüenza.

Una niña había muerto, y su asesino se había escapado. Y había ocurrido en su pueblo, bajo su vigilancia.

—El sello está intacto —dijo Doak, atrayendo su atención hacia la carpeta.

—Rómpelo —le ordenó Ben.

Withers lo miró a los ojos, quizá cuestionando la autoridad que había tras aquella orden. Habían trabajado juntos demasiado tiempo y habían estado muy compenetrados, pero sin embargo, el hecho de que las posiciones estuvieran invertidas en aquel momento interfería en la dirección de la orden.

Doak deslizó el pulgar entre el lacre y el papel, y rompió la goma en dos. Sin embargo, no hizo ademán de abrir la carpeta. Ben miró hacia arriba en el instante justo en el que su anterior subordinado tragaba saliva, captando el movimiento de su garganta.

—Abrir esto parece como... demonios, no sé. Como una especie de profanación —dijo Doak, mirando el expediente.

Aquello era exactamente de lo que él había acusado a Callie Evers, pensó Ben. De desenterrar el asesinato de una niña para satisfacer el apetito morboso de la misma gente que había devorado las hojas de los periódicos sensacionalistas, con aquellas fotografías espeluznantes.

¿Acaso él era mejor que todos los demás? Él había puesto aquel sello de lacre en aquella carpeta hacía ocho años, porque no había sido capaz de hacer nada con lo que contenía.

Conocía aquel material detalle por detalle, pero no le había llevado a

ninguna parte. Y durante todo el tiempo había sabido que, a pesar de lo que había allí, nadie conseguiría devolverle la vida a Kay-Kay.

—La profanación va a ocurrir si alguien saca a relucir que nos guardamos esta información —dijo—. Vamos a estar de nuevo en las portadas de todos los periodicuchos de este país.

Entonces, Doak dejó que el contenido de la carpeta se extendiera sobre el escritorio.

—Sírrete tú mismo —le dijo. Después, Withers dejó la carpeta sobre la mesa y se alejó hacia la ventana que daba a la calle principal del pueblo.

Ben empezó a buscar entre el montón. Cuando llegó a las fotografías de la autopsia, atadas con un cordel, sintió la bilis en la garganta. No las miró. Si quería ver aquellas imágenes de nuevo, las tenía perfectamente intactas y vívidas en su inconsciente. Y en sus pesadillas.

Tragó saliva para reprimir una náusea mientras continuaba mirando el resto de las cosas, y se obligó a comprobar que todo lo que había en el listado que él mismo había hecho estaba sobre la mesa.

Seguramente, en la actualidad hubiera tenido un ordenador. Sin embargo, en aquellos días las cosas no eran tan sofisticadas, y menos en Point Hope. Así que había guardado copias de cada informe que se había generado durante la investigación del caso. Y también había guardado sus propias notas, que estaban allí, con el resto de las cosas. Justo donde debían estar.

También estaba el dibujo que él mismo había hecho de la pequeña rosa roja. Todavía recordaba haber apartado los mechones de pelo rubio que se aplastaban contra la frágil nuca de Kay-Kay aquella mañana, para dejar a la vista la diminuta flor.

No había ninguna fotografía de aquella rosa entre las de la autopsia. Doc Cooley, el que ocupaba el puesto de médico forense del condado cuando había ocurrido el asesinato, no la había visto. El suave pelo rubio se había secado para cuando Doc había hecho la autopsia y había ocultado la flor.

Y aquel había sido otro error. Ben había supuesto que Doc la vería. Sin embargo, cuando había abierto la carpeta que contenía las fotografías del examen forense y se había dado cuenta de que no había ninguna de la rosa, los Delacroix ya habían enterrado a su hija. En aquel momento no iban a permitir a las autoridades, y especialmente a las del Departamento de Policía de Point Hope, exhumar su cuerpo.

«Así que no hay manera», pensó Ben, acariciando el dibujo con la punta de los dedos. No había forma de que Callie Evers se hubiera enterado de

aquello. No, a menos que estuviera diciendo la verdad. Movi6 la cabeza negando lentamente, tragando de nuevo para evitar otra náusea.

—¿Falta algo? —preguntó Doak.

Se volvió y se encontró a su antiguo subordinado mirándolo.

—Nada —admitió Ben.

No faltaba nada de lo que él había puesto en aquella carpeta ocho años antes. Nada, excepto la certidumbre absoluta que tenía, cuando lo había sellado, de que sabía quién había sido el culpable de la muerte de Kay-Kay. Y aquella era la única cosa que no podía permitirse perder.

Capítulo 3

—Creo que me quedaré aquí un poco más —le dijo Callie a su casera—. Si no te importa.

La paz del porche de Phoebe era más que acogedora. Y el vaso de vino fresco que le había dado le estaba calmando los nervios, después de sus entrevistas con Ben Stanton y con Doak Withers.

Ya se estaba temiendo que ocurriría lo mismo con las demás personas con las que tenía que hablar. Personas que habían estado involucradas en aquel caso, tanto como Stanton. Y si reaccionaban con la misma hostilidad...

—Haz exactamente lo que más te apetezca, querida —dijo Phoebe—. No tienes que pedirme permiso. Comportate como si estuvieras en casa de tu madre. O de tu abuela. Me imagino que debo de ser tan vieja como para ser tu abuela.

Parecía que Phoebe había perdonado a Callie por sus razones para estar allí. O, si no la había perdonado, al menos lo había aceptado. Quizá fuera debido a la proverbial tolerancia de los sureños con los escritores excéntricos.

—Me apetecería dar un paseo hasta la orilla. ¿Crees que es seguro?

—¿Seguro? —repitió Phoebe, divertida—. Querida, puedes ir donde quieras en este pueblo, a cualquier hora del día o de la noche. No ha habido ningún crimen desde...

«Desde que alguien asesinó a una niña».

—En mucho tiempo —terminó Phoebe, diciéndolo rápidamente para disimular la duda—. Point Hope no es como Nueva Orleans, ni como Birmingham, ni como ninguno de esos lugares sobre los que hayas podido leer.

—No quería molestar a sus vecinos —le explicó Callie—. Me preocupaba despertar a los perros del vecindario, y causar un estruendo —añadió.

—Todos somos demasiado viejos como para tener perro. Los hemos sobrevivido. Aunque a mí no me importaría tener un perro guardián, ahora que lo dices. Te avisan cuando llega alguien. Así tendría tiempo para recoger todo el desorden si son mis amigos, y de esconder la bebida si es el cura... —dijo Phoebe, y su risa resonó en la tranquilidad de la noche—. Puedes ir por donde quieras —continuó—. Por el camino, o por los muelles. Pero creo que

no deberías adentrarte mucho en el agua, si vas a nadar. Es peligroso nadar sola, sobre todo de noche.

—No te preocupes por eso —le dijo Callie. No era una buena nadadora, así que nunca se había sentido segura en el mar.

—Buenas noches, entonces —dijo Phoebe—. Que duermas bien, y no dejes que te piquen los bichitos de la cama.

—No deberías tener bichitos de las camas, Phoebe. Te van a retirar la licencia de la casa de huéspedes —bromeó Callie.

—¿Sabes? Ni siquiera sé qué son esos bichitos —dijo la anciana—. Eso era algo que les decía a mis hijos cuando se iban a dormir. Supongo que es porque mi padre también nos lo decía a nosotros.

—No sabía que tuvieras hijos.

Callie no recordaba haber visto ninguna fotografía de familia de Phoebe por la casa. Quizá desde que la había abierto a los huéspedes, había quitado las fotos y se las había llevado a la parte privada de la casa.

—Dos chicos. Uno de ellos murió en Vietnam. Sólo tenía veintiún años. Toda la vida por delante —la voz, a través de la oscuridad, había perdido su tono habitual de buen humor.

—Lo siento muchísimo, Phoebe. No quería recordarte nada...

—Oh, cariño, eso fue hace mucho tiempo —dijo la mujer, cortando su intento de disculparse.

—¿Y tu otro hijo?

El sonido de la pantalla de la puerta al cerrarse ahogó la última palabra de su pregunta. Incluso en el poco tiempo que Callie había pasado de huésped en casa de Phoebe, Callie había descubierto que su casera era un poco dura de oído. O quizá, pensó, la audición de Phoebe fuera selectiva. Quizá evitara los asuntos que le resultaran dolorosos, como, evidentemente, era la muerte de su hijo.

«Demasiados fantasmas», pensó.

Terminó el vino y echó a andar por el camino que bajaba hasta la playa. La noche era clara y tranquila, a pesar de que había luna nueva. Según se acercaba a la orilla, la brisa le acarició la cara. El aire tenía cierto olor a algas y a pescado, y de repente, por encima de aquellos olores, percibió un hedor repulsivo.

La corriente debía de haber arrastrado algo a la arena, y con aquel calor, cualquier desecho orgánico se habría convertido en algo desagradable. ¿Lo suficientemente desagradable como para hacer que volviera atrás? En cuanto

se le pasó por la cabeza la idea de volverse a casa, el hedor desapareció, y volvió a percibir el olor a mar. Elevó la cara y aspiró con fuerza. El viento le revolvió un mechón de pelo y se lo llevó a los ojos.

Levantó una mano para apartárselo de la cara, pero antes de que pudiera completar el movimiento, unos dedos masculinos y fuertes la tomaron por la muñeca. Tiró del brazo hacia delante, en contra de la mano que la sujetaba. Después intentó volverse, pero el movimiento se vio interrumpido por la posición poco natural que le obligaba a tomar Ben Stanton, sujetándole el brazo por encima de la cabeza.

—¿No tiene miedo de estar aquí sola con un asesino suelto?

—Suélteme —le dijo, con la voz calmada.

Él obedeció, y entonces Callie se volvió para mirarlo de frente, resistiendo el impulso de frotarse la muñeca. No le había hecho daño, pero se había quedado con la sensación de que él la había controlado, y no le gustaba. Se sintió como una de aquellas heroínas góticas que se frotaban los labios después de que las hubiera besado el villano.

Pero él no era un villano, a pesar de que lo hubieran acusado de casi todo lo demás. Y no la había besado. A juzgar por su tono de voz, besarla era lo último que tenía Ben Stanton en la cabeza.

Al darse cuenta de lo que le habría podido llevar allí, a Callie se le aceleró el corazón. Intentó controlar la respiración para que no se oyera en el silencio de la noche.

—Si estuviera asustada, no habría venido aquí —después de todo, si seguía el modelo, el hombre que había matado a Kay-Kay se habría marchado de Point Hope hacía muchos años—. Además —añadió—, estoy segura de que el capitán Withers y su subordinado están de patrulla, haciendo el mundo más seguro para la democracia —la negativa del comisario a hablar con ella todavía le molestaba.

—Le gustan los blancos fáciles —dijo Stanton.

Ella sacudió ligeramente la cabeza. No había entendido lo que él quería decir, aunque aquel comentario era, evidentemente, una respuesta al suyo. Blancos fáciles. ¿Se refería a Withers? ¿A los sureños?

—Los chicos de azul, los policías. El blanco de todas las bromas.

—Caqui.

Se sintió aliviada porque no le temblara la voz a pesar de su nerviosismo. Ben Stanton había ido a hablar con ella, aunque pareciera increíble después de su enfrentamiento.

Al oír aquella palabra, él entrecerró los ojos, y ella ya no pudo distinguir su color, ni si su mirada era tan fría como aquella mañana. Al menos, estaba vestido. Callie había descubierto que había pocas cosas tan intimidantes como un hombre furioso y medio desnudo.

—Usted iba vestido de caqui, no de azul —dijo ella, preguntándose por qué le estaba explicando aquello. ¿Qué importancia tenía?

—¿Se supone que tengo que sentirme halagado porque usted se diera cuenta?

—Se lo he dicho. Sé todo lo que hay que saber acerca de este caso —«incluyendo lo que usted encontró en la nuca de Kay-Kay».

—Si va usted a hacer una acusación como la que ha hecho esta mañana —le dijo Stanton—, más le vale tener pruebas para fundamentarla.

De nuevo, Callie se sintió aliviada. Parecía que no iban a jugar al ratón y al gato. Tenía la sospecha de que Stanton sería mucho mejor que ella en aquel juego.

—Puedo demostrárselo —le dijo ella.

Contuvo la respiración mientras esperaba su respuesta. Aquello era lo que había estado esperando. Una oportunidad para averiguar lo que sabía Stanton, para poder combinarlo con sus propios conocimientos. Y quizá entonces...

—¿Enseñarme qué?

—Mi material. Pero lo tengo en mi habitación. Creo que Phoebe ya se ha ido a la cama, así que quizá no deberíamos...

—Su virtud está a salvo conmigo, señorita Evers —dijo él, en tono ligeramente burlón.

—No me refería a eso —dijo ella, rígidamente.

Su comentario no había tenido carga sexual, pero por alguna razón, ella se sintió un poco azorada porque Stanton pudiera pensar que estaba coqueteando.

«No importa lo que él piense», se dijo, rogando que la oscuridad ocultara lo ruborizada que estaba. No importaba nada, siempre y cuando él le dijera lo que necesitaba saber, así que se dio la vuelta y empezó a subir por el camino.

—Eso podría ser algo —dijo Ben, satisfecho con su tono de voz. Transmitía la sensación de que aquello no le importaba, y sin embargo tenía una náusea en la garganta.

—Pero usted y yo sabemos lo que es —dijo Callie—. Es parte del tallo de

una rosa. Exactamente igual que la que dibujó en su otra víctima.

Ante aquella certidumbre y aquella calma, Ben volvió a mirar la fotografía que ella había dejado sobre el escritorio de su habitación y después a sus ojos. Eran de color verde grisáceo, como el mar cuando uno se adentraba lo suficiente. El color le iba bien a su piel, que era casi céltica en su blancura, teñida en aquel momento por un sutil rubor en los pómulos.

«¿Nerviosismo o convicción?», se preguntó Ben.

—Yo no sé nada, señorita Evers, excepto lo que usted me ha dicho. Y hasta el momento no me ha enseñado ninguna prueba. Ni siquiera de ese otro crimen del que habla sin parar.

—Hawkins Bluff, Carolina del Norte —dijo ella.

Las palabras sonaron muy bajo, pero su voz se había llenado de expectación, como si tuvieran que significar algo para él. Pero no tenían significado. Ninguno.

—¿Me está diciendo que una niña fue asesinada en Carolina del Norte hace veintiséis años, exactamente igual que esta? —le preguntó, poniendo el dedo encima de la foto.

No volvió a mirarla. No necesitaba hacerlo. Era la que él había examinado unas doscientas veces, como las otras, buscando algo que pudiera haberse escapado. Algo que le permitiera terminar con las pesadillas que habían poblado sus sueños durante años, después de que descubriera el cuerpo de Kay-Kay.

Hubo algo que nunca encontró. Algo que tampoco iba a encontrar allí, aquella noche.

—No... exactamente igual —admitió ella—. Quizá por eso nadie los había relacionado antes. Por eso, y por el hecho de que usted no lo revelara todo sobre el asesinato.

—El policía que lo diga todo sobre un asesinato sin resolver es tonto. Y piense lo que piense usted sobre mí, señorita Evers, yo no soy tonto. Dígale a Lorena que esto no va a funcionar. Dígale que ya es hora de que deje de tirar el dinero.

Hubo un silencio.

—¿Piensa usted que la señora Delacroix me ha contratado?

Le había dado muy bien el toque de incredulidad a sus palabras, reconoció Ben. Por supuesto, Lorena tenía dinero para contratar a la mejor. Aquello siempre había sido parte del problema.

—O quizá se supone que tengo que creerme que usted disfruta mirando

fotografías de autopsias de niños asesinados con una lupa.

Por su mirada, él supo que tenía razón. Ella nunca habría podido ver aquella pequeña línea curva si no hubiera examinado la foto con una lupa. De la rosa, no se veía más que el tallo, e incluso sólo se advertía si uno estaba buscándola. No podía haberla identificado como parte de un dibujo sin una lente.

Lo cual era discutible, supuso, porque él nunca había admitido que hubiera un dibujo en la nuca de Kay-Kay. Y no iba a hacerlo. No ante ella.

—Se lo dije —explicó ella—. Yo estaba buscando algo como esto. Y lo encontré, justo donde estaba la otra.

—¿La otra qué?

—La otra rosa. El otro asesinato.

—En... Carolina del Norte, ¿verdad? —el sarcasmo fue deliberado. Y si tuvo algún impacto, ella lo disimuló bien.

—Exacto.

—Dígame el año y el día.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de nada. Usted es la que me está intentando convencer de que este cuento chino es verdad.

—Y usted es el que está intentando convencerse de que no ha podido equivocarse —replicó ella, devolviéndole la burla—. Si quiere esa información, tendrá que darme algo a cambio. Algo como una admisión pública de que encontró el dibujo de una rosa en la nuca de Katherine Delacroix.

Él se irguió y se apartó del escritorio con brusquedad. Callie dio un paso involuntario hacia atrás, con los labios separados por la sorpresa, o por el miedo.

Había visto aquella emoción en sus ojos cuando, aquella mañana, había abierto de un golpe la pantalla de la puerta de su casa, y cuando la había tomado de la muñeca aquella noche. Por supuesto, aquello había sido deliberado, calculado para asustarla. Quería amenazar su equilibrio para ver cómo reaccionaba, y hasta entonces, ella no había consentido que le hiciera perder la calma. Sin embargo, en aquel momento, su ansiedad era evidente.

«Así se hace, Stanton. Estás haciendo un buen trabajo asustando a esta mujer», se dijo, mirándola a los ojos. Leyendo en ellos la lucha para recuperar el control y esconder el ataque de ansiedad.

—No voy a darle nada a cambio —reiteró él—. Crea lo que crea haber

encontrado en esa fotografía, yo no estaba equivocado en cuanto a Tom Delacroix. Y puede decirle a Lorena que, mientras me quede aliento, seguiré diciendo que su marido era un asesino miserable que estranguló a su hija para impedir que gritara mientras la violaba.

La impresión causada por aquella descripción brutal se reflejó momentáneamente en los ojos de Callie Evers, pero aquella vez ella no se encogió. No huyó de su furia. En vez de eso, dio un paso que la acercó al escritorio y tocó la foto que había dejado allí.

—Entonces, ¿cómo explica la similitud entre los dos asesinatos? —le preguntó—. ¿Cómo explica la otra rosa?

—Que yo sepa, no existe. A menos, por supuesto, que usted tenga pruebas.

Si las tuviera, hubiera puesto las dos fotografías juntas en el escritorio. Así era como se hacían aquellas cosas. Se exponía todo desde el principio, si uno quería obligar a la persona a examinar las pruebas y admitir lo que implicaban. Ella no lo había hecho. Sólo le había enseñado cosas que él ya sabía.

—Le aseguro que el caso está bien documentado.

—Creo que hemos terminado aquí, señorita Evers. La habría escuchado si hubiera podido mostrarme...

—Fue el nueve de julio de mil novecientos setenta y cinco. Y, en caso de que no sepa dónde estaba Tom Delacroix en aquel momento, se lo diré. Estaba cumpliendo una pena en un centro de rehabilitación para alcohólicos. Estaba bajo llave.

Ben sabía que había habido algo así, aunque no estaba seguro de las fechas. Una sentencia de seis meses, que podría haber sido mucho más larga, teniendo en cuenta las múltiples reincidencias. La última vez había huido de la escena de un accidente que él había provocado. Podría haber sido una sentencia mucho más larga, de no haber sido por el dinero y la posición de su padre.

—Pruebas —dijo Ben, en un tono suave pero exigente.

—El juzgado se quemó. Los informes del asesinato...

Él le acercó la fotografía que estaba entre ellos por la superficie de la mesa.

—Pruebas —repitió.

—Salió en todos los periódicos —dijo ella, con calma.

—Informes de la policía, el informe de la autopsia, fotografías de la autopsia... —enumeró Ben—. ¿Tiene usted algo de eso?

—Ya se lo he dicho. El juzgado donde estaban todos esos informes se

quemó a principios de los ochenta.

—Eso es una casualidad muy desgraciada —dijo él—. O algo muy conveniente. Supongo que depende del punto de vista, ¿no le parece?

—Tengo los recortes de la prensa.

—¿Declaraciones?

Ella asintió.

—Del periodista. Dice que el comisario...

—¿Tiene una declaración de él? ¿Del comisario?

La pausa fue demasiado larga, así que él supo de nuevo cuál sería su respuesta antes de que se la diera.

—Está muerto. Hablé con su viuda, que recordaba que él había mencionado la rosa. Y el periodista...

—¿Alguna de esas dos personas le ha dicho que viera personalmente el dibujo?

—No —respondió ella, en voz muy baja.

—¿Y éste es su caso? —le preguntó él, burlándose. Después, se le endureció la voz—. No tiene nada, señorita Evers. Créame, yo desearía que lo tuviera.

Ella soltó una carcajada, tan amarga que él se quedó sorprendido.

—No, no es cierto. Esa es su peor pesadilla. La idea de que alguien pueda demostrar que está equivocado. Usted fundamenta su reputación en la culpabilidad de Tom Delacroix. Usted le echa la culpa de su fracaso a la hora de resolver el asesinato al dinero y la influencia de los Delacroix. No puede soportar el hecho de que exista la posibilidad de que usted lo echara todo a perder.

Quizá aquella no fuera su peor pesadilla, pero estaba muy cerca. Demasiado cerca.

Él sostuvo su mirada sin decir una palabra. No estaban tan cerca como lo habían estado Doak y él aquella tarde, pero lo suficiente como para percibir que había manchitas marrones en el verde de sus ojos.

Y de la misma manera que había considerado que la furia de Doak era un puro farol, supo que la de Callie Evers no lo era. No sabía cuál era la razón por la que ella estaba allí, o si Lorena tenía algo que ver, pero fuera lo que fuera, Callie Evers creía lo que acababa de decirle.

—No sabe nada de mi peor pesadilla, señorita Evers. Y por su bien, espero que nunca lo averigüe.

Y sin decir nada más, se volvió y salió de la habitación, caminando a través

de la casa de Phoebe, completamente a oscuras, como si hubiera vivido allí durante toda su vida. No se acordó de volver a tomar aire hasta que estuvo en la calle y sintió el calor familiar del verano.

Cerró la puerta de la calle tras él y se apoyó en el quicio. Cerró los ojos, que le ardían. Se los frotó con el dorso de las manos. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, dejó de frotarse, se irguió y echó a andar hacia su todoterreno. Por el camino, el olor de algo muy desagradable subió hasta él desde el agua. Sin embargo, no aminoró el paso, y el olor pasó casi desapercibido entre las imágenes horribles que le estaban bombardeando la mente.

Se quedarían allí toda la noche, atormentándolo. Exactamente igual que diez años atrás.

Capítulo 4

—¿Callie? Despierta, querida.

Phoebe la estaba llamando mientras golpeaba suavemente la puerta de su habitación con los nudillos. Cuando abrió los ojos, esperaba que la luz del día se filtrase por las cortinas que había echado después de que Ben Stanton se fuera, aquella noche. Sin embargo, estaba muy oscuro. Buscó el despertador con la mirada. Phoebe llamó de nuevo.

—Despierta, querida. No puedes perderte esto.

Acababa de descubrir que eran las tres y veinte, así que pensó que podía perderse lo que fuera perfectamente. Cerró los ojos, intentando dormirse de nuevo. Sin embargo, tumbada en la oscuridad, se dio cuenta de que le latían las sienes de dolor.

Y sabía por qué. Después de que Stanton se marchara, había pasado las horas siguientes analizando una y otra vez aquella fotografía con la lupa, y también las palabras que le había dicho el ex jefe de policía. Había intentado desesperadamente convencerse de que, a pesar de la negativa de Stanton, no estaba equivocada.

—¿Callie, cariño?

Abrió los ojos, pero no respondió, con la esperanza de que Phoebe se rendiría.

—Tienes que levantarte, Callie. Hay un jubileo.

Antes de que Callie hubiera podido procesar aquella información, la puerta se abrió y la anciana, con el pelo revuelto y en camisón, apareció en la puerta.

—Ah, bien —dijo Phoebe—. Estás despierta.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, pensando en algún tipo de desastre que hubiera hecho que su casera irrumpiera en su habitación en mitad de la noche.

—Que hay un jubileo. Tommy me ha llamado para decírmelo, y no quería que te lo perdieras. Voy a traerte mis botas de pesca.

Phoebe volvió a desaparecer de la puerta, aunque seguía entrando la luz del pasillo en la habitación. Miró el reloj para asegurarse de que no había ningún error. Era evidente que estaba sucediendo algo y que Phoebe consideraba que era importante que ella lo viera. Era algo relacionado con el agua, porque la

anciana había mencionado unas botas de pesca.

Y, de repente, emergiendo desde algún pliegue oculto de su cerebro, recordó algo que había leído mientras estaba haciendo el estudio de aquella zona. Parecía que su instinto de escritora lo había archivado para alguna referencia futura. Jubileo.

—Aquí tienes —dijo Phoebe, entrando hasta la cama con las botas.

—¿Para qué son? —le preguntó, aunque se temía que ya lo sabía. Se incorporó y se sentó, apartándose el pelo de la cara.

—Me quedaré más tranquila si te las pones. Algunos no las llevan, pero Hobart siempre se las ponía, y hacía que los niños las llevaran también.

—Phoebe, no creo que...

—Cualquier cosa puede salir del océano durante un jubileo —continuó Phoebe, haciendo caso omiso de aquel intento de protesta—. Lo bueno y lo malo. Así —dijo ella, levantando las botas hasta la altura de los hombros— estarás protegida contra las rayas, y cosas de esas.

¿Rayas? ¿Rayas venenosas?

—Vamos, vamos —le dijo Phoebe—. No puedes perdértelo. No tenemos la garantía de que se repita mientras estés aquí.

En cuanto Callie tuvo claro a qué rayas se refería Phoebe, empezó a pensar en un par de buenas razones para perderse aquello. Sin embargo, antes de que pudiera expresarlas en voz alta, pensó en algo más práctico.

La mayor parte de sus ingresos provenía de los artículos que publicaba en las revistas dedicadas a fenómenos locales, como aquel. Estaba segura de que había habido otros artículos sobre jubileos a lo largo de los años, pero no recordaba haber leído ninguno recientemente. Al menos, no en el tipo de revistas que le compraban los artículos, y que le proporcionaban sus cheques más sustanciosos.

Siempre había tenido la intención de escribir mientras estuviera allí, así que aquello se lo estaban sirviendo en bandeja de plata. No podía permitirse el lujo de dejarlo pasar. Apartó las sábanas y se puso de pie.

—Ponte unos pantalones y después las botas —le aconsejó Phoebe—. Nunca se sabe lo que te encontrarás ahí fuera. Estaré en el porche, esperándote.

«Nunca se sabe lo que te encontrarás ahí fuera». No era un comentario muy alentador, pero el dinero era el dinero.

Mientras se vestía, intentó recordar todo lo que había leído sobre aquello. Los jubileos eran únicos y únicamente ocurrían en la Costa Este de Mobile

Bay. Era una pesca nocturna multitudinaria, o algo así. Mientras se ponía una camiseta, pensó que aquello era todo lo que sabía.

Sin embargo, sí sabía que habría mucha gente dispuesta a explicarle lo que ocurría en la playa aquella noche. Y también que algunos estarían dispuestos a hablar sobre el caso Delacroix. Quizá pudiera sacar provecho de ello y hacer algún avance.

Cuando terminó de vestirse, se colgó del cuello la cámara de fotos y dudó si tomar también las botas, pero en el último momento, decidió que más valía llevárselas. Después, en la playa, pensaría si las usaba o no. Se las metió bajo el brazo, salió de la habitación y bajó las escaleras hacia el porche.

Si Point Hope tenía unos mil habitantes, al menos quinientos estaban en la playa aquella noche. Habían colocado focos por la arena, que apuntaban al agua e iluminaban la escena como si fuera el rodaje de una película.

Se había esperado que los peces estarían arremolinados en la bahía, agitando el agua como si fueran ballenas luchando por vararse en la playa. Sin embargo, la orilla estaba llena de gente, algunos en bañador y otros vestidos. Usaban cubos de diferentes tamaños, y más allá del área iluminada había dos esquifes que patrullaban. Sus ocupantes sujetaban unas redes de cerco muy grandes, tanto que las manejaban con dificultad.

—¿Es su primer jubileo?

Callie se volvió y se encontró a Tommy Burge, que llevaba una camiseta y unos pantalones cortos. También iba hacia la playa. Llevaba un palo con un pincho en una mano, y en la otra, una cesta abierta.

Ella asintió, agradecida al ver una cara familiar.

—Y no estoy segura de lo que tengo que hacer.

—¿Tiene algún cubo? —le preguntó él.

—No... Creo que prefiero hacer fotografías.

—Métase en el agua, donde terminan las luces, y fotografíe a la gente desde dentro del mar —le aconsejó Tommy, paseando la mirada por la multitud.

Ella miró a la gente que estaba en las aguas poco profundas, intentando meter en sus cubos lo que estuviera en el agua. Nadie le prestaba atención a la gente que estaba alrededor, lo cual le daba la oportunidad de hacer muchas fotos al natural, sin pose alguna.

—Bueno, tengo que irme —le dijo Tommy—. Esto no dura mucho, en agosto.

—Por supuesto —respondió ella—. Continúe. Yo estaré bien. Puede que me limite a mirar desde aquí.

Cuando Burge se alejó, hizo un par de fotos desde la orilla, pero al hacer la segunda se dio cuenta de que no podría manejar bien la cámara con las botas de Phoebe bajo el brazo. Se debatió entre ponérselas o no, pero estaba empezando a sudar. Se imaginó el calor que tendría con una capa de goma cubriéndole los vaqueros.

Dejó las botas en el suelo, mirando a su alrededor para reconocer el lugar donde las dejaba cuando volviera por ellas más tarde. Con las manos libres, excepto por la cámara que tenía colgada del cuello, se dirigió hacia el mar.

Cuando llegó al muro de la playa, supo que Tommy Burge tenía razón. Como la playa era tan estrecha, tendría que estar dentro del agua para sacar las fotos que necesitaba. No frente a aquellos focos poderosos, tal y como él había sugerido, sino aprovechando la iluminación que le proporcionaban a la escena. Quizá, a un lado del área donde se centraba la actividad... Miró en aquella dirección.

Buck Dolan estaba sentado en uno de los muros que formaban el límite entre la tierra y la playa. Estaba fumando, sujetando el cigarro con afectación entre el pulgar y el índice. Cuando ella lo miró, él inclinó la cabeza y soltó una nube de humo hacia arriba. Iluminada por los focos, la nube se movió hacia ella.

—Las llaman las luces de la platija. Apropiado.

—¿Por qué es apropiado?

—Porque la mayoría de lo que hay ahí es pescado sin valor. Cangrejos, quisquillas, anguilas... Algún camarón, algún salmonete...

—¿Se comen?

Era evidente que sí, porque de lo contrario, la gente no estaría allí. Pero necesitaba preguntarle algo para mantener una conversación. Dolan era del pueblo, y parecía dispuesto a explicarle lo que estaba sucediendo, aunque no hubiera estado dispuesto a hablar con ella acerca del asesinato.

—Los peces no están enfermos, ni envenenados. Parece que el nivel de oxígeno del agua baja mucho de repente, pero nadie sabe por qué. Quizá por la lluvia, o por el calor, o por la aportación de agua dulce del río que desemboca en la bahía. Sea lo que sea, afecta con frecuencia a los habitantes de las profundidades. He visto cómo se vendían platijas a penique el kilo después de un jubileo.

—Los pescadores no se pondrán muy contentos con eso —dijo ella.

Él la miró directamente por primera vez. Callie se preguntó si la vería con claridad, dada la situación de las luces.

—Se llevarán lo que pillen a los mercados de Mobile y Pensacola, y sacarán un buen beneficio con apenas dos horas de trabajo. No oírás a ningún pescador quejarse de un jubileo.

Volvió la cara de nuevo hacia el agua y le dio otra calada a su cigarro. Después exhaló el humo al aire.

—¿Y allí fuera, están pescando camarones? —le preguntó, señalando con la cabeza los esquiifes. Al recordar que, probablemente, él no la veía, dijo—: Los hombres de los barcos, me refiero.

—Pescan camarones y un poco de todo, supongo. A caballo regalado, no le mires el diente.

Hubo algo de ironía en aquel comentario. Mientras ella lo miraba, él arrojó la colilla del cigarro hacia el agua. Ella siguió la lumbre automáticamente, y se preguntó durante un segundo si no le daría a alguno de los cientos de personas que había en la orilla. Nadie reaccionó, así que le pareció evidente que no, pero el gesto despreocupado y desconsiderado le molestó.

—¿Usted no pesca? —le preguntó, intentando que no se le notara la antipatía en la voz.

—Yo soy un observador, señorita Evers. Es señorita, ¿verdad?

—Sí —confirmó ella—. ¿Un observador?

—De mis compañeros de raza. Es un estudio fascinante.

—Ya me lo imagino —dijo ella, sin comprometerse.

No pudo saber si Dolan estaba insinuando que él podría darle información sobre sus conciudadanos. Por algún motivo, a pesar de que ella lo necesitaba, la sugerencia hizo que se sintiera insegura, como encontrarse con un acusica en el colegio.

—¿Ha tenido suerte? —le preguntó Dolan.

A pesar de lo que ella estaba pensando, no supo si él se refería a la cámara, a la pesca o a su interés por el asesinato.

—Con su libro, quiero decir —aclaró él.

—Un poco.

—Me sorprende. Pensaba que la gente se habría olvidado ya de que aquello ocurrió.

—¿Y por qué supone usted que ha sido así? —preguntó ella, mostrando interés. Era posible que no le cayera bien Buck Dolan, pero era una fuente de información.

—Miedo —respondió él.

—¿Miedo? ¿De qué? —en aquel momento, el interés había pasado a ser verdadero.

—Miedo de que sus secretos sucios sean revelados.

—¿Hay secretos sucios?

—Cientos.

Su tono de voz era irónico y algo cínico. Por supuesto, lo que estaba diciendo era la verdad. Incluso en un pueblo tan pequeño, era probable que ocurrieran cosas que la gente no quería contar.

—¿Y alguno de esos secretos sería una buena historia?

—Algunos. ¿No ha venido usted para averiguar los que sí y los que no?

—Yo he venido porque una niña fue asesinada y su asesino no fue castigado.

—Entonces, entiendo que usted no cree en la teoría de Stanton.

—Incluso si lo hizo Delacroix, nunca se le castigó.

—¿Cree usted que lo hizo él?

—Eso es lo que quiero averiguar.

—¿Ha pensado en las consecuencias que podría tener?

—No lo entiendo bien.

—Las consecuencias que tiene que usted remueva todo esto otra vez. Stanton lo dejó hace años, porque estaba convencido de que sabía quién era el asesino y no podía atraparlo. Sin embargo, si usted consigue probar que Delacroix no lo hizo...

Dejó la frase sin terminar, pero entonces, ella ya se había imaginado lo que pretendía.

—¿Está intentando decirme que sería peligroso?

—Estoy seguro de que usted ya lo sabía cuando vino. Después de todo, no hay limitaciones para un asesino.

—Entonces, ¿usted piensa que el asesino todavía está vivo?

—Supongo que tendré que leer su libro para enterarme, ¿no? —dijo él con sarcasmo. Se puso de pie y se sacudió la arena de los pantalones—. Bueno, ha sido muy agradable. Diviértase, y no deje que los cangrejos le muerdan los dedos de los pies.

«O que la piquen los bichitos de la cama». Parecía que todo el mundo quería advertirle que tuviera cuidado de algo.

—No lo haré —dijo ella—. ¿Quizá pudiéramos hablar un poco más, en otro momento?

—Por supuesto. Todos iremos a casa de Phoebe de nuevo el próximo martes.

Aquella última frase se la dijo por encima del hombro, mirando hacia atrás mientras se dirigía hacia el camino que subía hacia las casas. Ella lo observó hasta que ya no pudo distinguir su figura bajo los árboles. Cuando se dio la vuelta hacia el agua, se dio cuenta de que la gente, que todavía estaba metiendo pescado en sus cubos, se había movido varios metros hacia el otro lado de la playa. Un par de hombres estaban cambiando los focos hacia la zona.

Se acercó de mala gana hacia el agua, con las palabras de Tommy Burge en la mente. Su consejo había sido acertado: si quería tomar buenas fotografías, tendría que entrar en el mar y enfocar desde allí hacia la playa. Metió los pies en la orilla y notó que se le mojaban los pantalones. Hacía una temperatura muy buena, así que, animada, caminó hacia adentro hasta que pasó la zona donde todo el mundo estaba pescando. El agua le llegaba hasta un poco más arriba de las rodillas.

Quizá, si hubiera visto algo de lo que Phoebe le había contado, no habría sido tan valiente. Una vez que estuvo lejos de la línea de espuma que se formaba cuando las olas tocaban la playa, el agua estaba tan calmada como un lago. Tan cálida como un baño.

Levantó la cámara y, sonriendo, dio dos pasos para atrás para enfocar desde un ángulo más amplio. Alguien gritó, y varias de las personas a las que estaba enfocando se irguieron y miraron hacia la playa, señalando con el brazo.

Con curiosidad, Callie levantó la cabeza y los miró por encima de la cámara. En aquel momento, algo la golpeó por detrás, a la altura de las rodillas, tan fuerte que perdió el equilibrio.

«¿Una raya? Oh, Dios mío, un tiburón. ¿Habría sido un tiburón?».

Aquel pensamiento le llenó la mente mientras movía los brazos como las aspas de un molino para mantenerse de pie, frenéticamente. Sabía que tenía que mantenerse fuera del agua, donde estaba nadando fuera lo que fuera lo que la había golpeado.

Pero cuando recordó que había gente en la playa, y que podía gritar para llamar su atención, una mano le había tapado con fuerza la boca. Tiró de ella hacia atrás, intentando derribarla. Ella luchó por escapar, clavando las uñas en los dedos que le cubrían la boca, incluso cuando caía hacia atrás. Tuvo tiempo de tomar una bocanada de aire antes de que algo le barrierá las piernas y la arrastrara bajo el agua.

Luchó con todas sus fuerzas por sacar la cabeza a la superficie para tomar aire de nuevo, pero su asaltante le puso la otra mano sobre la frente para asegurarse de que no pudiera hacerlo. Después le rodeó el cuello con el brazo y la arrastró incansablemente hacia lo más profundo. No había nada más a su alrededor que aquellas manos y la falta de aire. Ella se retorció y luchó por liberarse, pero finalmente, privada de oxígeno, notó que su fuerza y su determinación empezaban a debilitarse. No podía aguantar más la respiración. El instinto de llenar los pulmones de aire era demasiado fuerte.

Hubo un segundo en el que supo con absoluta certeza que iba a morir. Empezó a perder el sentido y la capacidad de pensar. Su cuerpo se quedó sin fuerzas, y ya no sentía nada.

Justo en aquel momento, la mano que la había sujetado por la frente y el brazo que le rodeaba el cuello la liberaron de repente, y su asaltante la empujó violentamente hacia la superficie del agua.

Su primera respuesta fue tomar aire ansiosamente, y por instinto, lo segundo que hizo fue expulsar el agua que había inhalado. Ciega y sorda, tosió y se atragantó. Le salía agua de la nariz y de la boca mientras intentaba respirar. No hacía pie, así que tenía que mover los brazos por la superficie para mantenerse a flote.

En la eternidad que duró todo aquello, no pensó en quién podría ser la persona que la había atacado. Sólo era capaz de intentar reestablecer el proceso fisiológico del que nunca había tenido que preocuparse. Algo que, en aquel momento, le parecía imposible.

Poco a poco consiguió escupir toda el agua que había tragado y reemplazarla con bocanadas de aire, y empezaron a funcionarle de nuevo los sentidos.

Estaba viva. Estaba viva.

Entonces, justo cuando se había dado cuenta, unas manos la tomaron de nuevo por los hombros. A pesar de que estaba exhausta, el pánico le dio fuerzas y decisión. Él no conseguiría arrastrarla bajo el agua de nuevo. No podía permitirlo, porque estaba muy debilitada y moriría.

Gritando de rabia empezó a darle puñetazos a una cara que no podía ver, salvajemente. En respuesta, los dedos se le clavaron en los hombros, y su asaltante la sostuvo a la distancia de sus brazos extendidos para evitar los golpes. Entonces, de repente, volvió a soltarla.

Directamente detrás de ella, el agua explotó con el sonido de algo grande que rompía la superficie. Dos brazos fuertes la agarraron y le pegaron los

suyos a ambos lados del cuerpo.

—¡Quieta, maldita sea! —le gritó una voz al oído.

Empezó a golpear hacia atrás con la cabeza y a dar patadas con las piernas mientras se retorció, pero nada de aquello tuvo efecto en el hombre que la agarraba. El agua amortiguaba los golpes.

—¡Quieta! —le ordenó de nuevo—. ¡Va a conseguir que nos ahogemos los dos!

«Va a conseguir que nos ahogemos los dos...». Aquellas palabras eran tan ilógicas, dado que él estaba intentando asesinarla, que a pesar de su terror le retumbaron en el cerebro.

Asombrada, dejó de luchar. Casi no fue una decisión consciente. Tuvo que admitir que ya no tenía fuerzas. Tendría que confiar en que él no quisiera matarla, realmente...

—Soy Stanton. La tengo sujeta. Ahora, estese quieta —le ordenó de nuevo, en aquella ocasión, innecesariamente.

En cuando ella dejó de retorcerse, él aflojó los brazos, permitiéndole que tomara aire. Una bocanada, y otra, cada vez más rápido. Era un sonido áspero y jadeante.

No eran intentos de respirar. Estaba sollozando al darse cuenta de que todavía estaba viva. Y porque, finalmente, se había dado cuenta de que aquel hombre no era el mismo que había intentado matarla.

Se volvió dentro del abrazo de Ben Stanton, le puso los brazos alrededor del cuello y se colgó de él como si fuera lo más natural del mundo. Aquella reacción lo tomó por sorpresa, y durante una fracción de segundo, dejó de dar patadas en el agua por debajo de ellos para mantenerlos a flote. Empezaron a hundirse hasta que el agua les llegó por la nariz, y ella, aterrorizada de nuevo, se agarró más fuertemente a Stanton, intentando trepar por él. Entonces, él empezó a dar patadas de nuevo y los impulsó hacia arriba. La abrazó de nuevo, pero aquella vez, sin furia. La agarró para confortarla y darle seguridad.

—La tengo —le dijo. Su voz profunda tuvo un efecto calmante—. No pasa nada. Todo va a salir bien.

Entonces, ella asintió. Sus sollozos se hicieron cada vez más suaves.

—¿La tienes? —le preguntó una voz por encima de ellos.

Ella no quiso volver la cabeza. Dejó que su mejilla descansara en el hombro de Stanton, notando los latidos de su corazón, acelerados por el esfuerzo. El suyo también latía a toda velocidad, pero de miedo.

—Acérquese —dijo él, hacia atrás—, y yo la subiré.

Él le pasó los brazos por debajo de las axilas y se preparó para alzarla hasta el otro hombre. Estaba en uno de los botes que ella había visto antes, justo a su lado, a la derecha, meciéndose suavemente en el agua. Sin embargo, continuó con la cara enterrada en el cuello de Stanton.

—Va a tener que ayudar —le pidió él. Su voz tenía un tono de impaciencia, pero todavía transmitía calma y seguridad—. Yo la levantaré tanto como pueda, pero usted tendrá que impulsarse por encima de la borda.

Ella quiso negarse. No quería que él dejara de agarrarla. No quería quitar los brazos de alrededor de su cuello. No quería moverse, ni siquiera para salir del agua. Sin embargo, había algo de autoridad en aquella orden que le llegó a una parte profunda de su ser. La parte que todavía era una niña aterrorizada por la oscuridad. «Tienes que volver a tu cama», le decía su madre, tomándola de la mano. No importaba lo que llorara y rogara, todas las noches ocurría lo mismo. «Tienes que volver a tu cama».

Aquel era el mismo tono razonable, y a pesar del estado en que se encontraba Callie, tuvo la misma respuesta. Volvió la cabeza para mirar por encima de su hombro, y vio a un hombre al que no conocía en el bote. Después se volvió de nuevo, buscando la cara de Stanton para que le diera seguridad. Después, asintió, le soltó el cuello y se giró hacia el bote. Se agarró a la borda y Stanton la empujó para que subiera. En cuestión de segundos, estaba sentada en uno de los asientos de metal de la barca.

Después, Stanton subió también y se arrodilló frente a ella para ponerle la camisa seca del otro hombre sobre los hombros temblorosos. Únicamente entonces se dio cuenta de que había perdido la cámara de fotos durante la lucha desesperada.

—¿Se ha adentrado demasiado? —le preguntó él, mientras intentaba abrocharle un par de botones de la camisa, a pesar de que ella temblaba como una hoja.

Stanton la estaba examinando atentamente a la luz de la linterna que sostenía el otro pescador. Ella no podía imaginarse qué era lo que él estaba viendo, pero notó que sus ojos tenían una expresión preocupada y compasiva.

Al principio, no entendió lo que él le estaba preguntando. ¿Adentrarse demasiado? Aquello quería decir...

—Alguien ha intentado matarme —dijo Callie.

Él entrecerró los ojos.

—¿Ha intentado matarla? ¿Quién?

A ella habían empezado a castañetearle los dientes.

—Un hombre —consiguió decir, entre los labios entumecidos.

No estaba segura de por qué pensaba que había sido un hombre, porque no le había visto la cara, pero la impresión de sus manos y de sus dedos, increíblemente poderosos, se le había quedado marcada en los sentidos. Había sido un hombre. Una mujer no habría tenido la fuerza suficiente como para controlar sus golpes frenéticos.

—¿Quién? —le preguntó Stanton, como si realmente esperara que ella pudiera decírselo.

—No lo sé —dijo. Entonces ya estaba temblando tanto que tartamudeó—. No lo vi. Me mantuvo la cabeza bajo el agua.

Stanton asintió como si aquello tuviera sentido. Como si hubiera aceptado su explicación, gracias a Dios. Sin embargo, su siguiente pregunta cortó aquel impulso de gratitud.

—¿Está segura de que no se ha enredado con algo? —le preguntó—. Hay muchos restos de cosas que trae la marea.

Restos. Aquella palabra le recordó el hedor de los restos que había percibido la noche anterior en su paseo por la playa. Entonces había sido la mano de Stanton la que le había sujetado la muñeca en la oscuridad. Con aquel recuerdo, tuvo la primera punzada de sospecha. Ben Stanton estaba en el mar al mismo tiempo que ella. Y, aparentemente, ni él ni su compañero de bote iban a admitir que habían visto a nadie más en el agua.

—Me puso la mano en la cara —dijo ella—, y me mantuvo la cabeza bajo el agua. No eran restos de nada, demonios. Alguien ha intentado ahogarme.

—Yo no he visto a nadie —dijo Stanton.

—Normalmente, un asesino no quiere que lo vean —replicó ella.

Las palabras no le salieron exactamente como ella quería, pero era difícil ser sarcástica cuando estaba temblando y las palabras le salían a borbotones. La gratitud que había sentido cuando se había dado cuenta de que Stanton no era su atacante, sino que la estaba rescatando, se había transformado en ira y resentimiento.

—Está bien —dijo él, en un tono de voz todavía calmado y autoritario, tal y como le había hablado en el agua—. Eso tiene sentido. Charlie, vamos a echar un vistazo —le sugirió al hombre que estaba sujetando la linterna.

Charlie se fue hacia la parte de atrás de la barca y se llevó la linterna con él. En la oscuridad, Callie bajó la cabeza y juntó las manos en el regazo para tranquilizarse. Notó que la sangre le volvía a los labios, y aunque le dolían, se

sintió aliviada por sentir algo más que miedo.

Respiraba en jadeos arrítmicos. Intentó controlar las respiraciones y aminorar el sonido que hacían. Stanton todavía seguía arrodillado frente a ella. Le puso una mano sobre las suyas, y ella sintió su calidez y su aspereza, inconfundiblemente masculina. Exactamente igual que aquella que le había tapado la boca.

—Tenía unas manos muy grandes —dijo ella—. Tan grandes como la suya.

—De acuerdo —respondió él.

Parecía que estaba interesado. Y calmado, a pesar de lo que ella acababa de decirle. Profesional. Aquel era, probablemente, el tono que habría usado durante sus incontables interrogatorios. Y entonces, perversamente, se preguntó a cuántos sospechosos habría interrogado en un lugar como aquel.

«Un lugar en donde alguien acaba de intentar matarme».

—No me estoy inventando esto —dijo, a la defensiva.

—Yo nunca lo he dicho. Por eso hemos vuelto y vamos a echar un vistazo —paseó por la mirada por el agua, mientras Charlie llevaba el bote lentamente en círculos, moviendo la linterna en todas las direcciones.

Entonces, Callie se dio cuenta de que el sonido del motor le resultaba familiar. Ella había notado aquella vibración antes. ¿Mientras estaba bajo el agua? ¿O mientras estaba en mitad del paroxismo, intentando respirar? Hacía muy poco tiempo, en cualquier caso.

Lo cual significaba que Stanton no podía haber estado sosteniéndole la cabeza bajo el agua. Se sintió culpable y estúpida por haber pensado que hubiera podido ser él. Ben Stanton despreciaba a los periodistas, pero no era el tipo de hombre que intentaría asesinar a alguien para impedir que la historia de Kay-Kay volviera a la luz pública. Nadie...

¿Nadie? Aquel pensamiento era increíble, pero lógico. Nadie excepto el asesino verdadero podría verse tan afectado por aquello como para cometer otro asesinato.

—Ha sido él —dijo, en un susurro.

A pesar de su suavidad, Stanton lo oyó y se volvió con una pregunta en la mirada. Ella pensó de nuevo en todo lo que había sucedido, y no encontró ningún punto flaco en su conclusión. Sólo al verdadero asesino le podría resultar tan inconveniente que ella escribiera un libro como para matarla.

—¿Es que no lo ve? —le preguntó a Stanton—. Esto lo demuestra.

—¿Demuestra qué?

—Ha sido el asesino de Kay-Kay el que estaba en el agua. Tenía que ser él.

Y ahora, usted tendrá que admitir que tengo razón. Porque quienquiera que fuese el que estaba ahí esta noche, no ha sido Tom Delacroix.

—¿Por qué no me lo explica todo de nuevo?

—Está bastante claro, Doak —dijo Phoebe, exasperada—. Incluso tú deberías haberlo entendido ya.

Callie miró al jefe de policía al oír aquello, pero no notó que reaccionara de ninguna manera. O no se había dado por insultado, o estaba simplemente haciendo honor al derecho que tenían los ancianos de decir lo que querían decir, sin importar lo maleducado que pudiera parecer.

Callie se sintió agradecida por la intervención de Phoebe. Estaban sentados en el salón de su casa, y habían repetido lo que había ocurrido en el mar al menos una docena de veces.

Cuando Ben Stanton la había llevado a casa, Phoebe se había hecho cargo de todo rápidamente. La había ayudado a quitarse la ropa mojada, a ponerse el pijama seco y la había envuelto en su propia bata de chenilla. Después, la había secado el pelo con una toalla, mientras Doak Withers y Stanton esperaban en el salón.

Ben Stanton no se había cambiado de ropa. Durante el tiempo en el que Doak había estado tomando declaración a Callie, él había estado apoyado contra la pared del salón, con los vaqueros calados goteando en la madera del suelo. No había hablado mucho, pero Callie había sido consciente de que tenía los ojos fijos en ella. Quizá porque no había hecho la misma acusación que había soltado en el barco. No era porque hubiese cambiado de opinión, pero había llegado a la conclusión de que extender el rumor de que alguien había intentado matarla aquella noche convencería aún más al asesino de que debía tener éxito en la próxima ocasión.

—Señorita Evers, no estoy muy seguro de lo que quiere de mí...

Aquella observación la sacó de sus pensamientos, y miró hacia arriba. Tres pares de ojos la observaban. Y la expresión que se leía en cada uno de ellos era ligeramente distinta.

—Lo siento —se disculpó ella—. Eh... no he entendido lo que quería decirme —se disculpó. Realmente, lo sentía. Si no le prestaba atención a lo que Doak Withers, no acabarían nunca, y ella quería terminar cuanto antes con aquello. Necesitaba tiempo para pensar en lo que había ocurrido, y tiempo para decidir qué podía hacer.

—Nadie ha visto nada —dijo Doak pacientemente, observando el cuaderno donde había apuntado todo lo que ella le había dicho—. Ben dice que no había nadie más en el agua cuando Charlie y él la encontraron. Al menos, no vieron a nadie. Así que...

—¿Así que qué? —preguntó ella—. ¿Cree que no sucedió? ¿Es que está queriendo decir que me lo he inventado todo?

—Por supuesto que no —dijo Phoebe, lealmente—. Doak, dile que no piensas eso.

Hubo una pausa reveladora antes de que Doak respondiera.

—Sólo me preguntaba si no puede ser que quizá usted esté un poco confusa sobre lo que ha ocurrido ahí afuera —lo dijo en un tono casi de disculpa, aunque había sido evidente, durante un rato, que aquel era el rumbo que iban a tomar las cosas.

—Restos —dijo ella, amargamente.

—¿Perdone?

—Yo he sugerido que la señorita Evers puede haberse enredado con algún resto y le ha dado un ataque de pánico —la voz de Stanton no parecía de disculpa, aunque era imposible saber qué era lo que estaba pensando.

—¿Cree que podría haber sucedido eso, señora?

—No —dijo Callie, con la mirada fija en Stanton.

Su pelo mojado estaba tan negro que parecía azul a la luz de la lámpara. La camiseta azul, totalmente calada, se le pegaba al pecho como una segunda piel.

—No —repitió ella, mientras cambiaba la mirada hacia Withers—. No eran restos, ni una red, ni algas. Eran las manos de un hombre. Me tapó la boca con una, y con la otra me metió la cabeza bajo el agua. Después, me pasó un brazo bajo el cuello y me arrastró hacia el agua profunda, como hacen los socorristas para salvar a alguien, excepto que durante todo el tiempo me empujaba la frente hacia abajo para mantenerme bajo la superficie. No eran restos. Eran las manos de un hombre. Créame, no me estoy confundiendo —hizo una pausa, y después añadió, cansada—: Si ya hemos terminado...

—La gente está muy alterada con ese libro que va a escribir —le dijo Doak—. Me gustaría disculparme con usted en nombre del pueblo, señorita Evers. Esto no es típico de Point Hope. Se lo aseguro.

—¿Es sólo alguien que se está divirtiendo un poco a mis expensas? ¿Es eso lo que quiere decir?

—Quizá alguien que esté intentando desanimarla para que no escriba el

libro —admitió Withers—. Si recuerda algo más, cualquier cosa que pueda ayudarnos...

Withers se levantó. Ella ya le había contado la historia y había respondido a todas sus preguntas. Y había escuchado la teoría que probablemente, él iba a usar al día siguiente para explicarle lo que había sucedido a toda la gente que había visto cómo Ben Stanton la bajaba del bote y la llevaba en brazos hasta la orilla. Callie tampoco quería seguir hablando de aquello.

—Si recuerdo algo más, lo llamaré —dijo.

Después caminó hacia la escalera para subir a su habitación. Detrás de ella, oyó la voz de Phoebe, pero no distinguió lo que estaba diciendo. Sin embargo, así era mejor. No quería oír todas las teorías de la gente sobre lo que había ocurrido. Ya había oído suficientes estupideces, incluidas las suyas.

Había ido allí a descubrir a un asesino, a alguien que, estaba completamente segura, había cometido al menos dos crímenes. Y le había anunciado al mundo entero sus intenciones. Después se había metido al agua, sola, sin pensar en la posibilidad de que hubiera peligro.

Había sacado algo en claro de aquel fiasco, se dijo mientras subía las escaleras. Porque había averiguado que él estaba dispuesto a asesinar de nuevo para guardar el secreto que había mantenido durante más de veintiséis años.

Capítulo 5

—En cuanto me he enterado, he venido corriendo para asegurarme de que estabas bien.

Con la taza de café suspendida en el aire, Callie volvió la cabeza y se encontró a Virginia Wilton en el porche de Phoebe. Estaba tan cerca de la pantalla de plástico de la puerta, que sus gafas casi la tocaban.

A aquella hora, seguramente el pueblo entero se habría enterado de lo que había ocurrido la noche anterior. Le sorprendió que Virginia hubiera sido su única visitante, aunque en realidad, era muy pronto, poco después de la siete de la mañana.

«Dales tiempo», pensó Callie, acordándose de todo el mundo que había presenciado, boquiabierto, cómo Stanton la llevaba en brazos hacia la orilla.

—Estoy bien —dijo ella, llevándose la taza a la boca.

Ni ella ni Phoebe habían vuelto a la cama después de que Withers y Stanton se marcharan. Callie sabía que no habría podido dormir. Y aunque hubiera podido, habría estado toda la noche soñando con la interminable lucha por respirar y con la sensación del agua oscura corriéndole por la cara mientras la arrastraban hacia lo más profundo.

Virginia abrió la puerta, entró en el porche y se sentó en una de las mecedoras.

—¿Está Phoebe?

Callie asintió sin palabras. No tenía muchas ganas de propiciar la conversación. A juzgar por la primera vez que se habían visto, sería Virginia la que hablaría durante la mayor parte del tiempo.

—¿Y qué piensa Doak? —preguntó la anciana, yendo directamente al grano.

Callie la miró, dudosa. No sabía hasta qué punto lo que le había dicho a Withers habría pasado a ser del dominio público. Sin embargo, sabiendo cómo eran aquellas cosas en los pueblos pequeños...

—Sugirió que debía de haberme equivocado en cuanto a lo que ocurrió.

—¿Y te equivocaste?

—No.

—¿Crees que alguien estaba intentando ahogarte de verdad?

—Alguien mantuvo su cabeza bajo el agua —dijo Phoebe desde la puerta de la casa—. Doak piensa que alguien estaba intentando asustarla para que no escriba su libro. ¿Quieres un café?

—Sólo si tienes descafeinado. El otro me da palpitaciones.

Phoebe desapareció dentro de la casa.

—¿Doak piensa que alguien te mantuvo la cabeza bajo el agua para asustarte? —le preguntó Virginia, retomando la conversación.

—La otra versión es que debí de enredarme con unas algas y pensé que alguien me estaba agarrando.

La carcajada que soltó Virginia era bienvenida, pensó Callie, y tomó otro sorbo de café.

—Algas —dijo la anciana cuando terminó de reírse—. Eso es lo que le pasa a este pueblo por echar a Ben Stanton. Doak no tiene ni el más mínimo sentido común.

—Lo de las algas fue idea de Stanton.

—¿Estás de broma? O quizá lo estuviera él —dijo Virginia—. Porque Ben no es tonto. Y no pensaría que tú lo eres. Me pregunto por qué diría algo así.

—Bueno, es difícil creer que alguien agarrara a Callie e intentara ahogarla con la mitad del pueblo mirando —dijo Phoebe.

Llegaba de la cocina con el café. Le sirvió una taza a Virginia y le tendió un sobre de sacarina. Después se volvió hacia Callie.

—¿Te apetece otro poco?

—No, gracias. Siéntate y tómate el tuyo antes de que se te enfríe.

—Si bebo más café, no dormiré en una semana. Callie y yo hemos estado tomando café desde que se fue la policía —dijo Phoebe, dirigiéndose a su amiga—. Lo que ha ocurrido es lo más extraño que yo haya visto nunca.

—He oído que Ben hizo que te soltara —dijo Virginia estudiando a Callie a través de las gafas, sobre el borde de la taza.

—Creo que oyó el bote.

—¿El bote de Ben?

—Stanton y el otro hombre, alguien llamado Charlie, estaban en un esquiife ahí fuera. Creo que él debió de oír el motor.

En las horas posteriores al incidente, ella había pensado mucho en lo que había ocurrido, había revivido una y otra vez la escena. Recordaba que había oído el motor, así que su asaltante, que tenía la cabeza fuera del agua, tuvo que oírlo también.

—Así supo que ya era hora de marcharse —dijo Phoebe—. Ha sido una

buena cosa para ti que Ben estuviera ahí fuera.

Aquello era algo que Callie tenía que reconocer. No había sido fácil admitirlo, pero era la verdad. Stanton le había salvado la vida, aunque no supiera que ella estaba en peligro.

—Me pregunto porqué estaba allí —dijo Callie—. Viviendo tan lejos, me refiero —el comentario no salió como ella había querido, y sonó desagradecido.

—Así es como son los jubileos —dijo Virginia, como si aquello lo explicara todo.

Al ver la cara de confusión de Callie, Phoebe le explicó:

—Se mueven de sur a norte, con la marea. Probablemente, Ben lo estaba siguiendo por la costa desde la ensenada. Él sabría adónde se dirigía. Ben conoce esta aguas como la palma de su mano.

—¿Stanton es pescador? —mientras lo preguntaba, Callie recordó el barco que había visto en su casa.

—Sí, y también organiza excursiones para turistas por la costa. Así es como se gana la vida —le explicó Phoebe—. Lleva a la gente por el Golfo, o por las bahías y la desembocadura de los ríos, también, si quieren.

—¿Crees que está amargado porque le obligaran a dejar la policía después del asesinato? —preguntó Callie.

—¿Amargado? —preguntó Phoebe, asombrada—. ¿Por qué?

—Bueno, parece que tiene una vida difícil.

—¿Difícil? ¿Para ganar dinero? ¿Qué clase de dificultad? —preguntó Virginia—. ¿Por qué piensas eso?

—Por su casa —dijo Callie—. Por cómo vive.

—Oh, los Stanton son pobres con tierras —dijo Phoebe, aliviada—. No hay necesidad de preocuparse por el dinero de Ben.

—¿Pobres con tierras?

—¿Has visto cómo construyen las casas en Mullet Inlet, pegadas las unas a las otras? Al menos, hasta que llegas a lo de Ben.

Callie se acordó de que lo había visto. Había muchas casas hasta que se llegaba a un bosque de pinos, por el que entraba el camino que le habían indicado en la tienda de ultramarinos.

—¿Y has visto lo aislada que está la casa de Ben, en mitad de la nada?

—Él es el dueño de toda esa nada —apuntó Virginia—. Esas tierras han pertenecido siempre a su familia.

—Si quisiera, podría vender sólo una parte, y vivir sin trabajar para el resto

de su vida. Aunque los Stanton nunca han sido partidarios de vender. Por eso su bosque se ha conservado de una pieza.

—Así que... ¿No necesitaba el trabajo de jefe de policía?

—No lo necesitaba y no lo quería. Ben volvió del ejército y todos lo alistamos de nuevo —dijo Phoebe, que parecía complacida con la analogía. Obviamente, era algo que ya había dicho antes. Quizá toda la ciudad lo hubiera dicho cuando habían intentado convencer a Stanton para que se convirtiera en el comisario de policía de aquel pueblo. Dada la edad media de los habitantes, probablemente pensaron que habían dado un golpe maestro cuando él aceptó.

—Era joven, y listo —añadió Virginia—. Y además, tenía experiencia en investigaciones criminales en el ejército. No sé cómo se llama eso.

—CID —dijo Callie, recordando que Buck Dolan había criticado que aquella fuera la única cualificación de Stanton. Había dicho que era poco para enfrentarse a un caso de asesinato, especialmente a uno como aquél—. Así que, ¿cuánto tiempo estuvo de comisario?

—Unos dos años antes del asesinato —dijo Phoebe—. Quizá un poco más. Y después, otro par de años más, mientras estaba intentando resolver el caso. Creo que hasta que Tom murió. Entonces, él lo dejó.

—¿Delacroix murió y Stanton fue despedido?

—No, dimitió. Pensaba que mientras Tom estuviera vivo, tenía una oportunidad de conseguir una orden de arresto.

—¿Crees que lo hizo él? —le preguntó Callie, mirándola a los ojos.

—Yo nunca lo creí —dijo Virginia, aprovechando el titubeo de Phoebe a la hora de responder—. Tom adoraba a su hija, y eso es cierto. La llevaba con él a todas partes. Yo nunca creí que él hubiera podido hacer... lo que dijeron que le habían hecho —dijo, aclarándolo sin explicarlo.

Callie no les recordó que había padres y madres que mataban a sus hijos por razones que a menudo eran demasiado extrañas para que las comprendiera alguien normal. Aquellas dos mujeres habían conocido a Tom Delacroix durante mucho tiempo. Y ella les había pedido su opinión sabiendo que sería subjetiva. Aquello era lo que quería. Escuchar lo que pensaban acerca de la culpabilidad o inocencia de Delacroix, lo que sentían.

—¿Y si no...

Callie dejó deliberadamente que la pregunta se apagara, observando la cara de Phoebe. Ella todavía no le había respondido a la pregunta. Quizá por lealtad hacia Stanton o porque no sabía lo que creía.

Le parecía que quería decir algo pero, por alguna razón, era renuente. ¿Sería porque Virginia estaba allí? ¿O porque no estaba segura de que su opinión quedaría entre ellas? Quizá Callie lo repitiera en su libro.

—¿Si no fue Tom, quieres decir?

Callie asintió.

—Hubo otro asesinato hace veintiséis años, en Carolina del Norte. De una niña. Hay muchos detalles poco corrientes que coinciden con el asesinato de Kay-Kay. Y Tom Delacroix estaba en rehabilitación en aquel tiempo, lo cual significa que no pudo haber matado a la otra niña.

—Dios Santo —dijo Virginia suavemente—. ¿Sabe eso Ben?

—Se lo he dicho, pero... no cree que tengan relación. Quizá porque no quiere creerlo.

—¿Así que la persona que mató a Kay-Kay es un asesino en serie? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Estoy diciendo que es alguien que ya había matado antes, al menos una vez. Y por el tiempo en que fue cometido el asesinato, no pudo ser Tom Delacroix. Así que, ¿si no fue Delacroix... —preguntó de nuevo.

—Un intruso —dijo Virginia, tan nerviosa como si estuviera respondiendo la pregunta en un concurso—. Eso fue lo que siempre dijeron.

Aquella había sido la explicación que había dado la familia. La única en la que pudieron pensar, dada la situación.

—¿Crees que un extraño hubiera sido capaz de entrar en la casa, encontrar a la niña y sacarla sin que su padre oyera nada?

—No —respondió Phoebe.

Callie se volvió hacia ella. La expresión de Phoebe había cambiado. Las arrugas de su boca parecían más profundas.

—El que la mató tenía que conocer la casa, saber que Lorena no estaba y que Tom estaría borracho perdido a aquella hora de la noche.

—Y un extraño no podía saberlo —dijo Callie.

Phoebe sacudió la cabeza.

—Si no fue Tom, tuvo que ser uno de nosotros. Creo que siempre lo hemos sabido, aunque la gente no quisiera admitirlo. Si no creías que Tom hubiera tenido algo que ver con la muerte de Kay-Kay, entonces tenías que mirar a todo el mundo de Point Hope de una forma diferente, después del asesinato.

—¿Y Stanton no estaba dispuesto a hacerlo?

—Supongo que Ben tenía más razones que las pruebas para querer acusar a Tom —dijo Virginia.

—Cállate —le susurró Phoebe, volviéndose enfadada hacia ella—. Eso no son nada más que cotilleos, y lo sabes.

—¿Qué? —preguntó Callie, sintiendo impaciencia de repente. A pesar del terror que había soportado aquella noche, estaba entusiasmada ante la posibilidad de averiguar los secretos que escondía aquel pueblo.

Virginia le devolvió la mirada de irritación a Phoebe, pero no respondió.

—¿Qué razones? —insistió Callie.

Virginia sacudió la cabeza y apretó los labios como si quisiera impedir físicamente que se le escapara lo que acababa de insinuar.

—Nada —dijo Phoebe con firmeza—. Nada que vaya a ser dicho en mi casa.

—Phoebe, una niña fue asesinada —razonó Callie—. Una niña pequeña a la que tú conocías y querías. Seguramente, quieres...

—Pero eso no tiene nada que ver con lo que estás diciendo. Nada en absoluto.

Callie abrió la boca para decir que cualquier cosa que concerniera a Stanton y a Delacroix probablemente tenía que ver con el crimen. Al menos, con las investigaciones del jefe de policía.

—¿Has visto lo que has conseguido? —Phoebe regañó a su amiga—. Y no tiene nada que ver con la muerte de Kay-Kay. Díselo.

—Ben pensó que sí, así que, ¿quién eres tú para decir que no? ¿Te crees que eres más lista que el comisario?

—¿Qué fue lo que pensó Ben? —preguntó Callie de nuevo.

Ninguna de las dos la miró. Estaban enzarzadas en una batalla de voluntades. Era una batalla entre dos oponentes que se conocían muy bien.

—No importa —dijo Phoebe—. Eso no tiene ninguna relación con el asesinato.

El sonido que emitió Virginia fue expresivo y crudo.

—Si te vas a comportar así, mejor será que te vayas a casa —le dijo Phoebe—. No necesitamos esas ordinariieces.

«Oh, sí las necesitamos», pensó Callie. «Necesitamos que Virginia se anime a hablar».

—Eso sobre lo que estáis hablando, seguramente no será nada nuevo. Delacroix está muerto, así que no puede hacerle daño que lo repitáis. Desde ayer, no estoy segura de que podamos permitirnos el lujo de ocultar nada de este asunto —dijo Callie, mirando a Phoebe.

—Sólo estaban intentando asustarte.

—¿Asustarme? ¿Te parece que alguien que me tuvo con la cabeza bajo el agua el tiempo suficiente como para que muriera sólo quería asustarme? ¿Y quién, en este pueblo, puede sentirse tan molesto por lo que estoy haciendo como para llegar tan lejos?

—No fue nada agradable lo que pasamos todos cuando ocurrió aquello. Nadie que viviera entonces aquí estará contento porque el asunto se remueva de nuevo —Phoebe dejó de mirar a Virginia y fijó los ojos en Callie—. Nadie.

—¿Y tienes alguna idea sobre quién podría estar tan decidido a evitar que se remueva como para hacer lo de anoche?

—No lo sé. No es mi trabajo averiguarlo. Doak hablará con la gente que estaba en la playa, y es posible que alguien viera algo. No se puede decir nada hasta que se pregunta.

Aquello era poco probable, pensó Callie, ya que ni Stanton ni Charlie habían visto nada. Y ellos habían estado mucho más cerca que ningún otro.

—Phoebe...

—Seguir con todas estas preguntas no es inteligente, ni seguro. Seguramente, te habrás dado cuenta. La gente de aquí no está contenta con lo que estás haciendo. Tienes que examinar tu corazón, y sopesar si realmente merece la pena.

«La gente de aquí no está contenta con lo que estás haciendo». Quizá aquello fuera cierto, pero a Callie le parecía que solamente había una persona en aquel pueblo que no pudiera permitirse el lujo de aceptar que ella encontrara pruebas nuevas sobre el asesinato de Katherine Delacroix.

—Ahora Virginia va a volver a su casa —anunció Phoebe—, y yo voy arriba a echarme un rato. Y si yo fuera tú, Callie, pensaría seriamente en hacer las maletas y marcharme a casa.

—¿Oyes lo que estás diciendo? —le preguntó Callie suavemente.

El hecho de que Phoebe se estuviera volviendo contra ella, a pesar de que fuera por su bien, era muy decepcionante. E inquietante.

—Eres tú la que estás diciendo que alguien ha intentado hacerte daño —dijo Phoebe—. Sea cierto o no, incluso aunque sólo estuvieran intentando asustarte, si yo fuera tú, dejaría de hacer lo que sea que está enfadando tanto a alguien como para que te meta debajo del agua. Si yo fuera tú —repitió, levantándose—. Y ahora, Virginia, vete a casa e intenta no decir nada que haga que alguien se enfade también contigo.

—No me digas lo que tengo que hacer, Phoebe May Robinson —replicó

Virginia—. No eres mi jefa.

—Bueno, pero estás en mi casa. Y yo me voy a ir a mi habitación a echarme un rato. Tú vete a casa. Callie también necesita descansar. Y necesita pensar.

Era evidente quién tenía la voluntad más fuerte de las dos. Virginia se quedó allí sentada, obstinadamente, pero al final se tomó el resto de su café y se levantó.

—Muy bien, sé darme cuenta de cuándo sobro.

—Muy bien —repitió Phoebe.

Se volvió hacia la puerta de la casa mientras que su amiga se dirigía a la salida del porche. Justo antes de que Virginia saliera, se volvió y le dijo a Callie en un susurro:

—Ven después a mi casa y te lo contaré.

Un poco asombrada por aquella traición flagrante a una amistad de tantos años, Callie miró a Phoebe mientras se retiraba. A pesar del susurro de Virginia, su paso no se había aminorado. Quizá no hubiera oído el ofrecimiento, o habría preferido hacer caso omiso.

Callie volvió a mirar a Virginia y se la encontró con el dedo índice sobre los labios, indicándole silencio, y guiñándole un ojo. Después, la anciana abrió la puerta del porche y salió al jardín para marcharse.

Callie se quedó pensando en la conversación que acababan de tener. La bahía, frente a ella, brillaba bajo el sol de la mañana, serenamente. Todo transmitía un sentimiento de paz, exactamente como todo Point Hope el día en que había llegado. Sin embargo, ya había aprendido que aquella tranquilidad era engañosa.

—¿Virginia? —dijo Callie, llamando suavemente a la puerta.

No había obtenido respuesta por la puerta principal, así que había dado la vuelta a la casa, que, como la de Phoebe, tenía un porche trasero acristalado, con vistas a la bahía. Aunque era por la mañana temprano y hacía mucho calor para estar fuera, Callie se dijo que debería comprobar si Virginia estaba allí antes de rendirse.

Había decidido volver a casa de Stanton. El hecho de que hubiera dejado hablar a Doak durante todo el tiempo la noche anterior significaba que estaba de acuerdo con lo que había sugerido el comisario. O también podía significar que había estado pensando en lo que ella había dicho en el bote.

Aparte de aquello, también quería darle las gracias. Él se había tirado al agua para salvarla, y había seguido allí incluso mientras ella le pegaba creyendo que era su atacante. Y cuando se había dado cuenta de lo verdaderamente aterrorizada que estaba, la había tratado con una compasión que le había parecido verdadera. Todo aquello se merecía una expresión de agradecimiento, que ella no recordaba haberle ofrecido la noche anterior.

Y ya que la casa de Virginia estaba de camino, había decidido aceptar la invitación de la anciana de hacerle una visita y escuchar el cotilleo que Phoebe no había querido que repitiera aquella misma mañana.

—¿Virginia? ¿Estás ahí?

Llamó de nuevo, y después intentó abrir la puerta del porche. Estaba cerrada. Acercó la cara al cristal para examinarla por dentro. Tenía un cerrojo anticuado, que estaba echado.

«Era demasiado bonita la idea de ir a ver a Stanton armada con la información que Virginia hubiera podido darme». Decepcionada, se alejó lo suficiente como para poder mirar hacia el segundo piso. Había una máquina de aire acondicionado resoplando bajo una de las ventanas.

Phoebe tenía la costumbre de echarse en su habitación una hora, más o menos, durante el momento más caluroso del día. Callie pensó que su vecina también lo hacía. Dado el clima y su edad, una siesta a mediodía era lo más inteligente. Y con el ruido que estaba haciendo la máquina de aire acondicionado, Virginia no podría oír que ella la estaba llamando.

Resignada al fracaso, se dio la vuelta y se encaminó hacia el callejón del lateral de la casa, donde había aparcado el coche. Después de la advertencia de Phoebe, no había informado a su casera de que iba a ver a Virginia y a Stanton.

Mientras comían, Phoebe había insinuado el mismo reproche con su actitud. Quizá estuviera verdaderamente preocupada por Callie, o quizá, ya que Callie estaba viviendo en su casa, estuviera preocupada por sí misma. Y si alguien había intentado matar a Callie aquella noche, quizá estuviera poniendo en peligro a Phoebe.

«Sólo estaban intentando asustarte». Aquello parecía ser el consenso. Y, después de todo, su atacante la había dejado marchar. Ella lo había atribuido a la llegada del bote de Stanton, pero era posible que aquello no tuviera nada que ver.

Llegó al coche, que estaba aparcado bajo los impresionantes árboles que le daban sombra al jardín delantero de Virginia. Mientras abría la puerta, se fijó

en las casas. Debido al calor, no había ni un alma en ninguna de las dos aceras de la calle, ni nadie sentado en los porches delanteros. Tampoco había tráfico.

Entró en el coche y arrancó el motor. Puso el aire acondicionado y movió una de las salidas apuntándola hacia su cara.

Después de unos instantes refrescándose, un movimiento en una de las ventanas del segundo piso de la casa de Virginia captó su atención. ¿Quizá el visillo se había movido para dejar que alguien mirara hacia fuera?

Ya no se veía nada. Los visillos blancos no se movían ni un ápice.

Callie se preguntó si Virginia no habría cambiado de opinión con respecto a compartir aquel cotilleo con ella. Quizá había tenido tiempo para sopesar la advertencia de Phoebe y se había dado cuenta de que si le contaba a Callie lo que sabía y ella lo escribía en su libro, podría distanciarse de su amiga de toda la vida. En vez de explicarle a Callie directamente que había cambiado de opinión, Virginia había elegido aquel modo de evitar la tentación de hablar.

—Puedes correr, Virginia, pero no podrás esconderte —dijo Callie, en un susurro.

Tenía el presentimiento de que podría convencerla para que se lo contara, así que, mientras tomaba la curva para salir a la carretera, decidió que cuando volviera de casa de Stanton, pasaría a hacerle otra visita a la anciana.

Capítulo 6

El sonido del coche rompió la concentración de Ben. Estaba escuchando atentamente la vibración del motor del barco. Tenía que comprobarlo todo para la excursión del día siguiente. Lo apagó y se puso de pie en el hueco del motor. Tenía los ojos al nivel de la cubierta, pero veía lo suficiente como para identificar el coche que había oído. Callie Evers acababa de parar en el aparcamiento de su casa.

Farfulló un juramento y se agachó para tomar el trapo que había estado usando. Se limpió las manos, pero sin prisa. Necesitaba tiempo para pensar y para prepararse ante lo que ella fuera a decirle.

Cuando, finalmente, empezó a subir por la escalerilla, se dio cuenta de que aquella mujer no había salido todavía del coche. Estaba sentada en el asiento del conductor, con la ventanilla bajada como concesión al calor.

«Tiene las mismas ganas que yo de esta conversación», pensó, sorprendido por aquella intuición.

Aquello no tenía mucho sentido. Después de todo, era ella la que había ido a su casa. Y sólo había un par de motivos posibles: o quería hablar de lo que le había dicho en el bote la noche anterior, o quería darle las gracias por sacarla del agua. Y a él no le apetecía ninguna de las dos cosas.

Subió a cubierta justo cuando ella salía del coche. Estaba mirando hacia el barco con la mano puesta sobre la frente para protegerse los ojos del sol, pero no hizo ademán de acercarse. ¿Querría que se acercara él?, se preguntó. Desde luego, estando en su terreno, era él quien tenía ventaja.

«Todavía piensas como un policía», admitió con algo de amargura. Y ya no lo era.

Lo que le ocurriera a Callie Evers la noche anterior no era responsabilidad suya. Si había ido allí a hablar de aquello, la remitiría a Doak Withers. Ben se había dado cuenta de aquello al escuchar el interrogatorio de su anterior subordinado aquella noche. No había interferido, diciéndose lo mismo que se estaba diciendo en aquel momento. Ya no era su responsabilidad, gracias a Dios.

Se dio cuenta de que todavía tenía el trapo grasiento en las manos. Mientras estaba allí de pie, temiendo aquella nueva entrevista con Callie Evers, lo

apretó tanto con los dedos que casi se hizo daño. Molesto, se lo metió en el bolsillo trasero del pantalón.

Eran los mismos que había tenido puestos aquella noche. No se había cambiado, sabiendo que tenía que preparar el barco para la excursión del día siguiente, y había dejado la ducha para cuando terminara. Probablemente, olía a pescado y a grasa de motor. Él estaba tan acostumbrado a aquellos olores que ya no se daba cuenta, pero seguramente Callie Evers sí lo notaría. Y, realmente, le importaba un pimiento.

Mientras él la observaba desde el embarcadero, ella se dio la vuelta y entró de nuevo en el coche para tomar algo que había en el asiento del copiloto.

Cuando salió de nuevo, llevaba unas gafas de sol. Cerró la puerta del coche, y el sonido resonó por la superficie del agua, como siempre. Por eso la había encontrado aquella noche. La había oído resollar, intentando tomar aire, mucho antes de que la linterna de Charlie la hubiera iluminado.

—¿Señor Stanton? —le dijo ella, alzando un poco la voz para que lo oyera desde la distancia—. ¿Le importaría que habláramos un momento? Si tiene unos minutos. Le prometo que no será mucho.

Ella le acababa de proporcionar la excusa perfecta. Ni siquiera tendría que mentir. En realidad, tenía mucho que hacer para preparar el barco para la excursión del día siguiente. El problema era que, sorprendentemente, tenía ganas de oír lo que ella tuviera que decir. Quizá la curiosidad natural sobre lo que había ocurrido en la bahía aquella noche. Porque ella estaba mucho mejor que unas horas antes. Muchísimo mejor.

Llevaba unos pantalones blancos y estrechos, y una camisa roja. El sol hacía que brillaran los reflejos rubios de su pelo castaño, que le llegaba por los hombros. Él no era ningún experto para saber si eran naturales o no, pero bien podrían serlo, teniendo en cuenta la blancura de su piel. Parecía que le había dado un poco el sol, porque tenía algo de color, aunque sólo en la nariz y en las mejillas.

—¿Sobre qué? —preguntó él, elevando también la voz.

—Sobre ayer.

Doak le había dicho que ella estaba escribiendo un libro sobre el asesinato. Él no había conocido a muchos escritores, pero tenía la sensación de que el interés de aquella mujer en la muerte de Kay-Kay era personal, más que profesional. Y más apasionado que el que podría provocar la muerte de una niña de diez años. Incluso aunque quisiera convertir aquella tragedia en un best seller.

Al pensar otra vez en la palabra «personal», se sorprendió. Quizá la idea de que Callie Evers pudiera tener otras motivaciones que no fueran el dinero sólo fuera una esperanza.

Ella se acercó hasta que estuvo al lado del embarcadero. Ben no le veía los ojos, ocultos tras las gafas de sol. No le gustaba aquella desventaja. Una vez, había considerado que tenía un instinto especial a la hora de conocer a la gente, especialmente a través de su mirada. Le gustaba leer sus pensamientos mientras hablaban, usando su mirada para juzgar la veracidad de lo que decían.

—Quería darle las gracias por lo que hizo usted anoche —dijo ella—. No recuerdo si se las he dado ya, o no. Supongo que en ese momento estaba un poco... angustiada. De verdad, le estoy muy agradecida.

Se le ocurrieron varias respuestas, algunas de las cuales serían de mala educación, aunque ciertas. Cualquiera de aquel pueblo se hubiera tirado al agua aquella noche. Y él lo habría hecho fuera quien fuera el que estuviera en el mar. «Con un par de excepciones», tuvo que admitir.

Asintió, sin decir una palabra. La primera vez que ella había estado allí, sus reacciones habían revelado más de lo que él quería, y ese era un error que no iba a repetir.

—Y con respecto a lo que dijo el comisario Withers —añadió Callie—, quería que supiera que no estoy confundida sobre lo que pasó.

—Alguien quería asustarla —dijo él, repitiendo la teoría de Doak—, y se le fue de las manos.

—¿Realmente cree eso? —le preguntó—. ¿Incluso después de lo que le dije? ¿Incluso sabiendo que Tom Delacroix no pudo ser el responsable de la muerte de su hija?

—Yo no sé nada de eso. No he visto pruebas de lo que usted dice sobre ese otro asesinato. Si es que lo hubo.

—Tengo las declaraciones sobre las que le hablé en el coche. Si quisiera echarles un vistazo...

—Incluso aunque hubiera otro asesinato similar al de Kay-Kay, no prueba que los cometiera la misma persona. Quizá Delacroix leyera algo sobre el otro caso. Quizá lo que hizo fue un intento para hacer que el resto de la gente creyera lo mismo que usted.

Se sintió satisfecho por haber recuperado un poco sus habilidades. Por supuesto, en aquella ocasión estaba más preparado. Al oír su negativa, ella se quedó callada. Después de unos segundos, sacudió la cabeza.

—No entiendo por qué no quiere, ni siquiera, considerar la posibilidad. Se supone que usted era un buen policía. Creyera lo que creyera, al menos usted llevó a cabo toda la investigación. Todo lo que le estoy pidiendo es que lo haga ahora. Que siga un procedimiento, por si acaso hay alguna posibilidad de que yo tenga razón.

Tuvo la tentación de acceder, pero supo que aquel sentimiento tenía más que ver con ella que con lo que le estaba diciendo. Con su aspecto. Quizá con su olor, una fragancia sutil de flores, seguramente de su champú. El viento le revolvió los mechones de pelo y se los llevó a la cara. Ella se los retiró de los ojos.

Su atracción sexual, cada vez mayor, y el impulso resultante de agradarle serían las únicas razones que tenía para acercarse al coche y examinar el material que ella quería enseñarle. Desde el principio, había sabido quién mató a Kay-Kay. Incluso había sabido el porqué. Y nada que pudiera enseñarle Callie Evers podría hacer que lo olvidara.

—Lo siento —le dijo—. Ese no es mi trabajo —ya había empezado a darse la vuelta hacia la escalerilla del barco cuando su voz hizo que se detuviera.

—Alguien intentó matarme anoche. Si usted no hubiera estado allí, lo habrían conseguido. Me parece que la única persona que tiene esa clase de interés en que yo no escriba acerca del asesinato de Katherine Delacroix es la persona que la mató.

Él se volvió de nuevo.

—Esa persona está muerta, señorita Evers. Llega usted ocho años tarde para hacer esa acusación.

—Pero, si no hubiera llegado tarde, compartiría esa idea, ¿verdad? Virginia Wilton me insinuó que había muy mala relación entre ustedes dos, mucho antes de la muerte de Kay-Kay.

Aquella frase lo dejó helado. No estaba seguro de lo que ella quería que dijese, ni de lo que le habían dicho en realidad.

—¿Me está preguntando si creo que Tom Delacroix sería capaz de matar a alguien más? ¿Quiere que, por el mero placer de discutir, consideremos la hipótesis de que no está muerto? —había intentado que el comentario fuera sarcástico, pero si esperaba alguna reacción, ella lo desilusionó.

—Sólo por el placer de discutir —convino ella, con la voz muy calmada.

—Creo que Tom Delacroix era capaz de casi todo.

—¿Incluso de lo que le hizo a su propia hija?

Ben dudó antes de poder contestar a aquello. Quizá fuera por la forma en

que había sido formulada aquella pregunta. Incluso lo que le había hecho a su propia hija.

La muerte de Kay-Kay no había sido el resultado de la rabia de un borracho, ni tampoco un accidente. No había sido el resultado de una discusión de familia que se había desmandado. Aquello había sido lo que había concluido el FBI, pero Ben sabía que el asesinato no había sido otra cosa que lo que parecía: cruel y deliberado. Nunca había tenido dudas sobre aquello, y no las tenía en aquel momento, tampoco.

—Incluso eso.

—Usted odiaba a Delacroix —dijo ella, suavemente—. Quizá por buenas razones. No lo sé. Pero todos estos años ha estado aterrorizado ante la posibilidad de que su odio echara por tierra la investigación. Tiene miedo de que fuera su odio lo que le convenciera de la culpabilidad de Delacroix, y no las pruebas, y de que hiciera exactamente aquello de lo que le han acusado: no buscar ningún otro culpable.

—Usted no tiene ni idea de lo que hice —negó él, pero sabía que ella se estaba acercando mucho, tal y como había hecho el primer día.

—Entonces, ¿por qué tiene miedo de escucharme, o a echarle un vistazo a la información que he traído?

—¿Se supone que eso es una especie de desafío, señorita Evers? ¿Se supone que me voy a ver obligado a ayudarla en su pequeña investigación literaria porque no puedo soportar que me digan que estoy equivocado? Lo siento, pero hace mucho que crecí y superé ese tipo de reacciones.

—Se supone que debería hacerle pensar.

Él soltó una carcajada seca y amarga.

—Créame, señorita Evers, pienso en el asesino de Katherine Delacroix cada día de mi vida. Pienso en lo que me arrepiento de no haber estrangulado a ese tipo con mis propias manos cuando descubrí lo que había hecho.

—Pero él no lo hizo —dijo ella, con vehemencia—. No lo hizo. Eso es lo que he estado intentando decirle. Tom Delacroix no pudo haber matado a su hija.

La pasión que él había reconocido estaba allí de nuevo. Y la seguridad. Seguramente, había sido aquello lo que le había molestado la primera vez. Lo segura que estaba de lo que decía.

—Porque él no mató a Mary Cameron hace veintiséis años —continuó Callie—. No pudo hacerlo. Y si no la mató, entonces tampoco mató a Kay-Kay. Lo cual significa que el que lo hizo todavía sigue aquí.

—O quizá haya vuelto a Carolina del Norte —dijo él, para ridiculizar su teoría. Sin embargo, no tuvo efecto. Ni su cara ni su voz cambiaron como respuesta a su burla.

—Está aquí. Yo no lo creía antes, pero después de lo que ocurrió ayer... —tomó aire e irguió los hombros—. Me ayude o no, voy a averiguar quién es pero... me gustaría de verdad contar con su ayuda —terminó con suavidad.

Ben se dio cuenta de que incluso se lo estaba pensando, atrapado por el hechizo de su convencimiento. Excepto que el suyo propio era igual de fuerte.

—Si realmente cree que alguien intentó matarla anoche, entonces, si yo fuera usted, me subiría al coche y no pararía de conducir hasta que estuviera demasiado cansado como para seguir. No pasaría ni un minuto más en Point Hope. Si realmente lo creyera —la desafió—. Y ahora, si me disculpa, tengo mucho trabajo. Buena suerte, y espero que adiós. Porque si es lista, ésta será la última vez que nos vemos.

Se dio la vuelta, volvió al barco y bajó al motor de nuevo, sin volver la vista atrás. Sólo después de un rato, cuando oyó el motor de su coche, se puso de pie y observó cómo ella volvía hacia la carretera principal.

—¿Señora Delacroix?

La esbelta rubia se detuvo en el acto de cerrar la puerta del Mercedes plateado del que acababa de salir. La ligera sonrisa fue automática, como si fuera su respuesta habitual cuando alguien se dirigía a ella. En cuanto se dio cuenta de que esa persona era una extraña, arqueó las cejas bajo las gafas de sol, seguramente, preguntándose quién era ella y qué derecho tenía a estar en su propiedad.

Lorena Delacroix era más atractiva de lo que ella había pensado por las fotografías. Tenía un rostro suave y pálido, y el pelo rubio teñido. También era más delgada y frágil.

—¿Sí? —preguntó Lorena, en un tono algo áspero.

Al encontrarse por fin, cara a cara, con la madre de Kay-Kay, Callie se había quedado sin palabras, insegura de cómo empezar una entrevista tan importante. A pesar de todo la había esperado con ansiedad a la sombra de los árboles que flanqueaban el camino hasta la casa de los Delacroix.

—¿Quién demonios es usted? —le preguntó Lorena.

—Me llamo Callie Evers, señora Delacroix —dijo ella, intentando

encontrar las palabras que evitaran que la echara de allí—. Me pregunto si podría hablar con usted. Sólo será un minuto...

Aquello era muy parecido a lo que le había dicho a Stanton. Si la entrevista terminaba igual...

—¿Hablar sobre qué? —Lorena ya no tenía ninguna intención de ser agradable—. Sabe que está en una propiedad privada, ¿verdad?

—Sé que su marido no fue el responsable de la muerte de su hija. Sé que él no pudo haber sido.

Lorena Delacroix se quitó las gafas de sol y entrecerró los ojos contra el sol, pero no apartó ni un segundo la mirada del rostro de Callie.

—¿Le importaría que entrara y le enseñara por qué lo sé?

El silencio duró tanto que Callie empezó a pensar que haberse aproximado así a Lorena Delacroix había sido otro error. Finalmente, la mujer abrió la boca, revelando unos dientes muy blancos.

—Si es algún tipo de truco...

—No es un truco, señora Delacroix.

—Si es usted periodista, sepa que no le voy a decir nada.

—No se lo estoy pidiendo. Pero... hay cosas que creo que usted debería saber. Algunas cosas que me gustaría decirle.

—¿Por ejemplo?

—¿Le importaría que entráramos? No estoy acostumbrada a este calor... —dijo Callie, intentando suavizar el descaro de la petición con una sonrisa.

Hubo otros segundos de silencio.

—¿Usted sola?

—Por supuesto —respondió Callie, notando la misma impaciencia que cuando había oído la voz de Stanton, aquella noche, en la oscuridad.

Él era el aliado que ella quería en realidad, pero las barreras que había erigido contra cualquier sugerencia de que Tom Delacroix no fuera el asesino únicamente le habían dejado la otra opción.

—Entre —le ordenó Lorena Delacroix.

Sin esperar a asegurarse de si Callie iba detrás, rodeó el coche y se dirigió hacia la puerta delantera de su casa.

—No puedo creerlo —dijo Lorena—. ¿Cómo es posible que nadie me haya dicho nada sobre este dibujo nunca?

—La policía, normalmente, oculta algún detalle para poder distinguir al

asesino real de la gente que confiesa un crimen sin tener nada que ver con él.

—¿Me está diciendo que piensan que pueda confesar gente que en realidad no ha cometido el asesinato?

—Eso sucede todo el tiempo —dijo Callie—. Si la policía oculta algo, algo que sólo puede saber el asesino, es más fácil distinguirlo de los impostores.

—Demonios —dijo Lorena, mirando fijamente a Callie—. Eso es de locos. El que alguien confiese sin ser culpable, me refiero.

—Hay muchos locos por ahí, señora Delacroix. Hay gente que haría cualquier cosa para llamar la atención, y ser sospechoso en un caso como éste se la daría.

—Entonces, puede estar segura de que es porque nunca han sido sospechosos en realidad.

Callie estaba empezando a relajarse. La señora Delacroix nunca se había cuestionado si lo que le había dicho era cierto o no. Y tenía que admitir que aquello era toda una ventaja para ella.

—Ese desgraciado —dijo Lorena, con los ojos fijos en la fotografía que había sobre la mesa.

Aunque era la única imagen de la nuca de la pequeña cabeza rubia, Callie había tenido sus reticencias a la hora de sacarla de su portafolios. Finalmente, había pensado que no había forma de hablar sobre aquel dibujo si no le daba alguna prueba de que existía, y la foto era lo único que tenía, aparte de las dos declaraciones que había conseguido en Carolina del Norte y que eran la única prueba, y base de su absoluta certeza, de que los crímenes los había cometido la misma persona. Y al contrario que Ben Stanton, Lorena había estado más que dispuesta a mirarlo todo.

—¿Stanton? —le preguntó, deduciendo rápidamente a quién iba dedicado aquel adjetivo.

—Todo esto demuestra que es un mentiroso y un asno.

—Eso es un procedimiento policial bastante común.

Callie estaba intentando caminar en la fina línea que separaba el hecho de ser sincera y formar aquella alianza necesaria.

—¿Me está diciendo que es algo normal que la policía oculte cosas a los padres de un niño asesinado?

«Si los padres son sospechosos, sí», pensó Callie.

—Eso me temo.

—Deje que me asegure de que entiendo lo que quiere decir. La policía ha sabido esto de la flor durante todo el tiempo, pero no se lo ha dicho a nadie,

porque entonces, alguien habría podido averiguar que otra niña había sido asesinada igual que Kay-Kay.

—Yo no diría que ese ha sido el motivo...

—Yo sí —las palabras de Lorena interrumpieron bruscamente su frase—. Ese desgraciado mentiroso.

Aunque Callie sabía que a Stanton no le importaría mucho que ella lo defendiera, era cierto que ocultar aquella clase de información era bastante común. No significaba que Stanton no hubiera investigado acerca de la rosa. Ella nunca había querido decir algo como aquello.

—Estoy segura de que el comisario Stanton sí que cotejó el dibujo con otros que hubiera en las bases de datos nacionales sobre asesinatos. Y, al ver que no aparecía nada...

—¿Por qué no? —Lorena la interrumpió de nuevo.

—Los departamentos de policía no siempre han sido muy buenos a la hora de compartir información —le explicó Callie—. Y cuando se establecieron las bases de datos informáticas, nadie pudo garantizar que se incluyeran todos los casos. Esa era la intención, por supuesto, pero sólo la tarea de reunir toda la información y cederla supondría cientos de horas de trabajo que deben sacar de sus obligaciones ordinarias. Los departamentos de policía pequeños se habrían visto muy presionados si hubieran tenido que hacerlo...

—Así que me está diciendo que esa rosa no está en ninguna base de datos —le dijo Lorena, cortando el resto de la explicación.

—Probablemente no. Sobre todo, desde que los informes originales se quemaron en el juzgado. Eso ocurrió hace veinte años. Y ni siquiera sé si alguien ha investigado sobre aquel asesinato en particular desde entonces.

Los ojos azules de Lorena Delacroix se clavaron en los suyos.

—¿Y cómo es que usted lo hizo?

Era la pregunta que Callie había esperado que le hiciera Stanton, y que no le había hecho. Sin embargo, no se la esperaba de la señora Delacroix. No sabía qué pensar de ella. Su opinión variaba casi con cada pregunta y cada comentario que hacía aquella mujer.

—Soy periodista, señora Delacroix —le dijo—. Es mi trabajo.

El escepticismo de su mirada azul no cambió, a pesar de la sonrisa que se dibujó en sus labios.

—Yo no nací ayer, señorita Evers —dijo Lorena—. Y no soy tonta. Será mejor que empiece a contarme la verdad antes de que llame a Doak Withers y le diga que tengo otra intrusa en casa, y que tiene que venir a detenerla.

«No soy tonta». Era la tercera vez en los días anteriores que alguien había dicho aquello. Y Callie tuvo que reconocer que todos los que lo habían dicho tenían razón. Aquella gente se había templado con el fuego a que la había sometido el escrutinio de los medios de comunicación, y no quedaba nada de ingenuo ni de confiado en ella.

—Conocía a la familia —dijo.

—¿Del otro asesinato?

Callie asintió con un nudo en la garganta.

—Hace veintiséis años —dijo Lorena, especulativamente—. Debía de ser una niña.

Con la velocidad de la explosión de una bombilla, la imagen de aquel sótano fue a la cabeza de Callie. Notó el olor del moho y sintió la humedad.

—Me sorprende que lo recuerde después de tanto tiempo.

Callie oyó y entendió las palabras que había pronunciado Lorena, pero no pudo concentrarse en ellas. Ni siquiera cuando el recuerdo desapareció. Durante unos segundos, la imagen le quemó en el cerebro. Hacía mucho tiempo que todo aquello había ocurrido. Lo suficiente como para que hubiera olvidado lo intenso que había sido. Y lo devastador.

Intentó respirar por la boca, intentó conseguir el oxígeno que necesitaba para luchar contra el mareo. Y durante todo el tiempo que estuvo haciéndolo, era consciente de que Lorena estaba esperando una respuesta. La sospecha había empezado a reflejarse en sus ojos antes de que Callie pudiera juntar las palabras en una frase coherente.

—Es difícil olvidar algo como eso. Especialmente, si eres una niña —añadió, preguntándose si lo que había dicho tendría algún sentido, y si habría sido demasiado revelador.

Lorena asintió, y entonces sus ojos cayeron sobre la fotografía de la nuca de su hija muerta.

—El hecho de que hubiera otro asesinato como este prueba que Tom no tuvo nada que ver con la muerte de Kay-Kay.

—Debería. Pero me temo que hay... algunos problemas.

—¿Problemas?

—El incendio que le he contado destruyó la documentación oficial. Todo lo que tenemos es la corroboración secundaria de la existencia de ese primer dibujo.

—¿Qué significa eso? ¿Corroboración secundaria?

—Declaraciones de la gente que habló con aquellos que realmente vieron el

dibujo. Gente que, por una u otra razón, supieron que era una parte fundamental de la investigación.

—¿Como esa señora, la mujer del comisario, la de la declaración que me ha enseñado?

—Exactamente.

—¿Y?

—Pues que... probablemente, no será suficiente para convencer a la policía para que reabra el caso. Sobre todo, porque Stanton nunca reconoció que hubiera un dibujo similar en... el cuerpo de su hija.

—Desde luego que no van a reabrir la investigación —dijo Lorena, con amargura en la voz—. No, mientras Ben Stanton siga vivo. No lo harían ni aunque les llevara al asesino confeso.

—Si pudiéramos convencer a Withers...

—Olvídelo. No hace nada a menos que Ben se lo diga. Y es imposible convencer a Stanton. Debemos ir directamente a los medios de comunicación.

—Sin pruebas más concretas, no van a estar más dispuestos a creernos de lo que está Stanton.

—Él no tiene ninguna autoridad para impedirnoslo.

—Quizá no —admitió Callie—, pero la cuestión es si los medios se convencerán con lo que nosotras les digamos. Y más teniendo en cuenta que nadie de los que vieron la rosa en esta investigación está dispuesto a admitirlo.

—No tendrán que convencerse. A esa gente no le importan las pruebas, tan sólo le importa vender periódicos. Tan sólo tiene que darme esas declaraciones...

—Señora Delacroix, realmente creo que...

—Mire —dijo Lorena, interrumpiéndola de nuevo, con la voz ronca—, he vivido con esto durante diez años. Mató a mi marido. Lo llevó a la tumba demasiado pronto. Durante todo este tiempo, ha habido una prueba de que alguien que no era de la familia fue quien mató a Kay-Kay, y ese miserable de Ben Stanton se aseguró de que no lo supiéramos.

—Él no lo sabía —dijo Callie, preguntándose por qué lo estaba defendiendo—. Eso es lo que le estoy diciendo. E incluso aunque él admitiera que había un dibujo, esa rosa no bastaría para exonerar a su marido de la culpa. No por sí misma. Sólo puede hacerlo la conjunción de las dos pruebas.

—Pues eso es lo que les enseñaremos —dijo Lorena, juntando las

declaraciones con la fotografía de su hija.

—Si revelamos la información prematuramente, y después averiguan lo frágiles que son nuestras aportaciones, destruiremos nuestra credibilidad. Creo que tendremos que esperar hasta que encontremos un vínculo más sólido entre la persona que cometió el primer asesinato y este.

—¿Qué clase de vínculo?

—Algo que lo relacione con la otra familia. O al menos, con la zona. Creo que es el modo más seguro. Y el más apropiado para conseguir lo que queremos.

Lorena la estudió durante un largo instante.

—Yo no creo mucho en ir a lo seguro —dijo Lorena Delacroix finalmente.

—Pero seguramente, si hay alguien que entienda el daño que puede hacer que la gente especule sobre su inocencia o culpabilidad... —dijo Callie, dejando que la sugerencia hablara por sí misma.

—¿Cree que me importa un rayo que otro sea el sospechoso, para variar? Demonios, yo ni siquiera estaba aquí esa noche, y todos ellos pensaron que yo tenía algo que ver.

Callie no pudo negar la verdad de aquello. Había mucha gente que pensaba que Lorena Delacroix sabía más de lo que le había dicho a las autoridades sobre la muerte de su hija.

—Creo que la mejor forma de resolver esto y terminar con el asunto, de una vez por todas, es trabajar juntas para establecer esa conexión, y esperar a hacerla pública hasta que tengamos lo suficiente como para convencer a la gente más razonable.

Lorena soltó una carcajada.

—Cariño, si hay una cosa que he aprendido, es que no existe la gente razonable. No cuando se trata de algo como esto.

—Sé cómo debe de sentirse...

—No sabe nada —dijo Lorena—. Nadie lo sabe, a menos que haya estado aquí. A menos que sea su foto la que esté en las portadas de todas las revistas de todos los mostradores del país. Pero le diré una cosa, señorita Evers. Cuando llegue el momento...

—¿Sí?

—Quiero ser la persona que denuncie a ese desgraciado. ¿Me entiende? Quiero ser la que le diga a la prensa que durante diez años, Ben Stanton ocultó las pruebas que podrían haber librado a mi marido de ser sospechoso en el asesinato de mi hija. Y quiero ver la cara de ese miserable cuando lo

haga.

Capítulo 7

Antes de volver a casa a cenar a la hora a la que Phoebe la esperaba, tenía tiempo para hacer otra visita. Miró los números de la calle en los buzones para asegurarse de que no equivocaba.

Apagó el motor frente a una preciosa casa victoriana. El jardín tenía magníficos frutales a un lado, y al otro, macizos de flores y setos. El césped estaba recién cortado, y muy verde a pesar del calor.

Callie tomó el bolso y el portafolios con las declaraciones y las fotografías. Después salió del coche y se vio asaltada por el calor de nuevo.

—Tengo limonada, pero no aire acondicionado.

La voz hizo que Callie alzara la vista hasta un columpio antiguo que había en el porche de la casa. Sentado en él estaba el hombre al que había ido a visitar.

—Pero con aire o sin él, seguramente aquí se está más fresco que al sol.

—¿Doctor Cooley?

—Ahora ya sé que no es usted del pueblo. Nadie me ha llamado doctor Cooley en cuarenta años.

—¿Cómo lo llaman? —le preguntó Callie con una sonrisa, siguiendo su amable conversación.

—¿A la cara, quiere decir?

Ella se rió, y al segundo, el sonido de la risa del médico, tan rico y profundo como el de su voz, se unió a ella.

—Venga aquí arriba para que pueda verla. Ya no tengo muchas visitas de mujeres guapas. Se comportan como si me hubiera vuelto viejo, o algo así.

Callie se relajó ante la amabilidad de su bienvenida, después de la entrevista con Lorena Delacroix, y subió los escalones del porche. Le tomó un momento acostumbrarse a la relativa falta de luz de aquel espacio, comparado con el exterior.

La figura que se materializó ante sus ojos era el estereotipo del médico retirado de campo. Era bastante corpulento, tenía el pelo blanco y la mirada inteligente, y llevaba ropa cómoda y zapatillas de deporte.

—¿Se supone que la conozco? Ni mis ojos ni mi cabeza funcionan tan bien como antes. Y no se sienta insultada si yo la traje al mundo. He visto a un

montón de bebés hasta la fecha. No se puede esperar que los reconozca a todos.

Callie sonrió.

—Puede estar tranquilo. No nos conocemos. Soy escritora —dijo Callie.

Él inclinó un poco la cabeza y examinó su rostro con atención.

—¿Qué escribe?

—Una columna para una revista semanal, en Charlotte. Y muchos artículos por cuenta propia.

—Bueno, ¿por qué no se sienta y me cuenta algo de lo que está escribiendo? —le dijo Cooley.

Callie se sentó en la mecedora que estaba enfrente del columpio y se recostó en el respaldo. Ninguno de los dos dijo nada; permanecieron unos instantes escuchando el ruido de las cadenas del columpio y el crujir de la mecedora.

—¿Es usted famosa? —le preguntó el anciano, después de un minuto.

—Me temo que no, doctor Cooley.

—Pero quiere serlo. Todos los escritores quieren serlo, o si no no se dedicarían a ello. Sería demasiado duro, de otra forma.

Ella se rió.

—Entonces yo quizá también tenga esa esperanza.

—¿Y qué tipo de cosas escribe usted?

—Artículos sobre festivales y exposiciones de arte. Sobre naturaleza, grutas, bosques, ríos. Artículos sobre destinos turísticos... Diga algo, seguro que ya lo he hecho.

—Seguramente, habré leído algún artículo suyo. ¿Cómo se llama usted?

—Callie Evers.

—Evers. No me suena. ¿Gana dinero?

—No tanto como me gustaría —respondió Callie, riéndose de nuevo ante la tomadura de pelo. Su buen humor era contagioso.

—Y supongo que su profesión es la razón por la que está aquí —dijo Cooley. Sin embargo, la diversión había desaparecido repentinamente de su voz.

Ante el brusco cambio de tono, a Callie se le aceleró el corazón y empezó a ruborizarse. Se había dejado atrapar por la relajación ante lo sociable que se mostraba aquel hombre, tal y como él había querido.

Era evidente que Cooley era tan astuto como aquel estereotipo sugería. Callie deseó que no se le hubiera olvidado aquello. Su sonrisa se había vuelto

tensa, pero se las arregló para mantener la compostura.

—Ha venido aquí buscando fama y fortuna, me imagino —dijo el hombre, suavemente—. ¿O me equivoco?

—He venido aquí para escribir un libro.

—Sobre Kay-Kay Delacroix. Bueno, no es usted la primera. Y desgraciadamente, no será la última. Por supuesto, hace ya tiempo que no venía nadie, porque no hay nada nuevo que escribir. Pero se me había olvidado que pronto se cumplirá el décimo aniversario. Supongo que la gente querrá especular un poco más sobre lo que ocurrió.

—Y usted piensa que ya sabe lo que ocurrió —sugirió Callie.

—¿Yo? Demonios, no. Nunca he dicho que supiera más que la forma en que murió la niña. En el sentido médico, quiero decir. Ese era mi trabajo, y lo hice, aunque me pusiera enfermo. Si quiere teorías en cualquier otro sentido, vaya a ver a Ben Stanton.

—¿Cree que él tiene la teoría correcta?

—Ben sí lo cree.

—No ha respondido a mi pregunta, doctor Cooley. ¿Piensa que Tom Delacroix mató a su hija?

—Tom era muy amigo mío. Crecimos juntos. No puedo ser un observador imparcial. ¿Quiere saber de verdad lo que pienso?

—Sí.

—He visto muchas cosas horribles en mi vida, algunas que ni siquiera quiero recordar. Pero lo que le hicieron a esa niña...

—¿Hicieron? —interrumpió Callie, sorprendida.

—Él. Ella. Fuera quien fuera.

—¿Está diciendo que pudo haber sido una mujer?

A pesar de las especulaciones sobre la complicidad de Lorena Delacroix en la muerte de su hija, Callie nunca había visto impresa la sugerencia de que quien había asesinado a Kay-Kay Delacroix hubiera sido una mujer.

—¿Por qué no? Debió de ser más fácil para una mujer atraer a la niña para que saliera de la casa. Y para el resto no se necesitaba una fuerza especial. Una mujer normal la hubiera tenido. La fuerza no era un escollo. Eran otras cosas.

Había tantas posibles otras cosas que Callie no se atrevía a suponer nada. No lo interrumpió.

—Tom Delacroix adoraba a aquella niña. Nunca había visto nada como aquello. Se la llevaba a todas partes, casi desde el día en que nació. Y a pesar

de todo lo que sé de la condición humana, no creo que un hombre que quisiera así a una niña pudiera hacerle aquello, y después tener el ánimo necesario para tomar las precauciones que tomó.

—Se refiere al agua —dijo Callie suavemente.

—La lavó, y la dejó tan limpia como cuando yo se la entregué a su madre en el hospital. Más limpia, quizá.

El asesino se había llevado a Kay-Kay de su habitación, y el sitio donde se había cometido el asesinato nunca había sido determinado con exactitud. Aquella había sido otra de las anomalías que había hecho que aquel caso fuera tan fascinante para los medios de comunicación.

Después de matarla, había llevado el cuerpo a la playa y lo había lavado. Lo había envuelto en una sábana, que había tomado previamente de uno de los armarios de ropa limpia de los Delacroix, y había escondido a la niña en un terreno pantanoso que había detrás de la casa de la familia, cerca del mar. Allí la había encontrado Ben Stanton a la mañana siguiente.

—El que la mató, incluso le cepilló las uñas —continuó el anciano—. No quedó nada en el cuerpo de la niña que pudiera darnos una pista para encontrar al asesino. Ni un pelo, ni un trocito de piel. Y, en mi opinión, profesional y personal, haría falta una persona mucho más fría y más sobria que Tom Delacroix para hacer algo así aquella noche.

El silencio después de que Cooley dejara de hablar duró un instante interminable.

—Pero él dejó algo —dijo, por fin, Callie—. Algo que usted debió de encontrar cuando examinó el cuerpo.

Cooley tenía que haber visto la rosa cuya existencia no admitía Stanton. Y por aquella razón ella estaba allí, por supuesto. Si pudiera conseguir una declaración de aquel hombre...

—¿Algo que yo encontré? Dígame lo que piensa que vi. Estoy muy interesado en escucharlo.

—Él lavó el cuerpo para borrar toda evidencia de su culpabilidad, pero después lo marcó.

—¿Qué tipo de marca? —le preguntó, con una curiosidad que parecía genuina.

Era evidente que él la estaba probando. Estaba intentando averiguar qué sabía. Hasta el momento había sido bastante comunicativo; quizá al darse cuenta de que ella sabía de lo que estaba hablando lo sería aún más.

—Fuera quien fuera el que mató a Kay-Kay, dibujó una pequeña rosa en su

nuca, escondida bajo la línea del pelo.

El doctor abrió mucho los ojos, pero no de la misma forma en que lo había hecho Ben Stanton. Cooley parecía confuso, más que impresionado. Y después él sacudió la cabeza, sonriendo ligeramente.

—No sé con quién ha estado hablando usted, señorita...

—El final del tallo está visible en una de las fotografías de la autopsia.

—Y me apuesto lo que quiera a que usted tiene esa fotografía en la carpeta que lleva, a mano.

—¿Quiere verla? Para refrescarse la memoria...

—Mi memoria está estupendamente. No necesito refrescármela. No, con respecto a lo que le hicieron a esa niña.

Hubo otra pausa, y se hizo evidente que él no iba a responder a lo que ella le había preguntado en cuanto a la rosa. Sin embargo, había otras preguntas a las que sí podría contestarle.

—Ella era su paciente, ¿verdad? —le preguntó Callie—. Antes del asesinato.

—La traje a este mundo, y la vi marchar al otro. Y en medio pasaron unos años, los suficientes como para conocerla.

Al oír un repentino temblor en su voz, a Callie le pareció un sacrilegio continuar, pero había dos niñas muertas, y no había nadie que hablara por ellas. Nadie que buscara a su asesino. Nadie excepto ella, así que Callie se protegió a sí misma contra la emoción de Cooley.

—Yo no encontré ninguna rosa en el cuerpo de esa niña, señorita Evers. Hice yo mismo las fotografías, y supongo que cualquier cosa que usted pensó que se ve en ellas es sólo eso, algo que usted piensa. Y ahora, le diré claramente que creo que ya es hora de que esto termine. Déjelo descansar. Déjenos descansar a todos. Lo que escriba no nos va a devolver a Kay-Kay. Únicamente va a traer más dolor e infelicidad, y usted no va a conseguir resolver el crimen, si es eso lo que piensa. No, después de todo este tiempo. Ben Stanton no pudo, y créame que quería. Hizo todo lo que se podía hacer.

—Pero estaba equivocado —dijo Callie—. Su premisa era equivocada desde el principio, y afectó a todo lo que hizo después.

—Sé que hay gente que le dirá eso, que la policía no investigó a nadie más que a Tom, pero yo sé que eso no es cierto. Ben es un buen policía, y llevó a cabo una investigación minuciosa. Una vez que tuvo todo lo que pudo reunir, lo consideró desde todos los ángulos posibles. No había nada. Nada que pudiera probar quién lo hizo. Si el asesinato de esa niña hubiera podido ser

resuelto, Ben lo hubiera hecho.

Sus ojos marrones tenían una mirada ferviente, y Callie se dio cuenta de que ella creía lo que le estaba diciendo. No había notado ningún cambio brusco en su expresión cuando le había revelado lo que sabía acerca del dibujo. No, como el que había visto en la cara de Stanton. Y no había fotografías de la rosa entre las que habían sido robadas y distribuidas entre la prensa, lo cual debía de significar...

¿Acaso Stanton nunca le habría contado a nadie lo de aquella marca? ¿Habría sido debido al motivo legítimo que ella le había mencionado a Lorena Delacroix? ¿O simplemente porque no encajaba en su teoría acerca de la identidad del asesino?

—Ahora, tome su bolso y su fotografía, con lo que usted crea que ve en ella, y lléveselas a casa —le dijo el doctor—. Deje tranquila a la gente de este pueblo. Y deje tranquilo a Ben Stanton. Él hizo todo lo que un hombre puede hacer. Y no tiene por qué soportar que usted y los demás lo cuestionen a posteriori. No hay necesidad de removerlo todo de nuevo. ¿No cree que ya se siente demasiado mal?

—¿Usted cree que se siente mal? —preguntó Callie—. Usted lo conoce. Yo no. No puedo juzgar cómo se siente.

—Ben habría dado su vida por proteger a esa niña sin pensárselo dos veces. No pudo protegerla, así que hizo la única cosa que pudo. Le dedicó dos años de su vida a intentar cazar al asesino. Y como tampoco pudo hacerlo, yo creí que aquello acabaría con él, tan fuerte como es. Le diré la verdad, señorita Evers. Yo le pedí a Dios que no lo permitiera, y mis ruegos fueron respondidos. El asesinato de aquella niña cambió a Ben Stanton, pero no lo destrozó. Ahora váyase a casa. Llévese sus rosas, sus fotografías y su literatura. Y olvide a ese hombre, y a este pueblo.

Si Cooley había tenido la intención de hacer que su opinión sobre Ben Stanton cambiara, lo había conseguido, admitió Callie mientras conducía hacia casa de Phoebe.

«Ben Stanton habría dado su vida por proteger a esa niña sin pensárselo dos veces».

Tal y como se había tirado al agua la noche anterior para salvarla. Sin dudar. Sin saber lo que iba a encontrarse allí. Sin tener en cuenta su propia seguridad.

«Le dedicó dos años de su vida a intentar cazar al asesino. Y como tampoco pudo hacerlo, yo creí que aquello acabaría con él, tan fuerte como es».

Las frases se le repetían en la cabeza como una letanía, más poderosas al saber que eran ciertas. Instintivamente, Callie había sabido desde el principio que Stanton era aquel tipo de hombre, aunque se hubiera negado a ayudarla.

¿Y por qué iba a hacerlo? Para él, ella era exactamente lo que la había llamado. Una morbosa, y nada más.

Lo que ella no había tenido en cuenta era hasta qué punto estaban involucrados los sentimientos de aquel hombre en aquel asesinato. Había pensado que Stanton se mostraba beligerante hacia ella porque no podía soportar que se pusiera en duda su teoría sobre la identidad del asesino.

Pero quizá su renuencia a examinar las pruebas de Callie se debía a una insoportable sensación de fracaso, más que a cualquier animosidad que pudiera sentir hacia el padre de Kay-Kay. Al pensar en todo aquello, Callie se dio cuenta de que no conocía la causa de aquella supuesta animosidad.

Acababa de torcer la esquina de la calle donde vivían Phoebe y Virginia. Miró el reloj de nuevo mientras se acercaba a Wilton House.

Ya llegaba tarde a cenar, porque había estado demasiado tiempo en casa de Cooley, pero si no hablaba con Virginia, era posible que nunca entendiera la relación entre Stanton y Delacroix. Y aquello afectaría negativamente a sus posibilidades de averiguar la identidad del asesino...

Paró el coche enfrente de la casa y miró a las ventanas del segundo piso mientras apagaba el motor. Los visillos que ella había visto moverse más temprano aquella tarde estaban inmóviles.

Cuando salió del coche y se acercó a la casa, sintió un extraño rechazo. Todavía se sentía muy afectada por el tributo de Cooley hacia Stanton, y aquello le parecía casi como una traición. Como si estuviera intentando reunir información sobre él que pudiera hacerle daño, y además, a sus espaldas.

¿Tendría realmente importancia el odio que había existido entre ellos? Cooley le había asegurado que Ben Stanton había llevado a cabo una investigación minuciosa, sin importarle lo que sentía hacia el padre de Kay-Kay.

Se metió la mano al bolsillo buscando las llaves de casa de Phoebe, pero en aquel momento recordó todo lo que estaba en juego y se obligó a caminar hacia la puerta de casa de Virginia. Llamó al timbre y esperó. Al cabo de unos instantes llamó de nuevo, y volvió a esperar. Finalmente, se volvió con la intención de regresar al coche. Sin embargo vio por el rabillo del ojo el

caminito de ladrillo rojo que conducía a la parte de atrás de casa de Virginia, y pensó que no le llevaría ni un minuto comprobar si la señora estaba sentada en el porche trasero, preparándose para disfrutar del espectáculo de la puesta de sol.

Sin embargo, el porche estaba vacío. Se dio cuenta de que el cerrojo, que aquella mañana estaba cerrado, ya no lo estaba. Probablemente, Virginia estaría en la cocina preparando la cena. Abrió la puerta y cruzó el porche, pero al llegar a la puerta de la cocina se dio cuenta de que la luz estaba apagada.

Se apoyó en el cristal con la mano en la frente para ver algo dentro, y entonces, de repente, la puerta se abrió sin un solo ruido. Ella se irguió, sorprendida, a punto de perder el equilibrio. La puerta continuó moviéndose, dejando ver el suelo de baldosas blancas de la cocina. Había una mesa y unos armarios de madera con las puertas de cristal, por las que se veían platos de cerámica de colores. No olía a comida, y no había ningún cacharro en el fregadero, ni ninguna otra señal de que nadie hubiera cocinado aquella noche.

Quizá Virginia hubiera decidido dar un paseo antes de cenar. Callie se volvió y miró hacia el camino que bajaba hasta la playa y entre los árboles. No había nadie.

—¿Virginia? —dijo suavemente.

Esperó un rato, oyendo el ruido de las hojas de los árboles y el suave sonido del mar. «Cierra la puerta», se dijo, «vuelve al coche y conduce tres casas más abajo, hasta la calle de Phoebe».

Un sentimiento de inseguridad, cada vez más grande, le impidió hacerlo. Por alguna razón, que no tenía nada que ver con el cotilleo que había ido a escuchar, quería ver a Virginia Wilton. Quería asegurarse de que la anciana estaba bien.

Sin detenerse a pensar si lo que hacía era correcto, entró en la cocina y la cruzó.

—¿Virginia? —volvió a llamarla cuando llegó a la puerta de enfrente.

No hubo respuesta. Y de repente, oyó una música que venía desde arriba, y sonrió, relajada.

Era una canción muy antigua, casi de los años cuarenta, que encajaba perfectamente con la atmósfera de tranquilidad de la casa, y que también explicaba por qué Virginia no había oído el timbre y no había oído tampoco que ella la estaba llamando.

Aliviada por aquella simple explicación, Callie entró hasta el vestíbulo,

caminando con seguridad. Desde el fondo de las escaleras veía una puerta abierta en el segundo piso. De la habitación salía una luz tenue que iluminaba suavemente el pasillo.

—¿Virginia? —repitió de nuevo, aunque por cortesía, porque no tenía la esperanza de que la mujer la oyera por encima de la orquesta que estuviera tocando.

Sin embargo, de repente pensó que era muy extraño que Virginia se hubiera retirado a dormir a su habitación sin cerrar la puerta de atrás, ni el porche. Quizá aquello no fuera extraño en Point Hope.

«No hemos tenido un crimen...». Al acordarse de aquella frase de Phoebe, le saltó a la mente la misma frase que había pensando cuando se lo dijo. «Desde que alguien mató a una niña».

La ansiedad que había sentido antes de oír la música la invadió de nuevo, y echó a correr por las escaleras hacia arriba. Intentó llamarla de nuevo, pero según ascendía, el volumen de la música era más alto, y tenía un nudo en la garganta.

Cuando llegó arriba del todo, el nudo se había transformado en dolor. Después se preguntaría si había olido la sangre antes de verla. O si el olor que le había atribuido inconscientemente a una casa antigua ocupada por una mujer mayor no había sido también un recuerdo.

Aquella canción había sonado una y otra vez en el tocadiscos de Virginia, mientras su sangre se había expandido inexorablemente desde la herida de su cabeza, coagulándose lentamente, formando una mancha brillante y oscura en el suelo.

No había necesidad de comprobar el pulso ni de llamar a una ambulancia. Callie nunca había estado tan segura de algo como de aquello.

Virginia Wilton estaba muerta. Llevaba muerta mucho tiempo. Y el secreto que había prometido que le diría a Callie nunca sería revelado. No por aquellos labios, fantasmalmente blancos.

Capítulo 8

Callie salió de la habitación tambaleándose. Tenía la vista borrosa, pero consiguió agarrarse a la barandilla y bajar las escaleras. Ni siquiera pensó en llamar a la policía. Tenía que salir de allí. El olor de la sangre y de la humedad era mucho más de lo que podía soportar.

Mientras había estado arriba, el sol se había puesto y había dejado la casa en la oscuridad. Palpando las paredes llegó hasta la cocina, y allí se apoyó contra la pared, temblando. Oía la aspereza de su propia respiración. Y la voz de su madre, calmada y razonable, le retumbaba en el cerebro. «Tienes que volver a tu cama».

Aquel era el mismo terror contra el que había luchado durante tanto tiempo. Y en medio de él, sonó el teléfono, tan inesperadamente que Callie dio un respingo. Muerta de pánico, cruzó corriendo la cocina hacia la puerta, y se chocó contra algo grande y sólido, algo que gruñó con el impacto.

—¿Qué demonios?

Reconoció la voz instantáneamente. Y exactamente igual que lo había hecho en el agua aquella noche, le puso los brazos alrededor del cuello a Ben Stanton, colgándose de él sin pensar. Exactamente igual que se colgaba de su madre, luchando contra el horror de las pesadillas.

Después de unos segundos, mientras el teléfono seguía sonando, los brazos de Ben se cerraron a su alrededor. Ella apoyó la mejilla contra su pecho y escuchó los latidos de su corazón, firmes y reconfortantes.

Y después recordó lo que tenía que decirle. Levantó la cabeza y lo miró a la cara. Casi no veía sus rasgos en la oscuridad, y se preguntó cómo había sabido con tanta seguridad contra quién se había chocado. No había tenido ninguna duda. Ni tampoco miedo.

—Está muerta —le dijo—. Virginia está muerta.

—¿Muerta? —repitió él, como si la palabra no le resultara familiar.

—Arriba, en la habitación de la música —en el silencio entre los tonos del teléfono, se oían los acordes de una vieja melodía.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Callie?

—No lo sé. Está... allí tumbada.

—¿Estás segura?

—Oh, sí. Dios, sí.

—Quédate aquí —le ordenó él, echándose hacia atrás para romper el abrazo.

Pero no pudo. Ella no estaba dispuesta a permitir que la dejara sola. No, en aquella oscuridad.

—No —se negó.

Volvió a colgarse de él, aunque Ben la agarró suavemente por los antebrazos para evitarlo.

—Tengo que ir a ver a Virginia. Lo sabes.

—No —repitió ella. A pesar de que sabía que estaba actuando como una niña, no creía que pudiera soportar que él la dejara sola.

—Entonces, ven conmigo.

Aquello era el menor de los dos males, pero ella quería salir de allí, alejarse de lo que había visto en el piso de arriba. Quería salir a la calle a respirar aire fresco.

—Maldita sea.

Durante un instante, pensó que aquello había sido dirigido a ella, pero él dio un paso hacia un lado y se quitó sus brazos del cuerpo. Pudo hacerlo porque, finalmente, usó su fuerza contra ella. Caminó hasta el teléfono y contestó la llamada.

—¿Sí? —dijo, y escuchó.

Mientras lo hacía, Callie se acercó a él y se puso a su lado, con los brazos cruzados sobre el pecho, encogida como si tuviera frío. Estaba temblando de miedo.

—Soy Ben Stanton, Phoebe —dijo él—. No, después te llamaré.

Su voz transmitía una calma reconfortante, tanto como había sido el ritmo de su corazón. Él alargó un brazo y la atrajo hacia su lado.

A Callie se le llenaron los ojos de lágrimas por aquel gesto. Agradecida, volvió a descansar su cara contra el pecho de Ben, intentando controlar el terror que la había invadido en el piso de arriba. La tela de la camiseta olía a jabón de lavadora, y bajo aquel aroma había una esencia inconfundiblemente masculina. Un poco de jabón, y la fragancia limpia y salada del mar.

—En cuanto pueda —prometió Ben. Después escuchó, brevemente aquella vez, antes de hablar de nuevo—. Callie está aquí, y está bien. Espera un minuto y te llamaré yo. Te prometo que lo haré, Phoebe. No vengas hasta que

te llame.

Entonces colgó. Todavía estaba abrazando a Callie con el otro brazo.

—¿Estás segura de que quieres subir conmigo?

«Si la otra opción es quedarse aquí, a oscuras...»

Asintió, y notó cómo la mejilla se frotaba contra su pecho, cubierto por la camiseta. Él le apretó el hombro para reconfortarla, y después los dos se dirigieron hacia la escalera. Hacia la suave luz y la música, inquietantemente familiar.

La calle, que antes había estado tan tranquila, bullía de actividad. Había una ambulancia y coches de policía con las luces encendidas, girando, aparcados en perpendicular al sentido de la carretera para cortar el tráfico. La gente se arremolinaba en las aceras, con cara de asombro, de impresión, de miedo.

Cuando habían subido juntos a la habitación, ella no había entrado. Él había llegado al momento a la misma conclusión que ella, pero había reaccionado con mucha más eficacia, y había llamado rápidamente a la comisaría. Aquello había ocurrido unos treinta minutos antes.

Doak Withers y Ben estaban en el jardín delantero de la casa de Virginia, hablando con el médico que había subido a la habitación.

Ella no estaba lo suficientemente cerca como para oír la conversación, pero veía que el médico sacudía la cabeza en respuesta a algunas de las preguntas que le hacía Doak. Finalmente, se dieron la mano para despedirse, y mientras el médico se alejaba, Withers le dijo algo a Ben. Entonces, ambos se acercaron a ella.

—¿Señorita Evers? —le dijo Withers—. Me gustaría hacerle algunas preguntas. Si no le importa.

—¿Qué le ha pasado a Virginia? —preguntó ella, a su vez.

—El médico piensa que debió de caerse, golpearse la cabeza y quedar inconsciente. Se dio lo suficientemente fuerte como para hacerse una brecha y después... simplemente, no se despertó más.

Callie no creía que la explicación de lo que había visto arriba fuera que Virginia se hubiera desangrado hasta morir como resultado de un accidente.

—¿Se ha caído contra qué? —preguntó, incrédula—. Estaba en su propia habitación, por Dios.

Virginia había vivido en aquella casa durante años. Seguramente, conocería la posición de todos los muebles con los ojos, sobre todo en su cuarto.

—No creo que sepamos nunca lo que ha ocurrido con toda seguridad —dijo Doak—. Quizá se levantara muy rápido y se mareara. El médico dice que ocurre muy frecuentemente.

—Pero... había demasiada sangre —dijo ella, con la voz apagada.

—Creen que, debido a su historial médico, es posible que estuviera medicándose, lo que ha podido contribuir a la pérdida de sangre... —dijo Ben.

—¿Qué tipo de historial?

—Tuvo un par de apoplejías, la última hace solamente unos meses. Fueron relativamente leves, pero aun así...

Callie asintió. Aparentemente, no veían nada siniestro en la muerte de Virginia. Un simple accidente. Uno de los miles que ocurrían cada año a las personas mayores. Aquel, con consecuencias más trágicas que la mayoría.

—Tenemos curiosidad por saber por qué estaba usted aquí —dijo Doak.

Los dos la estaban mirando fijamente, con interés profesional. Ella miró a Ben, preguntándose si él sospecharía lo que la había llevado allí. Y después, de repente, se preguntó también si habría sido su descuidada revelación de aquella tarde lo que le habría llevado también a él a casa de Virginia. No se le había ocurrido preguntarle qué hacía en la cocina de Virginia a aquellas horas. Se había sentido demasiado aliviada al saber que era él como para pensar en nada más.

—¿Señorita Evers? —le dijo Withers.

—Quería preguntarle unas cosas —respondió Callie, apartando la mirada de Stanton.

—¿Preguntas sobre qué?

—Sobre el caso Delacroix. Se lo dije cuando fui a verlo a su oficina. Estoy escribiendo un libro sobre la muerte de Katherine Delacroix.

No miró de nuevo a Ben, pero aquellas preguntas sin responder seguían preocupándola. ¿Habría ido a ver a Virginia para averiguar lo que tenía que decirle a ella la anciana? ¿Habría estado preocupado por lo que sabía Virginia?

—¿Pensaba que la señora Wilton tendría información sobre el asesinato? —le preguntó Withers con escepticismo.

—Estoy intentando hablar con toda la gente que pueda, de los que vivían aquí cuando se cometió. Para hacerme una idea de la atmósfera. Para conocer las reacciones del pueblo.

Withers asintió como si aquello tuviera sentido.

—¿Y entró usted por detrás? —continuó preguntando el policía.

—La puerta del porche tenía el cerrojo abierto. Pensé que Virginia estaría haciendo la cena. Entré con la intención de llamar a la puerta de la cocina, pero al apoyarme para mirar, la puerta se abrió, porque no estaba cerrada. Me pregunté por qué Virginia se habría ido arriba dejando la puerta sin cerrar.

—La mayoría de la gente del pueblo no se molesta en cerrar —dijo Withers, en un tono algo superior—. Este lugar no es como otros, donde tienes que estar preocupado todo el día.

—Pero Virginia sí cerraba la suya —dijo ella.

Hubo un silencio.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó Ben, en un tono más profesional que el de Doak.

—Estaba cerrada cuando vine al comienzo de la tarde.

—¿La puerta de atrás?

—La puerta del porche. El cerrojo estaba echado.

—¿Llamó?

Callie asintió.

—Llamé al timbre de la puerta principal, y al ver que Virginia no contestaba, di la vuelta a la casa para ver si estaba en el porche trasero.

—Y, más o menos, ¿qué hora sería? —preguntó Doak.

«Justo antes de ir a su casa», pensó Callie, mirando a Stanton.

—Quizá... la una, o la una y cuarto —calculó—. Después de comer.

Hubo un sutil cambio en la mirada de aquellos ojos azules, y Callie supo que Ben había asociado las horas; sin embargo, no mencionó la visita a su casa.

—¿Y entonces es cuando se encontró cerrada la puerta del porche? —le preguntó Doak.

—La llamé, pero la máquina de aire acondicionado hacía tanto ruido que no me oyó.

—Quizá estuviera en la compra, o haciendo recados —sugirió Doak.

Ella sacudió la cabeza.

—Vi un movimiento en la ventana de arriba. Alguien movió el visillo. Justo en esta ventana —dijo, señalando la que estaba justo encima de sus cabezas. Aquella era la ventana de la habitación donde habían encontrado a Virginia.

—¿Estás segura de la hora? —preguntó Ben.

Ella se volvió, mirándolo directamente a los ojos, sin entender por qué se lo

preguntaba.

—Paré aquí de camino hacia tu casa.

Withers arqueó las cejas de la sorpresa, pero no les preguntó la razón de aquella visita.

—¿Tiene razón? —le preguntó Doak a Ben—. ¿Fue entre la una y la una y cuarto?

—Más o menos —respondió Ben.

Hubo un silencio prolongado, y se oyó la radio de uno de los coches de policía, dando un mensaje ininteligible.

—Eso no tiene sentido —dijo Withers, finalmente.

—¿Qué es lo que no tiene sentido? —preguntó Callie, sin entender por qué lo que ella había dicho había significado un cambio en su actitud—. ¿Ben?

Aquella fue la primera vez que ella lo llamaba por su nombre de pila, y a pesar de su proximidad en la cocina, decirlo le pareció extraño. Fuera de lugar. Se había sentido más incómoda que cuando él le había puesto el brazo por los hombros.

—El médico ha fijado mucho antes la hora de la muerte —respondió Stanton, muy serio.

—¿Antes? ¿A qué hora?

—Aproximadamente, a las once de la mañana. No es más que una estimación —le dijo Doak—, basada en las condiciones del cuerpo, el rigor mortis y la sangre. Pero, demonios, con este calor...

Withers continuó hablando, pero Callie no escuchó nada más. Acababa de darse cuenta de que, a pesar del calor de aquella tarde, el aire acondicionado de la habitación no estaba encendido. Si lo hubiera estado, habría hecho tanto ruido que ella se habría dado cuenta, como por la mañana. No había otro sonido en la habitación que el tocadiscos, haciendo sonar una y otra vez la misma melodía.

Miró hacia arriba y vio a Ben observándola con una pregunta en los ojos, como si se hubiera dado cuenta de que ella estaba pensando que algo no encajaba.

—... así que no piense que ha sido culpa suya —le estaba diciendo Doak—. Probablemente, tienen razón en cuanto a la hora del fallecimiento.

Aquella frase fue tan extraña que la sacó de su abstracción.

—¿A qué se refiere? —no era posible que se estuviera refiriendo a la muerte de Virginia.

—No quiero que se preocupe porque ella se levantara demasiado rápido

cuando oyó que usted llamaba y se cayera.

¿Acaso sería posible? La idea de que pudiera ser culpa suya no se le había cruzado a Callie por la cabeza hasta que él lo había mencionado. Y cuando lo había hecho...

—Y si hubiera ocurrido así, ¿quién quitó el cerrojo de la puerta del porche? —preguntó Ben.

Si el médico tenía razón en cuanto a la hora del fallecimiento, era imposible que hubiera sido la misma Virginia. Tendría que haber sido otra persona, seguramente la que estaba en la ventana. Alguien que había entrado a la casa y había cerrado las dos puertas de atrás, y que había estado observando desde la habitación de arriba cómo se marchaba Callie con el coche, después de no haber obtenido respuesta de Virginia. Alguien que había apagado el aire acondicionado, seguramente para hacer más difícil señalar con exactitud la hora de la muerte de Virginia. Y, probablemente, después, esa persona había salido de la casa por la puerta de la cocina y había dejado las dos puertas, la de la casa y la del porche, abiertas.

—¿Estás diciendo que... —Doak no terminó la pregunta, como si quisiera que otra persona pronunciara las palabras.

Callie no estaba segura de que pudiera, aunque entendía lo que estaba pensando Ben.

—Estoy diciendo que es muy probable que Virginia no estuviera sola cuando murió. No, si la señorita Evers está segura de la hora a la que estuvo aquí esta tarde.

—Fue después de comer. Phoebe y yo hemos comido tarde, porque esta noche hemos estado despiertas la mayor parte del tiempo. Ella se echó la siesta por la mañana.

No mencionó la visita que les había hecho Virginia aquella mañana temprano. Y no estaba segura de por qué no lo hacía. Quizá para evitar preguntas sobre por qué no le había preguntado lo que quería saber entonces.

—Lo que vio usted pudo ser el aire acondicionado moviendo el visillo —sugirió Doak.

—Entonces, ¿quién apagó el aire acondicionado? —preguntó ella—. Estaba apagado, ¿no? La última pregunta fue dirigida a Ben, y él asintió.

—No nos obcequemos con esto —protestó Doak—. Seguramente, hay una docena de explicaciones. Tenemos que esperar a que el médico nos dé la hora exacta de la muerte. Hasta entonces...

—Asegura la escena —dijo Ben.

El comisario no respondió inmediatamente. Al final, al darse cuenta de lo que implicaba aquella orden, Withers arqueó las cejas.

—Demonios, Ben, ya es demasiado tarde para eso. Ha habido médicos y enfermeros por aquí y voluntarios del departamento de bomberos —le explicó a Callie—. Cuando hay una emergencia, todo el mundo quiere ayudar.

—Hazlo de todas formas —le urgió Ben—. Al menos, saca a todo el mundo.

—Tú has venido el primero —le dijo Doak, volviendo su atención hacia su ex jefe—. ¿Has visto algo extraño?

—No estaba buscando nada extraño.

«Como antes, exactamente igual», pensó Callie, estremeciéndose.

La misma escena a la que Stanton se había enfrentado con la muerte de Kay-Kay. Debía de ser la peor pesadilla de un policía: creer que estaba enfrentándose a una situación que requería un tipo de reacciones y de medidas, y de repente, averiguar cuando ya era demasiado tarde que estaba enfrentándose a otra muy diferente.

—Asegúrala ahora, Doak —le dijo Ben en tono autoritario—. Y dile al médico que nos diga la hora de la muerte lo antes posible.

—Mira —dijo Doak—, entiendo lo que estás sugiriendo, pero... si la señora Wilton murió a las once, ¿por qué iba a estar alguien en la habitación a la una?

—La mayoría de las casas de este barrio son de gente mayor, que se echa la siesta después de comer. Y aquellos que no lo hacen, no salen al calor de la tarde. Esperar un par de horas para salir de la casa significaría menos oportunidades de que alguien lo viera.

Doak asintió.

—¿Algo más?

—Busca tú mismo las huellas. Sobre todo, las de la máquina de aire acondicionado, del brazo del tocadiscos y de las dos puertas traseras. ¿Has tocado el pomo de la puerta de la cocina?

Callie tardó unos segundos en darse cuenta de que la pregunta iba dirigida a ella. Sacudió la cabeza.

—Se abrió sola cuando me apoyé contra el cristal. No toqué el pomo.

—Esa puerta, lo primero —ordenó Ben, volviéndose hacia Withers—. Mis huellas estarán en el pomo de la puerta delantera, porque yo les abrí a los médicos. Nuestras huellas, las de los dos, estarán en el pomo de la puerta del

porche, pero no creo que nadie más entrara por allí.

«No creo que nadie más entrara por allí». Quería preguntarle por qué había entrado en casa por la puerta de atrás, por qué había entrado en la cocina de Virginia a oscuras. Sin embargo, no lo hizo. No podía hacerlo en presencia de Doak. Y no sabía por qué no quería hacerlo.

—¿Y eso es todo? —preguntó Withers.

—Para empezar será suficiente —respondió Ben—. Mantén a todo el mundo fuera. Eso es lo más importante que tenemos que hacer ahora.

Doak asintió, y después salió apresuradamente hacia el coche patrulla que había aparcado en la calle. Tras él dejó un silencio angustioso. Tanto Ben como ella habían dejado cosas sin decir. Cosas que Withers tenía que saber, si es que aquello era realmente lo que Ben había sugerido.

—¿Has vuelto a llamar a Phoebe? —le preguntó Callie.

No quería que la mujer fuera a la casa y descubriera lo que había ocurrido sin prepararla antes.

—Llamé a Doc Cooley y le pedí que viniera. También le pedí que le contara a Phoebe lo que le ha ocurrido a Virginia, y que no la deje venir bajo ningún concepto.

—Me gustaría ir a visitarla, si ya no me necesitan.

No esperaba que él le dijera que no podía irse. Aunque se había planteado la posibilidad de que hubiera alguien en casa de Virginia Wilton aquella tarde, nadie parecía cuestionar ninguna de las acciones de Callie.

—Iré contigo —dijo Ben.

—No te preocupes. No estoy planeando marcharme del pueblo —le dijo ella, dolorida por su desconfianza.

—Me sentiría mejor si te lo plantearas.

—¿Si me planteara marcharme?

Aquello también le dolió, pero no supo por qué. Que él le hubiera puesto el brazo sobre los hombros cuando ella había estado aterrorizada no significaba que le debiera ninguna consideración especial.

—Sería más seguro —dijo él.

Ella sacudió la cabeza, asimilando las implicaciones de aquello.

—¿Piensas que...

—No me gusta lo que está sucediendo. No me gustó lo que ocurrió ayer por la noche. Y no me gusta la idea de que alguien haya estado en la habitación de Virginia esta tarde. Tiene mala pinta.

—Crees que alguien la ha asesinado.

—Yo no he dicho eso.

Pero no tenía que hacerlo. Las instrucciones que le había dado a Doak lo implicaban. La conclusión inevitable de tomar aquellas precauciones era que se encontraban en la escena del crimen.

—Fuera quien fuera el que estuviera en la ventana —dijo ella— me vio. Y tenía que saber que había venido a hablar con Virginia. No he mantenido en secreto lo que voy a hacer.

—Si tienen razón con la hora, Virginia llevaba muerta mucho tiempo cuando tú llegaste.

—Eso es lo que me duele —dijo Callie suavemente—. La posibilidad de que Virginia realmente supiera algo sobre el asesinato de Kay-Kay. Y la posibilidad de que alguien la matara para impedir que me lo contara.

Capítulo 9

La cocina de Phoebe estaba llena de vecinos y de amigos cuando llegaron. Callie conocía a algunos, como a Doc Cooley y Tommy Burge. También había un par de mujeres a las que no reconoció y que les ofrecieron café.

Se sorprendió de que Buck Dolan no estuviera allí. Pensó que lo había visto cerca de casa de Virginia mientras esperaba a Ben y a Withers, entre la gente que observaba la escena. Quizá todavía estuviera allí, observando cómo Doak y su subordinado llevaban a cabo las sugerencias de Ben. Más preocupado de seguir los procedimientos de la investigación del asesinato de una amiga que del bienestar de otra.

—Phoebe —le dijo Callie suavemente.

La mujer estaba sentada en la mesa de la cocina con la cabeza entre las manos. Cuando oyó la voz de Callie, la miró. Tenía los ojos enrojecidos y la nariz hinchada. Era evidente que había estado llorando.

—Yo no quería esto —le dijo a Callie, tendiéndole la mano—. Sabes que yo no lo quería.

Callie se inclinó hacia ella y la abrazó, mientras la anciana sollozaba. Al cabo de unos segundos, le dio un pañuelo.

—Everett dice que debió de caerse —dijo, como si fuera una pregunta. Callie no quiso mirar a Cooley ni a Ben para que le ayudaran a explicárselo, pero de todas formas, no hizo falta. Las palabras salieron de la boca de Phoebe como un torrente.

—El médico le dijo que se dio un golpe en la cabeza contra algo. Yo creo que debió de ser contra la mesilla de noche. Ya le dije que era demasiado alta como para usarla de mesilla, se lo dije mil veces, pero no quiso escucharme.

Callie asintió, mirando a Phoebe a los ojos.

—Ella sabía que yo no quería esto, ¿verdad? —le preguntó Phoebe, bajando la voz para que quedara en secreto entre ellas—. Yo estaba enfadada por... tú ya lo sabes. Virginia no sabía mantener la boca cerrada, pero yo la quería. Ha sido mi mejor amiga durante más de cincuenta años. Desde que se casó con Beau Wilton y se vino a vivir a esa casa.

—Ella sabía que la querías, Phoebe. Sabía que la querías mucho.

—Everett dice que fue la medicina lo que la mató —continuó Phoebe,

sonándose la nariz de nuevo—. Se supone que era para impedir coágulos — dijo, y sacudió la cabeza, desesperada—. Si hubiera ido a su casa y hubiera intentado hacer las paces con ella... —volvió a sollozar y le temblaron los hombros.

—No hay nada que hubieras podido hacer.

—¿Y por qué tenías que hacer las paces con ella? —preguntó Doc Cooley.

Callie se volvió y se dio cuenta de que él se había puesto a su lado. Su tono parecía un poco condescendiente, como si estuviera hablando con un niño. O, pensó Callie, como le hablaría un médico y viejo amigo a una paciente un poco sorda.

—Virginia y yo discutimos esta mañana —admitió Phoebe.

—¿Y qué hay de nuevo en eso? —le preguntó Doc, sonriéndole—. Virginia habría pensado que no la querías si no hubierais estado discutiendo todo el rato. ¿Por qué era esta vez? ¿Por si el pollo a la parrilla a mejor precio lo tenía Winn Dixie o Piggly Wiggly?

A pesar del llanto, Phoebe no pudo evitar sonreír de mala gana ante su tomadura de pelo.

—Eso fue la semana pasada.

Doc se rió y le tomó la mano.

—Aunque no he visto a Virginia, puedo decirte que si lo que estaba tomando era lo que yo creo, nadie habría podido hacer nada para salvarla, ni aunque hubieras estado allí con ella. Así que deja de preocuparte por eso. Virginia no querría que te preocuparas, y lo sabes. Quítate esas tonterías de la cabeza.

—¿Crees que es verdad, Everett? ¿Que no podría haber hecho nada aunque hubiera estado allí?

—Creo que nadie habría podido hacerlo. Ni siquiera yo. Así que no te preocupes más por eso.

Phoebe asintió, reconfortada. Callie no entendía cómo Cooley podía decirlo con tanta seguridad, sin saber cuál era la medicina que tomaba Virginia. Por supuesto, podía ser que sólo estuviera siendo bueno con Phoebe. Si era una mentira piadosa, Callie no podía echarle la culpa. Se apoyó en el respaldo de la silla de Phoebe y se levantó.

—Callie no ha estado en casa durante toda la tarde —dijo Phoebe—. Se fue a trabajar en su libro. Yo estaba pensando en ir a casa de Virginia, pero, a decir verdad, esperaba que ella apareciera en cualquier momento. Sin embargo, a medida que pasaba el día y no venía, me sentí inquieta. La llamé

un par de veces, pero no respondió. Entonces, la última vez que llamé... fue cuando tú respondiste —dijo, mirando a Stanton mientras se sonaba la nariz de nuevo—. Y ha estado allí muerta, todo el tiempo que yo he estado pensando en ella.

—Doc tiene razón, Phoebe —dijo Ben—. No había nada que hubieras podido hacer.

—¿Tú crees que murió sin sufrir?

Aquella pregunta iba dirigida a Ben, y el silencio que precedió a la respuesta parecía revelador. Sin embargo, el tono de Stanton al responder fue completamente normal.

—Si el médico tiene razón, se cayó, se dio un golpe en la cabeza que la dejó inconsciente, y no volvió a despertar. Hay formas mucho peores de morir, Phoebe.

—Vamos, Phoebe. ¿Por qué no me dejas que te acompañe a tu habitación? —le dijo Callie, que había notado que a la anciana le temblaban las manos mucho más de lo normal. Si no tenían cuidado, a Phoebe podía darle una apoplejía—. Quizá Doc te pueda dar algo para dormir —añadió. Miró al doctor y se encontró con que tenía los ojos clavados en ella. Callie inclinó la cabeza, interrogativamente.

Cooley miró a Phoebe y le agarró la muñeca para tomarle el pulso. No dijo nada, hasta que, pasados unos segundos, le tomó la mano entre las suyas y sonrió.

—Firme como una roca. Vas a vivir más que todos nosotros, Phoebe Mae —dijo, antes de volverse hacia Ben—. Le pedí a Tommy que llamara al hijo de Phoebe, para que se la lleve durante un par de días y no se quede aquí sola.

—Sam me ha dicho que estaría aquí en una hora, más o menos —dijo Burge.

—Ya he dicho que no necesito ir a casa de Sam —dijo Phoebe, mirando a Callie—. Es mi hijo, que vive en Mobile. Pero en cuanto se enteró de lo que había pasado dijo que vendría a buscarme. Ha prometido que me traería de vuelta en cuanto sepamos cuándo es el entierro. Has llamado a Peggy Ann, ¿verdad, Tommy?

—Yo la he llamado —respondió Doc—. No es precisamente el tipo de llamada que uno quiere hacer, créeme. Va a venir en cuanto consiga un billete de avión.

—Es la hija de Virginia —volvió a explicarle Phoebe a Callie, ya que parecía que todo el mundo estaba al tanto de los parentescos—. No sé si

querrán enterrarla aquí, aunque creo que sí. Beau está enterrado aquí, y muchos amigos también.

—Eso no debe inquietarte, Phoebe. Su familia se ocupará —dijo Cooley—. Olvídalo.

Aquello era un eco de lo que le había dicho a Callie aquella tarde, pensó ella. Y en el mismo tono. «Márchese, y olvide a ese hombre y a este pueblo». Ella no lo había hecho, y entonces...

—Vaya, Callie, no había pensado en ti —dijo Phoebe, impresionada por su propia falta de consideración hacia una huésped—. Puedes quedarte aquí. Tendrás que hacerte tú misma la comida, pero puedo devolverte parte de la renta...

—Phoebe —protestó Callie, interrumpiendo el raudal de palabras—. No importa. Estaré perfectamente, te lo prometo.

—Bueno, no me parece bien dejarte aquí, pero ya que Sam y Debbie han hecho el viaje... Sólo serán un par de días, hasta que llegue Peggy Ann y lo organice todo —prometió Phoebe.

Callie asintió. Sabía que, de todas formas, no iba a quedarse sola en aquella casa. Levantó los ojos, mirando directamente a los de Ben. Él la había estado observando, igual que Doc. Y no estaba segura de lo que significaba su mirada.

Había ido a Point Hope pensando que el asesino de Katherine Delacroix se habría marchado hacía mucho tiempo. Había sido una estúpida al no tener en cuenta que él podría estar allí todavía. Y lo que estaba intentando hacer la había puesto en peligro a ella y a los demás.

Hasta la noche anterior no se le había ocurrido pensar que tuviera que tenerle miedo al asesino de Kay-Kay, y sin embargo, en aquel momento parecía que todo el valor la había abandonado. En el curso de los dos días anteriores se había visto reducida a una niña asustada que lloraba en la oscuridad.

Sosteniéndole la mirada, Ben movió la cabeza de lado a lado, obviamente, negando algo. ¿Sería la sugerencia de Phoebe? Si era así, ella estaba totalmente de acuerdo. Reservaría una habitación en un hotel.

O haría las maletas y se marcharía de Point Hope. Aquel era un caso que había estado sin resolver durante diez años. El otro, durante más de un cuarto de siglo. ¿Cómo podía haber sido tan idiota de pensar que ella podría averiguar lo que les había ocurrido a aquellas dos niñas?

—Te ayudaré a hacer la bolsa —le dijo a Phoebe.

Sin embargo, sabía que tenía una razón para hacerlo. Se daría una última oportunidad. Una última oportunidad de averiguar la verdad.

Mientras Phoebe terminaba de meter el camisón y las mudas que necesitaría en la bolsa de viaje, Callie intentaba pensar cómo podría hacerle algunas preguntas sin revelar que había habido algo extraño en la muerte de Virginia.

Sin embargo, ya no estaba tan segura de que fuera importante saber el secreto que Virginia había insinuado. No sospechaba de Ben en absoluto, a pesar de que hubiera estado en la cocina de Virginia aquella noche. No podía explicar por qué, pero sabía con certeza que él no tenía nada que ver con la muerte de la anciana, ni tampoco con lo que le había ocurrido a ella la noche del jubileo.

No era cuestión de lógica, de todas formas. Y en una situación tan peligrosa, debería estar guiándose por la lógica. En vez de eso, estaba basando su juicio acerca de Ben Stanton en factores que sólo tenían que ver con las emociones.

La sensación de su brazo alrededor de los hombros, reconfortante, atrayéndola hacia él. Su forma de mirarla mientras estaba con ella en el bote, preocupado, compasivo.

Y aquello había ocurrido en dos noches. Dos noches. El tiempo se había distorsionado desde que había llegado.

Todo sucedía demasiado deprisa. Antes de que hubiera podido entender el significado de la amenaza contra ella, había ocurrido otra cosa horrible. Había demasiadas cosas que no entendía. Y si no averiguaba algo antes de que Phoebe se marchara...

—Necesito saber lo que quería decirme Virginia —le dijo.

Phoebe la miró, con un cansancio infinito en los ojos, vieja, triste.

—¿Sobre qué, cariño?

—Sobre por qué Ben Stanton odiaba a Tom Delacroix. Sobre que esa mala relación no tuviera nada que ver con las pruebas y la investigación. Y sobre por qué Ben está tan seguro de que Tom Delacroix mató a su hija.

—Eso no son nada más que cotilleos. Virginia nunca debería haberlo mencionado.

«Pero lo hizo. Y ahora está muerta. Y tengo que saber si esa habladuría ha tenido algo que ver con su muerte».

No podía decirle nada de aquello a Phoebe, ni a nadie más. Oficialmente, al menos por el momento. Virginia había muerto a causa de un accidente. Sin embargo, ella no lo creía.

—Virginia pensaba que era importante —dijo.

—Bueno, pues no lo era. Virginia estaba equivocada. Kay-Kay está muerta, y Tom también. Revolver en la suciedad no va a devolverlos a la vida. Y no estoy dispuesta a dejar que tú ni nadie hable mal de los muertos.

—¿Era cierto? —preguntó Callie.

Phoebe frunció el ceño.

—¿Cierto?

—Lo que iba a contarme Virginia. Sólo dime si era cierto, Phoebe.

—Ya te he dicho que no es importante.

—Pero sí lo es. Te lo prometo. No lo voy a escribir en el libro, si eso es lo que te preocupa. Quedará entre tú y yo, te lo prometo. Sólo dime si es cierto.

—Sólo hay tres personas que conozcan la respuesta a eso —dijo Phoebe, finalmente—. Y una de ellas está muerta. Si quieres la verdad...

Entonces titubeó, mirándose las manos temblorosas.

De repente se las agarró con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos. Se las llevó al pecho y apretó.

—Odio ser vieja —dijo, llorando—. Odio el hecho de que ya no sé lo que está bien y lo que está mal. Tú pensarás que ya debería saberlo, a estas alturas... —se interrumpió, infinitamente triste—. Yo no repito las habladurías. Y no soporto a aquellos que lo hacen. Pregúntale a Ben, si piensas que es tan importante.

—Phoebe...

—Eso es todo lo que voy a decirte, así que no me preguntes más. No creo que pueda soportarlo esta noche —dijo, con la voz temblorosa—. Pregúntale a Ben. Y diga lo que diga, si es que te dice algo, puedes estar segura de que será la verdad.

—Estará bien —dijo Cooley, mientras los cuatro observaban las luces traseras del coche del hijo de Phoebe, que desaparecía al final de la calle—. Phoebe es muy dura. Toda esa generación lo es.

Callie se dio cuenta de que, mentalmente, había metido a Cooley y a Phoebe en la misma generación. Sin embargo, al pensarlo se dio cuenta de que podría haber bastantes años entre ellos. Phoebe debía de tener más de

ochenta años, y Doc, que aún no se había retirado del todo, no tendría más de sesenta y cinco.

—Sobrevivieron a la depresión y a una guerra mundial —comentó Burge.

—Y perdieron a sus hijos en Vietnam y en Corea —añadió Cooley.

—Bueno, Ben. Llámame si puedo ayudar en algo —dijo Tommy. De nuevo, alguien le asignaba inconscientemente la autoridad a Ben Stanton—. Creo que ahora me voy a casa.

—Yo también —dijo Doc—. ¿Quieres que te lleve, Tommy? A menos que me necesites para algo más, Ben.

—Gracias —dijo Ben, mientras le estrechaba la mano a Burges. Después se volvió hacia el doctor, y le tomó la mano entre las dos—. Siempre te toca el trabajo sucio, Doc. Gracias.

—Va con la profesión. Lo sabía cuando la elegí.

—De todas formas, te agradezco mucho que hayas venido a ver a Phoebe —dijo Ben—. Me estaba temiendo que fuera a casa de Virginia.

—Phoebe no es sólo mi paciente. Ella y Hobart siempre han sido amigos míos.

Tommy había empezado a cruzar el césped hacia el coche de Cooley. Sin embargo, parecía que el doctor no tenía demasiada prisa.

—¿Y qué va a hacer usted, señorita Evers? ¿Va a quedarse aquí, tal y como sugirió Phoebe?

—Al menos, lo suficiente como para recoger la cocina. Después decidiré lo que voy a hacer.

—¿Necesita alguna ayuda para dormir?

El ofrecimiento era tentador. Temía que, cuando se acostara, todo lo que había ocurrido aquel día le pasara una y otra vez por la cabeza.

—No, no creo —dijo, sin embargo. Nunca había usado las drogas para escapar de nada, y era demasiado mayor como para empezar en aquel momento—. Pero muchas gracias.

—De nada —le dijo Doc.

Se volvió y empezó a caminar hacia el coche, moviendo la mano para decir adiós.

—¿Y tú, Tommy? ¿Te apetecería tomar una copa antes de ir a dormir?

La respuesta de Burge fue ininteligible en la distancia. Cuando las puertas del coche se cerraron, y el coche empezó a moverse, Callie y Ben se quedaron observándolo hasta que desapareció.

—No te vas a quedar aquí —le dijo él.

—Lo sé.

—¿Decías en serio lo de limpiar la cocina?

—Puedo hacerlo por la mañana —dijo ella—. Pero voy a comprobar que todo está apagado, el gas, la cafetera... Después iré a buscar un hotel. ¿Alguna sugerencia?

—Ven a casa conmigo —dijo Ben.

Ella procesó las palabras. No estaba segura de que él hubiera dicho lo que ella había creído entender. Sin embargo, había sido muy claro, y aquello no podía interpretarse de otra manera.

—¿Por qué?

—Porque me parece que estarás más segura que tú sola en un hotel.

Dejó que se extendiera el silencio mientras pensaba en aquel ofrecimiento. «Ven a casa conmigo». La protección no era normalmente el motivo por el que un hombre hacía una invitación como aquella. Y en aquel caso...

Lógica contra emociones. A pesar de su instinto, no era lógico confiar en Ben Stanton en aquella situación, y menos como para quedarse a solas con él. Sobre todo, cuando nadie sabría dónde estaba ella, o con quién.

—¿Callie?

—Tengo que recoger unas cuantas cosas de mi habitación —dijo ella.

—Te acompaño.

«Protección», pensó ella de nuevo. Quizá Stanton no tuviera otra razón para llevarla a su casa. Pero ella sí la tenía para aceptar su invitación.

«Pregúntale a Ben», le había dicho Phoebe. «Si te dice algo, será la verdad».

Había muchas verdades que todavía no habían sido reveladas acerca de la noche en que murió Kay-Kay Delacroix.

Se volvió y empezó a caminar hacia la vieja casa de Phoebe Robinson, completamente consciente del hombre que la seguía.

Capítulo 10

—¿Tienes hambre?

Callie se dio cuenta de que sí. Después de lo que había pasado aquel día, se sorprendió de estar tan hambrienta, pero hacía mucho tiempo desde que había comido con Phoebe. Eran un poco más de las diez.

—En realidad, sí.

Ben la miró, apartando los ojos de la carretera durante un segundo.

—¿Qué te apetecería?

Aquella conversación parecía un poco surrealista, teniendo en cuenta cómo había sido su relación hasta aquella tarde. Sin embargo, había algo muy humano en las cosas ordinarias de la vida, que no se dejaba afectar por el caos circundante.

—Pues... nada en especial. Simplemente, comer algo.

Tenía el estómago revuelto y estaba algo mareada. Casi desorientada. Y quizá, en parte, fuera porque estaba en el todoterreno de Ben Stanton e iba a pasar la noche en su casa.

Aparte de que tuviera razones de peso para hacerlo, la situación era bastante irreal. Y aquella sensación se vio intensificada cuando Ben hizo un giro brusco con el coche, sin aminorar la velocidad, y llegaron a una cabaña de madera, algo destartada, al lado de un embarcadero iluminado por una hilera de bombillas que se reflejaban en el agua. Era un restaurante.

—Sé que no parece nada del otro mundo —dijo Ben, mientras paraba el motor en el aparcamiento—. Pero la comida está deliciosa. Tendremos que entrar —continuó, en tono de disculpa—, porque aquí no preparan comida para llevar.

Aquello significaba que tendrían que sentarse en una mesa, como una pareja cualquiera que salía a cenar por la noche.

—A menos que no quieras que te vean conmigo.

Sorprendida, lo miró, y descubrió que él se había vuelto hacia ella en el asiento y tenía de nuevo los ojos clavados en su cara. El letrero de neón rojo del restaurante le confería un brillo extraño a su piel bronceada.

—¿Qué significa eso?

—Tiendo a olvidar lo que el mundo exterior piensa de mí.

«Eché a perder la investigación». «Está muy bien que jugara a ser policía cuando lo único que tenía que hacer era poner multas...»

Recordó todos aquellos comentarios despectivos que había hecho la gente sobre Ben Stanton desde que ella había llegado a Point Hope, y se rió al pensar en lo que él acababa de decir.

Él inclinó la cabeza, cuestionando su reacción.

—Probablemente debería decirte que hay unas cuantas personas en este pueblo que no son precisamente admiradores tuyos.

Sus labios se arquearon hacia abajo, pero después, las comisuras volvieron a levantarse. Casi una sonrisa.

—No les hago mucho caso. Se me había olvidado que has hablado con mucha gente.

—Pues tenía la intención de hablar con muchas más. Hay cosas... — sacudió la cabeza, pensando en los dos días anteriores— que han pasado, que siguen pasando...

Entonces él volvió la cabeza y se quedó mirando a la bahía a través del parabrisas. Apoyó los antebrazos en el volante y los cruzó a la altura de las muñecas. Ella se sintió aliviada de liberarse, al menos durante unos instantes, de la intensidad de aquella mirada.

—Creo que puede que tengas razón —le dijo. Todavía estaba mirando al agua.

—¿Razón? ¿Sobre qué? ¿Sobre Delacroix? —le preguntó ella, asombrada, con un nudo en la garganta.

—No creo que hayan estado intentando asustarte.

—¿Entonces tú también crees que... el que está haciendo todo esto podría ser la misma persona que mató a Kay-Kay?

Él movió la cabeza lentamente, aunque el movimiento no fue lo suficientemente fuerte como para significar una negativa.

—Me habría apostado la vida —dijo él, suavemente.

«A que Tom Delacroix era el culpable». En cierta manera, lo había hecho. Había dedicado dos largos años de su vida intentando que procesaran al padre de Kay-Kay por su asesinato. Y acababa de confesar que ya no estaba seguro de que Delacroix hubiera cometido el crimen.

—¿Por qué fuiste a casa de Virginia?

Él volvió a mirarla.

—¿Esta noche?

Ella asintió.

—Me contaste que Virginia te había dicho que había mala relación entre Delacroix y yo. Quería saber a qué se refería.

—¿La había? ¿Teníais una mala relación antes del asesinato?

—¿Lorena no te lo ha contado?

Callie no estaba segura de si aquello habría sido otra acusación de que estaba al servicio de Lorena Delacroix, o de que, debido a la rapidez con que se extendían las noticias en los pueblos, él ya supiera que había estado con la madre de Kay-Kay aquella tarde. Decidió concederle el beneficio de la duda y se quedó con la última interpretación.

—Me dijo que eras un desgraciado —le explicó Callie—. No sé si eso tiene algo que ver con su marido, pero yo entendí que entre ella y tú había bastante resentimiento por algo...

Él soltó una carcajada inesperada, que no tenía nada de diversión.

—Se podría decir así.

—¿Porque acusaste a su marido de asesinato?

—Virginia no te contó nada, ¿verdad? —le preguntó Ben—. No entendía por qué habías vuelto a verla, cuando sabía de sobra que ella no tenía ninguna información sobre el asesinato de Kay-Kay. Pero no era por eso por lo que querías hablar con ella. Ella insinuó que había mala relación entre Tom y yo. Eso era lo que querías preguntarle.

Cooley le había dicho a Callie que Stanton era un buen policía y un buen investigador. Por sus entrevistas anteriores, ya sabía que era muy inteligente, así que no se sorprendió de que él hubiera llegado a aquella conclusión.

—Sus palabras exactas fueron que tenías más motivos que las pruebas para pensar que Delacroix había matado a su hija. Phoebe cortó la conversación y no le dejó que dijera nada más, pero cuando se dio la vuelta, Virginia me prometió que me lo diría si iba a visitarla a su casa más tarde.

—¿Cuándo te dijo eso?

—Fue a casa de Phoebe esta mañana, para hacerme una visita y asegurarse de que yo estaba bien después de lo de ayer. Eso es lo que dijo, aunque creo que tenía curiosidad.

—¿Le dijiste que alguien había intentado matarte?

No se lo había dicho. Al menos, no tan directamente como lo había expresado Ben.

—Le sugerí que alguien tenía una buena razón para impedirme hacer más preguntas.

—¿Le dijiste quién pensabas que podía ser?

—No tengo ni idea de quién puede ser —respondió Callie, sinceramente, asombrada por la pregunta.

—Obviamente, alguien relacionado con el asesinato de Carolina del Norte.

Ella le había contado aquello a Lorena Delacroix, y por un momento se preguntó si ella, a su vez, se lo habría dicho a Ben. Sin embargo, la necesidad de establecer aquella relación era evidente. Aquella era la razón por la que había ido a Point Hope. Asintió.

—Con la localidad, o con la familia.

—¿Has encontrado ya esa relación?

—Todavía no.

—¿Y Virginia no te dio ninguna posibilidad?

—En realidad, no estoy muy segura de que lo que le dije la impresionara. El hecho de que hubiera habido otro asesinato sí, pero... Me preguntó si tú lo sabías. Le dije que ahora sí, porque yo te lo había contado.

—¿Y les contaste a Virginia y a Phoebe lo de la rosa?

Se lo había contado a Lorena y a Cooley. Sabía que tenía que confesar aquello, y lo haría en algún momento. Pero aquello no era lo que Ben le había preguntado. Después de todo, ninguno de los dos había acabado muerto.

—Les dije que los asesinatos tenían algunas características comunes.

—Pero, ¿mencionaste explícitamente el asesinato?

Ella sacudió la cabeza, sintiéndose culpable por haber mencionado aquella información ante otras personas. Ben había guardado aquel secreto durante diez años, y le parecía una traición haberlo contado.

—Necesitamos el registro de las conversaciones telefónicas de esta mañana.

—¿El registro?

—Virginia no sería capaz de guardarse una información como esa para ella sola. Seguramente, llamó a alguien para contarle lo de la similitud entre los dos asesinatos. Como Phoebe estaba con vosotras cuando se lo contaste, no la llamaría a ella. Y menos después de haber discutido.

—¿Crees que llamó a alguien para contarle lo que yo le dije?

—Conociendo a Virginia, me apostaría cualquier cosa. Al menos, tenemos que tener la esperanza de que sí lo hiciera.

Porque, si averiguaban quién había estado hablando con ella, entonces... ¿sabrían quién la había matado, y quién había matado a Kay-Kay? Parecía demasiado fácil. Una solución demasiado sencilla para un misterio que había durado una década.

—A menos que llamara a medio pueblo —añadió Ben.

—O a nadie.

—De verdad, conociendo a Virginia, no es probable que consiguiera reprimirse.

—No lo sé. Phoebe fue muy dura con ella. Cuando fui a verla esta tarde, creí que no quería dejarme entrar y que había sido por su discusión con Phoebe.

—¿En qué sentido fue dura con ella?

—Cuando mencionó lo que hubiera entre tú y Delacroix, Phoebe le dijo que aquello era muy feo y que se marchara a casa. Le dijo... —al recordarlo, las palabras de Phoebe le parecieron extrañamente proféticas—. Le dijo que no dijera nada que hiciera que alguien se enfadara con ella. Cuando fui a ver a Virginia, y me encontré que no abría la puerta, pensé que había cambiado de opinión con respecto a contármelo, ya que Phoebe tenía tan mala opinión de que lo hiciera. Pero... incluso si llamó a alguien, no podemos saber qué les contó. Quizá hablaran del viejo cotilleo por el que ella había discutido con Phoebe, pero no del asesinato —ella no se lo había preguntado directamente, pero debía de ser evidente que quería saber en qué consistía la mala relación que Virginia había mencionado. Después de todo, había ido dos veces a casa de la anciana para averiguarlo—. A menos que todo el pueblo supiera ya eso a lo que ella se estaba refiriendo.

Phoebe y Virginia lo sabían. Quizá no fuera un secreto tan oscuro como ella había pensado aquella mañana.

—En Point Hope todo el mundo lo sabe todo —dijo él—. Al menos, piensan que lo saben.

—¿Saben esto?

—La mayor parte de la historia. Lorena y yo tenemos... la misma historia.

La pausa había sido infinitesimal, pero con aquella asociación de nombres, Callie ya había entendido lo que él quería decir. Y por alguna razón, la náusea que tenía en el estómago vacío volvió a reproducirse.

—¿Una historia sexual?

Y se sintió como una tonta cuando aquella pregunta se quedó entre ellos, sin responder. Supo la respuesta por la expresión de sus ojos azules.

Se dio cuenta de que estaba desilusionada con la imagen de Ben Stanton que ella misma se había creado en la mente. Una creación que había comenzado mucho antes de que llegara a Point Hope.

No entendía por qué. Después de todo, él era muy atractivo, obviamente

viril, y estaba soltero. Indudablemente, habría tenido una historia sexual variada. Ella tendría que haberlo sabido.

Sin embargo, oír que confesaba que había tenido algo que ver con Lorena Delacroix creaba imágenes en su mente que no quería ver. No era que ella hubiera tomado decisiones impecables en cuanto a sus relaciones. Era una ridiculez que pretendiera desaprobado algo del pasado de Ben Stanton, incluso teniendo en cuenta su desfavorable impresión de la mujer involucrada.

Le había desagradado Lorena Delacroix desde el principio, porque le había parecido falsa. De la misma manera que, por instinto, su respuesta emocional hacia Ben había sido la confianza. Sin embargo, había luchado contra su antipatía hacia Lorena porque necesitaba información que sólo ella le podría proporcionar.

—Somos del mismo lugar —le explicó Ben—, y compartimos el mismo pasado. Conozco a Lorena desde que éramos niños. Y entiendo por qué... es así. Quizá sea difícil para una persona que no es de aquí entender lo que significa ser de origen humilde en Point Hope. Siempre te sientes inferior. No es sólo por el dinero, ni por la familia. La mía y la de Lorena viven aquí desde siempre, pero... Quizá sea porque se ganaban la vida en la bahía, y sufrían los buenos y los malos tiempos asociados a ella. Para la familia de Lorena, las temporadas casi siempre eran malas. Su padre era un alcohólico. Nunca pensé que acabaría casándose con otro.

—Tom Delacroix —dijo Callie.

—Excepto por la bebida, él representaba todo lo que Lorena siempre había querido.

—¿Y por eso se casó con él? —«¿en vez de contigo?»—. ¿Porque él era de la buena sociedad de Point Hope?

—Supongo que es fácil juzgar ese tipo de ambición.

—No lo estoy juzgando. Sólo estoy intentando comprenderlo —sin embargo, cuando lo negó, sabía que él había dicho la verdad. Ella ya había juzgado a Lorena Delacroix durante la entrevista de aquella tarde—. Pero... ¿por qué te odia, si esa fue su elección?

—No creo que me odie —dijo él.

—Pues da esa impresión.

Él apretó la mandíbula.

—Lorena necesita muchas atenciones —dijo finalmente—. Tom no siempre se las daba.

—Así que lo hiciste tú —el tono fue más áspero de lo que ella quería.

También parecía una acusación.

—No después de que se casara con él, si es eso lo que estás pensando.

Por supuesto, aquello era lo que ella había pensado. Creía que estaban hablando de adulterio, del tipo de murmuración del que Virginia disfrutaría. Se dio cuenta de que Phoebe tenía razón. Aquello no tenía nada que ver con el asesinato.

—¿Y eso era lo que Virginia quería decirme? ¿Que tú y ella una vez tuvisteis una relación, y después ella se casó con Tom Delacroix?

—No sé lo que Virginia quería decirte.

—¿Y qué significa todo esto?

Callie estaba empezando a cansarse. No entendía qué importancia tendría el que Ben y Lorena hubieran estado juntos. Sobre todo si, tal y como él decía, la relación había terminado cuando Delacroix se casó con ella.

Ben tomó aire y después dejó escapar un suspiro.

—Yo estaba destinado en Fort Polk, en Luisiana —le dijo—. Hacía un par de años que no había vuelto a casa. Mi madre había muerto, y mi padre no escribía apenas, así que yo no sabía qué iba a encontrarme cuando llegara. Entonces, de repente, apareció Lorena.

—¿En Fort Polk?

—En aquel momento, no pensé en nada. Era la típica tontería de Lorena. El tipo de cosas que había hecho durante toda su vida. Un poco salvaje, y no demasiado inteligente. Se había montado en un autobús y se había venido a Luisiana. Sólo para verme, me dijo. Y tengo que confesar que a mí no me molestaba que lo hubiera hecho. Me sentí halagado, supongo. Tenía nostalgia. No lo supe hasta que la vi.

—Así que... reanudasteis vuestra relación —dijo ella.

—Nos acostamos —corrigió él—. Nos pasamos el fin de semana en la habitación de un hotel. Después volví a mandarla a casa en otro autobús. Y no volví a verla en tres años.

—¿Estabas enamorado de ella?

—No. Y antes de que empieces a juzgar eso también, te diré que ella tampoco.

—Sólo necesitaba un poco de atención.

—Yo creí eso. Después averigüé que era algo más.

—¿Qué?

—Llevaba varios meses con Tom Delacroix antes de visitarme.

—¿Y tú eras su última cana al aire antes de casarse con él?

Tenía sentido. Antes de casarse con un hombre que le llevaba varios años, y con el que, según la prensa, se había casado por dinero, Lorena había querido tener una última aventura con el hombre que probablemente le había parecido más atractivo en su vida.

—Todo lo que siempre había querido lo tenía al alcance de la mano —le dijo Ben—. Y ella no conseguía que él se comprometiera. ¿Por qué iba a hacerlo? Tenía a Lorena siempre que quería. Y ella no era el tipo de mujer que nadie hubiera pensado que Delacroix elegiría como esposa. Cuando lo hizo, después de un tiempo comprobaron que ella no encajaba. Sus amigos no la aceptaban. Y mucho menos, su familia.

—Entonces, ¿por qué se casó con ella?

—Se casó con ella porque Lorena se quedó embarazada —respondió Ben—. Había engendrado el hijo que Tom Delacroix siempre había querido, y su primera esposa no había podido darle. Una niña —y añadió suavemente, cuando Callie empezó a entenderlo todo y sintió un escalofrío por la espalda—. Una niña a la que llamaron Katherine.

Ella no podía hablar. Cuando consiguió asimilar lo que implicaban aquellas palabras, emitió un susurro.

—Era tuya. Kay-Kay era tu hija.

Entendió los dos años que él había pasado intentando resolver el crimen. No era devoción de un buen policía, sino el deseo de un padre de hacerle justicia a su propia hija.

—No lo sé —respondió Ben, con la voz apagada.

—Pero... todo concuerda —dijo ella. Sabía que aquello era algo que él habría pensado una y otra vez, que habría intentado probar, aunque sólo fuera para sí mismo, que Kay-Kay era suya.

—Cuando terminé en el ejército y volví aquí, Lorena ya se había casado. No sé cuándo me enteré de que había tenido una niña, pero recuerdo que no me causó una gran impresión. Incluso vi a Kay-Kay alguna vez. No sentí ningún reconocimiento instantáneo de parentesco. No sentí que fuera de mi sangre —hablaba en voz muy baja, casi burlona—. Ni siquiera sabía qué tiempo tenía. No había estado rodeado de muchos niños, y francamente, intentarlo nunca se me había pasado por la cabeza.

—¿Nunca sospechaste?

—Se parecía a Lorena. Era como ella de niña. No había nada en ella que te hiciera pensar que no fuera la heredera de Tom Delacroix. Y la luz absoluta de su vida.

«Tom adoraba a esa niña», le había dicho Virginia. Y Doc Cooley se lo había corroborado.

—Entonces, ¿por qué pensaste que él la mató?

—Porque Lorena se lo dijo.

A Callie le costó unos segundos entender lo que él quería decir, porque parecía algo muy extraño.

—¿Ella le dijo que Kay-Kay no era suya? ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Te lo he dicho. Necesita mucha atención —su voz estaba teñida de emoción contenida cuando hablaba de la posibilidad de que la niña fuera hija suya. Era la misma ira que había oído el día que le había hecho enfrentarse con la similitud entre el asesinato de Point Hope y el de Carolina del Norte.

—¿Le dijo a Delacroix que Kay-Kay no era su hija para captar su atención?

—Quizá su matrimonio con Tom se estaba haciendo aburrido. O quizá Lorena se hubiera dado cuenta de que las cosas que había querido durante toda su vida no la hacían feliz y no iban a hacerlo. No tengo ni idea de por qué decidió decírnoslo. Y después de todo aquel tiempo, no sé si lo que nos dijo era cierto. Todo lo que sé es que, en mi caso... Había decidido que quería que yo volviera a su vida. Quizá pensara que si yo creía que Kay-Kay era mía, de alguna forma... Quién sabe lo que pensó. He dejado de intentar entender a Lorena. Todo lo que puedo decirte es que vino a mi casa una noche y me dijo que la niña era mía, y que finalmente, iba a decirle a Tom la verdad. Cuarenta y ocho horas después, la niña estaba muerta.

—¿Y tú pensaste que Tom la había matado... por venganza? Oh, Ben, eso ni siquiera tiene sentido...

—Nada lo tuvo —dijo él, y después de un instante, añadió—. Supongo que ya no tienes hambre...

Sin esperar a que ella respondiera, arrancó el motor y dio marcha atrás con furia para salir hacia la carretera principal.

—Ben —dijo ella, poniéndole la mano en el brazo.

No era una protesta. Quizá era un intento de consolarlo, o de disculparse. Porque, finalmente, Callie había reconocido que había provocado exactamente lo que Doc Cooley temía.

Ben Stanton había atravesado aquel dolor una vez. Había hecho todo lo posible por llevar ante la justicia al asesino de la que posiblemente era su hija, pero había fracasado. Y cuando la agonía de todo aquello se había convertido en algo soportable, ella lo había convencido de que su fracaso había sido mayor de lo que él pensaba, y más dañino.

Él había entendido que se había equivocado en su hipótesis original sobre el asesino y sus motivaciones, y al hacerlo, había dejado que el verdadero criminal se escapara.

Cooley la había advertido: «Creía que aquello lo destrozaría, aunque es un hombre fuerte. El asesinato de aquella niña lo cambió, pero gracias a Dios, no lo destruyó».

Y si él se derrumbaba, aquello sería una culpa con la que ella tendría que vivir. Exactamente igual que tendría que vivir con la sospecha de que posiblemente sus preguntas habían conducido a Virginia Wilton a la muerte. Pero a pesar de todo aquello, Katherine Delacroix y Mary Cameron estaban muertas, y su asesino todavía no había sido castigado.

—Tengo que llamar a Doak —dijo Ben. Su voz había recuperado el control. Quería tener un listado de las llamadas que había hecho Virginia aquella mañana, y sólo podía confiar en Doak para conseguirla. Necesitaría una petición oficial para que le proporcionaran aquella información, y a pesar del aire de autoridad que Ben transmitía, una autoridad que Withers acataba, ya no tenía el poder de hacer peticiones.

—¿Lo sabía Virginia? ¿Sabía lo de Kay-Kay?

—A pesar de las peculiaridades de Lorena, no creo que aquello fuera algo que quisiera extender. Seguramente, no querría que la paternidad de su hija se pusiera en duda...

—Pero si Delacroix se hubiera divorciado de ella por aquella razón, la cuestión de la paternidad habría salido a debate.

—No conocías a Tom Delacroix —dijo Ben—. Los Delacroix siempre han tenido más orgullo que dinero, y créeme, son inmensamente ricos. Tom nunca habría admitido la posibilidad de que su hija fuera de otro, ni siquiera para impedir que heredara su fortuna. Además, no habría sido tan fácil renegar de ella, incluso si pedía una prueba de paternidad mediante un juzgado. El nombre de Tom Delacroix estaba en el certificado de nacimiento, y Kay-Kay había estado siempre en su testamento. Él siempre la había reconocido. Y no estoy seguro de que hubiera podido librarse de pagar una asignación para la niña, finalmente, incluso aunque la prueba demostrara que no era suya. Conociendo a Lorena, seguro que se había enterado de todo aquello antes de soltar la bomba.

—Entonces... ¿para qué se lo dijo? ¿Qué ganaba con ello?

—Libertad. Con una garantía de que siempre la mantendría por ser la madre de Kay-Kay. O quizá creyera que aquello le daba poder. Algo para

amenazar a Tom. Algo que podía usar contra él si no dejaba que ella hiciera lo que quisiera.

—No lo entiendo.

—Quizá lo amenazó con revelar que era impotente, o con revelar que ella lo había engañado para que se casara con él, con revelar que la niña que heredaría el dinero de los Delacroix, hiciera lo que él hiciera, ni siquiera era una Delacroix.

—¿Y él habría cedido a esa clase de chantaje?

—¿Si habría optado por una humillación privada, antes que por una pública? Si hubieras conocido a Delacroix, eso tendría sentido para ti. No estoy diciendo que sepa lo que Lorena estaba pensando, nunca he dicho eso.

—Pero cuando ocurrió el asesinato, ¿tú creíste que en vez de vivir con esa amenaza, él habría preferido matar a Kay-Kay? ¿Por qué no iba a matar a Lorena? Eso sí podría entenderlo.

Aquella habría sido una reacción más verosímil. Creer que Delacroix mataría a una niña a la que adoraba no tenía sentido. No podía creer que Ben hubiera pensado aquello. Aunque, en realidad, ella no conocía a toda aquella gente, y sus vidas, como él.

—Entonces todavía le quedaría el problema de Kay-Kay —le dijo Ben—. Si Tom hubiera conseguido escapar de la justicia después de matar a Lorena, no habría podido permitirse el lujo de decirle a todo el mundo que la niña no era hija suya. Aquello le habría parecido a todo el mundo un buen motivo para matar a su mujer.

—Eso es muy enrevesado.

—Mira, nunca he dicho que pudiera ser objetivo en cuanto a esto. En aquel momento, pensé que Tom había enloquecido ante la idea de que había puesto todo su amor en una niña que no era suya. Pensaría en ello durante aquellos dos días, y después, cuando se emborrachó lo suficiente, lo hizo. Matar a Lorena no habría sido tan fácil como librarse de la hija bastarda que ella le había endosado.

—¿Y entonces, por qué se quedaron juntos después? Él no se divorció de ella. Ella nunca lo dejó. Aquello debería haber sido una indicación de que...

—Hicieron frente común. Todo el mundo pensó que uno de ellos, o los dos, habían matado a su hija. Para defenderse de aquellas acusaciones, tenían que seguir casados. O quizá ella no supiera que lo había hecho él. Al menos... así es como yo lo vi. Unos meses después Tom tuvo su primer ataque al corazón. Lorena se mostró como su esposa amante, además de seguir con su papel de

madre destrozada. Al final, cuando el segundo ataque lo mató, ella consiguió lo que quería: la libertad y el dinero de los Delacroix.

—Excepto que Delacroix no mató a Kay-Kay —le recordó Callie—. No pudo hacerlo por que no mató a Mary. Y los dos asesinatos tienen demasiados puntos comunes, incluso si no tienes en cuenta la rosa. En todo lo demás, también coinciden.

—El agente del FBI con el que trabajé me dijo algo que nunca he podido olvidar. En aquel momento... —se le quebró la voz.

—¿Ben?

—Me dijo que dibujar aquella rosa era una señal de amor. Como los asesinos que arreglan el cuerpo de su víctima para que parezca que está cómoda y en paz. Los hacen posar, para que el dolor que les han causado no sea tan aparente.

—¿Una señal de amor?

De todos los motivos que había imaginado para aquella rosa, aquel nunca se le había pasado por la cabeza, y no estaba segura, al menos en el caso de Mary, de que pudiera aceptarlo.

—Una señal de su afecto —verificó Ben—. Él dibujó algo bello. Delicado, pequeño y tierno. Y lo hizo bajo su pelo, para protegerlo de las miradas de los demás. Sólo para ella. Cuando el agente me dijo aquello, me pareció que encajaba. Pensé que la rosa significaba aquello, a pesar de todo lo demás. Tom la quería. Necesitaba decirle que la quería, incluso aunque la matara.

—Escondido —dijo ella, en un susurro—. Escondido bajo su pelo, lo que a él le parecía que era un secreto. Un amor secreto.

Él volvió la cabeza y la miró en la oscuridad. La velocidad del todoterreno disminuyó, aminorándose mientras él pensaba en lo que ella había dicho. Y después, sin ningún comentario, Ben volvió a apretar el acelerador, con los ojos fijos en la carretera.

Aparcó el coche justo en el mismo sitio en el que ella lo había visto la primera vez que había ido a visitarlo. Paró el motor, y ambos se quedaron unos minutos allí sentados en silencio, observando la casa. La única luz que había era un pequeño foco colgado de un poste del embarcadero. La suficiente para que ella viera cómo él clavaba los ojos en su cara.

—Quédate aquí —le ordenó.

—¿Por qué?

No quería quedarse allí sola. Ya era consciente de lo que había hecho: exponer a un asesino que llevaba escondido más de veinticinco años. Era la responsable de que él hubiera vuelto a matar.

—Quiero echar un vistazo.

—No.

—Callie...

—Nadie sabe que estoy contigo. No pueden saberlo. Sólo tenemos que entrar en tu casa y hacer la llamada. Cuando antes consigamos la información de la gente con la que habló Virginia...

«¿Antes sabremos el nombre del asesino?». ¿Sería tan sencillo? Quizá. No podían hacer otra cosa que intentarlo.

Ella puso los dedos alrededor del tirador de la puerta, pero al pensar en que tenía que salir a la oscuridad, se quedó inmóvil. Oyó la puerta de Ben al cerrarse. Él rodeó el coche y se acercó hasta la puerta del copiloto. La abrió y le ofreció la mano. Callie sólo tenía que darle la suya. Confiar en él. No tenía razón para no hacerlo... Ninguna, excepto que...

«Un amor secreto». Aquella frase le retumbó en la mente. Un amor como el que habría podido sentir un hombre que acababa de descubrir que Kay-Kay era su hija secreta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ben.

Ella sacudió la cabeza y se obligó a darle la mano. Entonces lo miró, y a la débil luz del foco del embarcadero distinguió que le estaba sonriendo.

Ben tiró de su mano suavemente para ayudarla a bajar y alejarla del coche. Después cerró la puerta y le puso el brazo sobre los hombros, para guiarla hacia la puerta principal de la cabaña. Su casa. Su territorio.

¿Sería allí donde había llevado a la niña la noche del asesinato? ¿Sería aquella la escena del crimen? No había vecinos que observaran sus idas y venidas. Nadie podía haber oído nada. El lugar perfecto para un crimen.

Se estremeció al pensar, demasiado tarde, lo aislados que estaban. Escondidos.

—¿Tienes frío? —le preguntó él.

Como la muerte. Al pensar en aquellas palabras, se liberó de su brazo y echó a correr hacia el todoterreno.

—¿Callie?

El sonido de su nombre fue acompañado de otro sonido, algo como un «pff», que provenía de la parte de bosque que había a la derecha de la cabaña. Y entonces, exactamente igual que en la bahía, algo la golpeó con fuerza por

detrás. Se le doblaron las rodillas y cayó a tierra.

Stanton le había puesto los brazos alrededor del cuerpo, y la hizo rodar por el suelo con él. Entonces, se vio con la cara contra el suelo, y notó que él se le había tumbado encima. La mantuvo inmóvil, con la cara pegada a la tierra.

Ella estaba demasiado impresionada como para ofrecer ninguna resistencia. Movi6 la cabeza y abri6 los ojos, y se dio cuenta de que estaba al lado de uno de los neumáticos del todoterreno, tan cerca que oli6 la goma.

Hubo otro de aquellos ruidos extraños, y la tierra explot6 al lado de ellos. Callie cerr6 los ojos. Otro «pff», y el neumático que estaba a su lado se desinfl6 r6pidamente.

—Métete bajo el coche —le orden6 Ben—. Vamos, bajo el coche.

Finalmente, se dio cuenta de que alguien estaba disparando. Arrastrándose con los codos y las rodillas, se meti6 bajo el todoterreno y volvi6 la cabeza hacia atr6s justo cuando Ben se unía a ella.

—¿Qué demonios est6... —empez6 a decir.

—Shhh —susurr6 6l.

Escucharon juntos. A ella le latía tan fuerte el coraz6n que pens6 que no oiría nada, pero percibi6 el sonido de tres disparos m6s, y despu6s, movimiento en los matorrales de donde provenían.

Despu6s oy6 las instrucciones de Ben.

—Arrástrate hacia el otro lado —le susurr6—. S6lo lo suficiente como para dejarme sitio para seguir. Despu6s, quédate aquí sin moverte. Cuando te diga que corras, dirígete al barco. Muévete agachada, pero no dejes de moverte.

«El barco. ¿El barco que estaba en el embarcadero? ¿Bajo la luz?».

—Ahora —le dijo Ben.

A pesar de su confusi6n, ella obedeci6 y se arrastr6 con los codos hacia el otro lado del todoterreno y, despu6s, de mala gana, sali6 de debajo por el otro lado. Ben estaba justo detr6s de ella.

—Quédate quieta —le orden6.

En cuanto 6l se incorpor6 un poco hacia la puerta del coche, sonaron tres disparos m6s. Ben se protegi6 autom6ticamente la cabeza con los brazos. Sin embargo, antes de que el sonido de los tiros se hubiera desvanecido por completo, había abierto la puerta del conductor. Mientras lo hacía, una bala rompi6 en mil pedazos el cristal de la ventanilla del copiloto.

—Hijo de...

Ella tuvo tiempo de preguntarse qué era lo que había provocado aquello antes de que 6l se tirara al suelo a su lado de nuevo.

—¿Preparada?

Callie asintió, y después vio cómo él se echaba al suelo con un rifle en la mano. Aquello era lo que había buscado en el coche. Apuntó hacia el poste del embarcadero, y entonces sonó otro disparo amortiguado por el silenciador del arma. Justo cuando ella lo oyó, él le dio la orden que le había dicho que esperara.

—Vamos.

Capítulo 11

Al embarcadero. Al barco. Tal y como había visto reaccionar a todo el mundo automáticamente ante la autoridad de Ben Stanton. Se puso de rodillas y, agachada bajo la protección del todoterreno, levantó la cabeza intentando tomar como referencia la luz del poste.

Pero ya no estaba. Se quedó desorientada por la oscuridad durante unos segundos, y no supo qué hacer. Entonces sintió que Ben la agarraba de un brazo para arrastrarla tras él. Finalmente, sus pies empezaron a moverse. Dependía totalmente de él, porque no veía nada. Mientras corrían, sus ojos empezaron a acostumbrarse a la oscuridad. Vio el poste y el embarcadero que se extendía en el agua. Incluso vio el barco al final, brillante y blanco a la suave luz de las estrellas.

Cuando subieron al embarcadero, un par de disparos más impactaron contra la madera del suelo y causaron una lluvia de astillas. Corrieron cuanto pudieron, y su asaltante continuó disparando, y algunas de las balas dieron en el agua. En cuanto llegaron al barco, Ben se agachó a un lado.

—¡Sube! —le ordenó.

Él empezó a disparar para cubrirla, mientras Callie subía por la escalerilla. En cuanto estuvo a bordo, oyó que Ben subía la escalera, y en un segundo estuvo a su lado. Corrió hacia el timón y en un instante, el motor estaba encendido.

Ella se preguntó qué habría ocurrido con los cabos que amarraban el barco al embarcadero, pero parecía que él ya se había ocupado de desamarrarlos mientras ella subía. Agachada en la cubierta, escuchó cómo el yate escapaba hacia la bahía, dejando atrás el ruido de los disparos que los siguieron durante unos instantes interminables.

—Aquí deberíamos estar seguros —dijo Ben, cuando volvió de atar el cabo del barco al tronco de uno de los cipreses de la orilla.

Cuando había arrancado el motor del barco, sólo pensaba en alejarse del francotirador, pero después, al adentrarse en la bahía, había recordado aquellas marismas. Era un lugar algo aislado y remoto, que les serviría para

escondese aquella noche.

—¿Estás bien? —le preguntó, preocupado porque ella no le hubiera respondido, y se agachó a su lado.

—Creo que sí —dijo Callie. Su voz sonaba bastante calmada, teniendo en cuenta todo lo que acababa de pasar—. Sólo un poco magullada, pero nada serio.

—No te ha herido, ¿verdad?

—No —respondió ella, con una punzada de angustia—, ¿y a ti?

—Me ha dado en un hombro. Sólo ha sido un fragmento de bala, de rebote. Me ha rozado el hombro.

—¿Estás herido?

—No es nada grave, tranquilízate. Hay un maletín de primeros auxilios en el camarote. Pensé que tú podrías... —entonces titubeó, dudando de su respuesta.

—Quieres que le eche un vistazo —dijo, no particularmente entusiasmada—. Está bien, pero ten en cuenta que no soy muy experta.

Entonces Callie se puso de pie y ambos bajaron al camarote. Allí, a la luz de la lámpara, cuando Ben empezó a desabrocharse la camisa, ella se dio cuenta de que la tenía ensangrentada por el hombro, y se la apartó con cuidado.

—¿Qué aspecto tiene?

—Bueno, ya te he dicho que no soy una experta, pero creo que no hay nada bajo la piel. Parece como si el fragmento sólo te hubiera rasgado un poco la carne.

Aquello deberían ser buenas noticias, pensó él. Tuvo una náusea, provocada por el cambio del aire fresco de la noche al olor a humedad del barco. Y la imagen que ella acababa de describir, de carne rasgada por una bala, no le ayudaba mucho.

Callie tomó el botiquín del armario que él le indicó y empezó a rebuscar.

—¿No tienes alcohol? —le preguntó—. Sólo veo agua oxigenada.

—No. Pero tengo whisky. Un whisky demasiado bueno como para echarlo sobre una herida. No me importaría bebérmelo.

—A mí tampoco.

Antes de que él le ofreciera la bebida, ella le echó un chorro de agua oxigenada en la herida, y él se irguió, tenso, al sentir el dolor.

—Eso puede ser nuestra recompensa cuando terminemos con la cura —le dijo ella, poniéndole la mano en la espalda para reconfortarlo—. Un buen

trago.

«Y después saldré de aquí abajo como un rayo». La idea era más apetecible de lo que debería ser, teniendo en cuenta que había un asesino que los estaba buscando allí fuera. El miserable que había estado jugando con él durante diez años, desde la mañana que había encontrado el cuerpo de Kay-Kay. Durante todo aquel tiempo, él había hecho exactamente lo que el asesino se esperaba. Incluso aquella noche, al llevar a Callie a su casa, aquel hombre habría sabido lo que haría.

—¿Ben? —dijo ella, moviéndole un poco por el otro hombro.

Comparado con el antiséptico, sus dedos eran cálidos y suaves. Justo como debía de ser el resto de ella. Lo cual no era un buen pensamiento, dada la situación en la que se encontraban.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él en voz alta.

—Nada. Sólo me estaba asegurando de que estabas bien. Te has inclinado un poco.

—Estoy bien. Ponme una venda con un esparadrapo, y yo serviré un par de whiskies.

—¡Mmm! Beber whisky del bueno en un yate. Todo un lujo —dijo ella, en un intento de infundirle algo de humor a la situación. No lo consiguió completamente, pero él tuvo en cuenta su intención.

—¿Es que nunca pierdes la calma por nada?

—¿Y qué demonios significa eso?

—Se supone que es un cumplido. Estaba pensando en todo lo que ha ocurrido desde que has llegado, y tú no has dejado que nada te hiciera temblar.

—Todo me ha hecho temblar. Sobre todo, la muerte de Virginia. Me siento responsable.

—¿Responsable? ¿Por qué demonios ibas a sentirte responsable? —le preguntó él, volviéndose hacia ella en la silla.

—Porque saqué a relucir todo esto de nuevo. Si no hubiera venido, y no hubiera empezado a hacer preguntas...

—Él se habría quedado tan tranquilo con el asesinato de una niña. De dos niñas —se corrigió—. Nada habría vuelto a molestarlo.

—Quizá. Pero Virginia estaría viva.

—Y quizá él hubiera matado a otra niña. ¿Te has parado a pensar eso? Tú no has tenido nada que ver con la muerte de Virginia —dijo él—. Ella le dijo algo a la persona equivocada.

—No lo habría hecho, si yo no hubiera venido a Point Hope.

—Eso no puedes saberlo.

Callie no lo contradijo, pero Ben supo, por su mirada, que no lo creía. En sus ojos se reflejaba la misma fatiga que él sufría, el mismo estado de ánimo.

—¿Te apetece ese trago? —le dijo por fin, abotonándose la camisa. Notó la tela ensangrentada y caliente contra la piel, pero no podía permitirse el lujo de poner el aire acondicionado. El agua llevaría el sonido a todas partes. Al menos, sí había mucho hielo en la nevera del yate.

Ella asintió, y él se levantó a servir los dos vasos de whisky. Le dio uno a Callie, y después levantó la copa.

—¡De un trago! —dijo.

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser? —le preguntó ella, en vez de obedecer.

—¿El que nos ha disparado?

—El que mató a Kay-Kay, y a Mary, y a Virginia.

Él sacudió la cabeza.

—No lo sé. No tengo ni idea.

Ella bajó la cabeza y tomó un trago de whisky, algo decepcionada. Hizo un gesto al saborear la bebida, y la mantuvo un instante en la boca antes de tragar.

—Creo que lo que sabía Virginia... Es posible que tuviera relación con el otro asesinato.

—¿Por qué?

—Porque ese es el único elemento nuevo. Lo que yo le dije esta mañana. Si sólo hubiera sido algo que ella ha sabido durante todo este tiempo, es posible que se le hubiera escapado antes. El hecho de que hubiera otro asesinato era información nueva. Aparentemente, hizo que recordara algo. Más tarde, podría haber actuado según esa información... —se interrumpió y tomó otro sorbo.

—¿Qué es exactamente lo que le dijiste a Phoebe y a Virginia?

—No lo recuerdo palabra por palabra. Mencioné Carolina del Norte, pero no la ciudad. Les dije cuándo había ocurrido. No la fecha exacta, pero... Creo que les dije que hace veintiséis años.

—Y no mencionaste la rosa.

—No.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Se la mencioné a Doc Cooley. Yo pensaba que él ya lo

sabría, pero dijo que no la había visto. No entiendo cómo pudo hacerle la autopsia y no ver el dibujo, pero no me dio la impresión de que estuviera mintiendo.

—No la vio. Por eso no hay fotos de la rosa entre las que fueron robadas. Cuando, finalmente, yo vi las imágenes, un par de días después del funeral, no había ninguna de la rosa. Yo debería habérselo mencionado antes de que hiciera la autopsia, pero supuse que la vería. Cuando me di cuenta de que no lo había notado, ya era demasiado tarde. En aquel momento, Lorena y Tom no iban a dar su consentimiento para exhumar el cuerpo.

—Debió de ser muy duro para Doc —dijo Callie—. Me dijo que había traído al mundo a Kay-Kay. Que había sido su paciente durante toda la vida. Y noté, por su tono de voz, que le tenía mucho cariño.

—Ahora sé que debería haber enviado el cuerpo a Mobile o a Birmingham para que le hicieran la autopsia. Haber pedido a un forense criminalista que lo hiciera. Pero... quería que lo hiciera Doc... Sabía que él la trataría bien. Con dignidad.

Ella asintió y miró lo que le quedaba de whisky en el vaso. Lo agitó suavemente, haciéndolo girar.

—¿Por qué te interesaste en el caso por primera vez? ¿Por el asesinato de la niña de los Cameron?

Hubo una pausa y un titubeo antes de que ella respondiera. Y cuando lo hizo, no lo miró a la cara.

—Conocía a la familia.

—Pero... ¿por qué los relacionaste? No es posible que vieras el tallo de la rosa en esa fotografía. No, a menos que estuvieras buscándola expresamente. Y eso no podía ser, a menos que supieras lo que estabas buscando.

El silencio se expandió. Ben estaba empezando a notar los efectos del alcohol en el estómago vacío, y estaba algo desorientado. Fue hacia el armario para tomar un bote de sales contra el mareo, que guardaba allí para los clientes.

—Ella era mi hermana.

Cuando Ben asimiló el significado de lo que acababa de oír, se dio la vuelta lentamente. —¿Mary Cameron era tu hermana? Pero... ¿Cameron?

—Cuando murió mi padre, volvimos a vivir a Charlotte, con la familia de mi madre. Ella empezó a usar su nombre de soltera. Decía que también sería mejor para mí, más fácil en el colegio. Entonces, yo no entendía que era por el asesinato de Mary, por la notoriedad. Nadie en la casa hablaba de Mary.

Quizá, como yo era tan pequeña cuando ocurrió, pensaban que no recordaba nada.

—¿Y te acordabas?

—No de una manera consciente. Aunque siempre tenía pesadillas... Quizá lo que creo que recuerdo ahora sólo sea lo que he leído. No puedo estar totalmente segura.

—¿Cuántos años tenías?

—Tenía tres años. Mary tenía seis —dijo ella, suavemente—. Dormíamos en la misma habitación.

Las palabras fueron crudas y simples. «Dormíamos en la misma habitación». Si el asesinato de Mary Cameron había sido perpetrado igual que el de Katherine Delacroix...

—Estabas allí —dijo él, al darse cuenta, con una punzada de angustia en el pecho—. Dios mío, Callie, estabas en la habitación cuando él entró por ella.

Se dio cuenta, mientras hablaba, que nunca le había contado aquello a nadie. No estaba segura de poder distinguir sus recuerdos de lo que había leído durante sus investigaciones. Pero sabía que, si alguien podía ayudarla a intentarlo, era Ben.

—No había señales de que hubiera forzado la puerta —dijo ella, con la voz tan baja como cuando había empezado a hablar.

—Pero de alguna forma, él consiguió entrar —dijo Ben—. Y se la llevó de la cama sin despertar a nadie —no había sido una pregunta, sino una afirmación.

—O la engatusó para que saliera. Doc me lo dijo anoche. Estaba hablando de Kay-Kay, por supuesto. Yo nunca había pensado en eso antes, pero... es posible que lo hiciera con Mary.

—¿Cómo?

—No lo sé. No lo entiendo. Dormíamos en dos camas iguales, una a cada lado de la habitación.

Aquella habitación no había cambiado nunca, ni siquiera después de la muerte de Mary. Sus padres tenían otras muchas cosas de las que preocuparse, incluyendo su propia tristeza. Y cada noche la habían mandado a dormir en aquella habitación oscura, a la cama de al lado de la que había desaparecido su hermana.

—Pero no la mató allí —dijo Ben.

Ella supo, por la forma en que había ido haciendo los comentarios, que estaba comparando todo lo que le decía con el asesinato de Kay-Kay.

—Había un sótano... —en cuanto pronunció la palabra, percibió el olor, vio la oscuridad, sintió el frío, como un mal antiguo.

—¿La llevó allí?

Ella ni siquiera recordaba haber entrado nunca allí. Después de la muerte de Mary, aquella puerta había sido condenada. Pero, a pesar de lo pequeña que era cuando habían matado a su hermana, ella debía de haber bajado allí, al menos una vez, porque nunca había podido olvidar aquel olor.

—¿Puedes decirme...

Él se interrumpió, y ella lo miró a los ojos. Tenía una expresión compasiva, como cuando se había arrodillado a su lado en el bote después de salvarle la vida. Y por aquella razón, encontró la fuerza para continuar hablando.

—La violaron y la estrangularon. Entonces, quizá para asegurarse del todo de que estaba muerta, le cortaron el cuello.

No hubo ningún sonido en el camarote después de aquel susurro. Los dos sabían que aquello era una diferencia entre los dos asesinatos... Callie no tenía ni idea del significado de aquella diferencia, pero casi había terminado el final de la historia de su hermana. Sólo tenía que decirle dos cosas más. Él ya sabía lo de la rosa, pero no lo demás...

Por alguna razón, aquello había sido siempre lo peor para ella. Sabía que aquel terror era ilógico, porque a su hermana le habían hecho cosas mucho peores...

—El pelo de Mary... Ella tenía el pelo largo, rubio, tan claro que casi era blanco. Como el de un ángel. Todo el mundo lo decía.

Había fotografías de ella y de Mary, cabecitas idénticas dobladas sobre sus muñecas, o jugando con unos gatitos. A medida que Callie había ido creciendo, su pelo se había oscurecido. Sin embargo, el de Mary...

—Después de que ella estuviera muerta, se lo cortaron —dijo ella, con la voz entrecortada—. Él le cortó el pelo, y se lo metió en la boca.

—Para mantenerla callada —dijo Ben, suavemente.

Cualquiera que entendiera una psicología anormal hubiera entendido el simbolismo. El asesino de Mary le había cerrado la boca, llenándosela para que nunca revelara su secreto.

—Aquella fue una de las razones por las que pensaron que debía de haber sido mi padre. Por aquello, y porque la puerta de entrada no estuviera forzada. Incluso después de que la encontraran en el sótano, incluso después

de que se diera cuenta de que pensaban que él la había matado, juraba que había cerrado las puertas con llave antes de irse a dormir. Juraba que las había comprobado todas. Mi padre no podía mentir. Ni siquiera cuando comprendió que usarían aquello para meterlo en la cárcel por el asesinato de su propia hija.

—¿Juzgaron a tu padre?

—Querían hacerlo, creo, pero... nunca pudieron hacer una acusación formal. Mi padre era pastor, uno de los dos únicos que había en el pueblo. En su congregación, nadie creía que hubiera sido capaz de hacer algo como aquello, por supuesto. Quizá el mundo fuera más inocente entonces. La policía nunca llegó a acusarlo. Pero no importó. La gente siempre se quedó con la duda. Se veía en sus ojos cuando lo miraban. Y él sabía lo que estaban pensando.

Sólo había una cosa más que tenía que contarle a Ben. Y entonces, recordaría de nuevo el olor a humedad.

—En el sótano había un fregadero. Se usaba para hacer la colada, creo, antes de que hubiera lavadoras y secadoras. No sé si mi madre llegó a usarlo alguna vez... Él la bañó. Lavó el cuerpo de Mary en aquel fregadero, como hizo con el de Kay-Kay. Pero... —tomó aliento antes de seguir, sabiendo lo importante que era aquello—. No lo hizo por las mismas razones por las que todo el mundo pensó que lo había hecho en el caso Delacroix. No había pruebas de ADN hace veintiséis años. Aunque no hubiera lavado su cuerpo, no habría habido forma de relacionarlo con el asesinato de Mary.

Capítulo 12

Ben abrió los ojos en la oscuridad. No tenía ni idea de lo que lo había despertado.

Se quedó escuchando en la oscuridad, esperando oír cualquier sonido que pudiera representar un peligro. El agua chocando contra el casco con demasiada intensidad, o algún crujido en cubierta que no le resultara familiar.

No hubo nada. Sólo los insectos en una noche calurosa de finales de verano. No había sido nada más que una pesadilla. La pesadilla que se había formado mientras había escuchado a Callie.

«Callie», pensó, sacudido de nuevo por la sensación de que algo no marchaba bien. Había tenido la intención de quedarse de guardia durante toda la noche, a pesar de que estaba convencido de que nadie los encontraría. Sólo un idiota se habría puesto a buscarlos, teniendo en cuenta la enormidad del área que tendría que cubrir. Con aquel pensamiento tranquilizador, había cerrado los ojos. Necesitaba dormir, para tener la cabeza clara al día siguiente y decidir qué haría.

Sin embargo, al despertar, sentía una inseguridad difícil de ignorar. Miró a la litera donde dormía Callie y supo la respuesta. Ella no estaba allí. Empezaron a temblarle las manos y se le secó la boca.

«Oh, Dios, otra vez no», rezó. «Por favor, no».

Cruzó el camarote sin hacer un solo ruido. Subió la escalerilla y cuando asomó la cabeza, vio la figura de Callie iluminada por la suave luz de la luna. Recorrió con la mirada el perímetro del barco. Después se volvió y examinó toda la cubierta. No había nadie, excepto ellos.

—¿Callie? ¿Qué estás haciendo aquí?

—No podía dormir.

¿Habría tenido ella también una pesadilla?

—¿Qué te pasa? —le preguntó él. Dejó el rifle apoyado en la puerta y se acercó a ella.

Callie sacudió la cabeza, sin mirarlo.

—Puede que hablar sobre ello te ayude —le sugirió.

Ella se rió, pero su risa no tenía ni rastro de alegría.

—Nadie hablaba nunca de ello. Cuando mi madre volvió a vivir con su

familia, actuaron como si nada hubiera ocurrido. Sólo cuando murió me sentí libre para investigar sobre la muerte de mi hermana. Cuando lo hice, me di cuenta de que el asesino no había sido capturado. Nunca lo castigaron. Y a nadie le importó. Se había acabado, y a nadie le había importado lo que le ocurrió a Mary, y a mi padre.

—Sé que debió de ser horrible para él...

—Cuatro años después de que Mary muriera, exactamente en la misma fecha, él se pegó un tiro. Era su cumpleaños. Por eso se había levantado tan temprano aquel día en que Mary no estaba en su cama. Nos íbamos de excursión. Era una celebración especial de cumpleaños. Y cada año, después de aquello... —se le quebró la voz, pero en un instante volvió a recuperarse y continuó—: Dejó una nota. Nunca me dejaron verla. La descubrí entre las cosas de mi madre, cuando ella murió. Sólo había una frase. No había un mensaje para ella, ni para mí, aunque él debía de saber que nosotras éramos unas víctimas, como él. Tenía que saberlo. Creo que, simplemente, se perdió. Después de tanto tiempo viviendo con algo como aquello, quizá sea fácil perderse.

Ben no quería oír aquello y, sin embargo, sentía una terrible fascinación por conocer cosas sobre aquel hombre. El padre de Mary, que debía de tener muchas cosas en común con Tom Delacroix. Un hombre inocente, igual que el que él había perseguido.

—¿Qué decía esa frase?

—«Yo no maté a mi hija».

Después de años de vivir viendo siempre la duda en los ojos de los demás, aquello fue lo único que pudo decirle a su familia, y al mundo.

—Yo tampoco maté a la mía —dijo Ben—, pero... muchas veces, después de su muerte, pensé en hacer lo mismo que hizo tu padre. Y eso es algo que nunca le he dicho a nadie.

Después de confesarle algo como aquello, ella no respondió. Se había quedado muda. Y él se volvió hacia el puente, arrepentido de haberlo hecho. Callie le puso la mano en el antebrazo para que se detuviera.

—Yo vine aquí para encontrarte —le dijo—. Para conseguir tu ayuda. Sabía que a ti te importaba tanto como a mí que se hiciera justicia con ellas...

Él supo que no le estaba pidiendo su compasión. Aunque realmente, había sido víctima del asesinato de su hermana, Callie no había elegido aquel camino. En vez de aquello, había ido a aquel pueblo a limpiar el nombre de su padre y a encontrar al asesino de su hermana. Un asesino al cual todo el

mundo, incluido él, había dejado de buscar hacía muchos años.

Inesperadamente, Callie se inclinó hacia él y se acercó tanto que sus labios quedaron a un centímetro de los de Ben. Él no se movió. No podía.

Ella estaba tan cerca que olía la fragancia de su pelo. En aquella ocasión, estaba mezclada con la esencia femenina de su cuerpo, intensificada por el calor y la humedad.

Callie cerró los ojos y se apoyó en él, con los labios contra la comisura de su boca. Aquel beso era insustancial, no era una provocación. Sin embargo, Ben notó que su cuerpo no reaccionaba tal y como su intelecto había interpretado que debía hacerlo.

Ella dio un paso hacia atrás y abrió los ojos para mirarlo. Sonrió, pero él no respondió, y la sonrisa se volvió tímida, insegura, como si él hubiera rechazado una amistad tierna.

Excepto que, tuvo que admitir Ben, la amistad no era lo que quería de Callie Evers. Quizá hubiera llegado la hora de aclarar lo que realmente quería de ella.

Le acarició suavemente el antebrazo, y ella lo miró a los ojos, como hipnotizada. Al ver que no hacía ademán de retirarse cuando él siguió hacia su hombro, la atrajo hacia él y la besó suavemente, como si quisiera darle la oportunidad de que se retirara o se resistiera. Quizá él quisiera que lo hiciera, para tener el control sobre algo de lo que estaba ocurriendo, por fin.

Sin embargo, no había pensado en lo que haría si ella lo rechazaba. Había seguido un impulso, alimentado por su admiración hacia una mujer que sabía cuándo tenía que temer algo, pero no sabía cuándo tenía que abandonar. Su atracción sexual era cada vez más intensa. Había comenzado con una seducción inconsciente por parte de Callie, el mismo día que había aparecido en su casa desafiando todo aquello en lo que él creía.

Cuando se vio obligado a considerar la posibilidad de que ella lo rechazara, Callie abrió la boca, y sus lenguas se entrelazaron. Ella le puso los brazos alrededor del cuello, y él la tomó por las caderas. Dobló las rodillas para apretarla contra él y que sintiera la fuerza de su erección, caliente, dura e incómoda en los pantalones vaqueros.

Su cuerpo se adaptó al de él, como dos mitades de la misma cosa. Pero había demasiadas barreras para que estuvieran juntos, barreras físicas, sus vaqueros y los pantalones de Callie.

Él no quería que nada se interpusiera entre ellos. Mientras sus bocas seguían explorándose, deslizó los dedos entre sus cuerpos para desabrocharle

los vaqueros. Estaba moviendo los nudillos contra la parte más íntima de la anatomía de Callie, así que ella tenía que saber lo que estaba haciendo, y lo que tenía intención de hacer. No protestó. Ni siquiera cuando él terminó y dejó su erección libre de los vaqueros y los calzoncillos.

Entonces deslizó una mano por la cintura de sus pantalones y dibujó con los dedos todo el borde, buscando la abertura. Ella se dio cuenta de lo que quería hacer, e intentó retirarle la mano, pero él no le hizo caso, concentrado en su cintura.

La cremallera estaba a un lado de la cintura, y usando tan sólo los dedos pulgar e índice, desabrochó el único botón y bajó la cremallera.

De nuevo, ella intentó detenerlo, pero él le apartó los dedos, guiado por la necesidad. Por el deseo. Por un hambre tan caliente y húmeda como las aguas que los rodeaban.

Le bajó los pantalones por la cintura y dejó que se le deslizaran hasta los pies. Las braguitas que llevaba dejaban al descubierto la mayor parte de sus nalgas, y a pesar de su esbeltez, él encontró una redondez femenina y apetecible bajo sus caricias.

La levantó y dobló de nuevo las rodillas, cada vez más excitado bajo ella. Sentía la abertura entre sus piernas, cubierta sólo por una delgada capa de seda, húmeda y caliente contra su erección desnuda. La sensación era electrificante. Dejó escapar un jadeo, pero el sonido no fue más intenso que el gemido que ella emitió como respuesta. Bajo, gutural, sin palabras, no había sido un sonido de impresión, como el suyo, sino de... ¿satisfacción?

Él no estaba seguro de aquella sensación hasta que ella se movió, haciendo más intenso, deliberadamente, el contacto entre los dos. Él volvió a empujar hacia arriba, respondiéndole. Lo único que quería era estar dentro de ella, sentir su calor y su humedad, que sus pieles resbalaran la una contra la otra. Que los huesos de sus caderas impactaran mientras él entraba en ella una y otra vez.

Quería enterrar todo lo malo que les hubiera ocurrido en su vida bajo la dulzura ardiente y calmante del sexo. Destruir el mal con algo primitivo y poderoso. Algo que daba la vida, en vez de quitarla. Los dos necesitaban aquella afirmación, en aquel mismo momento.

—¿Ben? —dijo ella.

La voz le sonó ronca. Suplicante. Y el sonido de su nombre, susurrado en aquel tono, rompió la dinámica de lo que estaba ocurriendo entre ellos.

Quizá no lo suficiente como para hacer que él se retirara, pero lo suficiente

como para que se diera cuenta de que, con aquella mujer, no sería algo simplemente físico. No sólo sería sexo, por mucho que él necesitara dejarse llevar, escapar del pensamiento.

—Si estás pensando en decir que no —le advirtió, con la voz entrecortada—, mejor será que lo hagas rápido.

—Yo no soy así —dijo ella, con la voz casi quejumbrosa.

—¿Cómo? —preguntó él, burlonamente, apretando más su cuerpo contra el de ella.

—Como alguien que... haría algo como esto.

—Se llama hacer el amor.

—Sé cómo se llama —dijo ella—. Lo que no entiendo es por qué estamos haciéndolo.

A pesar del deseo que sentía, de que le temblaban los músculos y tenía el corazón acelerado, no se rió ni se enfadó porque, que Dios lo ayudara, entendía exactamente a lo que ella se estaba refiriendo. Habían pasado de ser adversarios a la intimidad física en cuestión de días. Y, a pesar de que él había hecho el amor con diversas mujeres a lo largo de su vida, las aventuras de una noche no eran su estilo.

—Quizá lo estemos haciendo porque alguien ha intentado matarnos esta noche —dijo él—, y acabamos de darnos cuenta de que no estamos muertos. Y sabemos que podríamos estarlo.

Por alguna razón a ella se le llenaron los ojos de lágrimas, y él se dio cuenta de que nunca la había visto llorar, a pesar de todas las cosas con las que se había enfrentado.

—¿Callie?

Ella no dijo nada, sólo lo miró a los ojos. Él la tomó entre sus brazos y dio un paso hacia la cabina.

—Abajo no —susurró ella.

Inseguro de lo que había dicho, él inclinó la cabeza y se acercó tanto a ella que le tocó la mejilla con la nariz. Se quedó inmóvil.

—Por favor —le pidió ella—. No me lleves ahí abajo, a la oscuridad.

Al oír aquella petición, llena de un dolor que él reconocía, Ben sintió una humedad ardiente en los ojos. Levantó la barbilla para verle la cara, intentando reprimir la emoción. Entonces, se dio cuenta de que el cielo se había iluminado tenuemente. Las primeras señales del amanecer. Sin hacer ningún comentario, la llevó a la popa, la depositó suavemente en la cubierta y se arrodilló a su lado. A pesar de todo lo que hubiera pensando antes, a pesar

del hambre que los dos sentían, aquello ya no era una liberación, era algo más. Había un elemento de protección en lo que sentía por ella. Había reconocido una fragilidad que ella intentaba ocultar. «No me lleves ahí abajo, a la oscuridad». Mientras inclinaba su cuerpo hacia el de Callie, se prometió a sí mismo que conseguiría hacer que aquella sombra se desvaneciera de su vida.

Le acarició la cara con las palmas de las manos, y le secó las lágrimas con los pulgares. Y entonces bajó la cabeza, mirándola a los ojos, y la besó.

La primera vez que Ben le hizo el amor, sus relaciones fueron casi frenéticas. A pesar de su propósito evidente, y de la respuesta de su propio cuerpo, finalmente todo había sido para él.

Sin embargo, la segunda no hubo ninguna presión ni ninguna sensación de urgencia. Ella notó la diferencia desde el primer momento en que sus manos y su lengua empezaron a moverse de nuevo por su cuerpo.

No se acordaba de cuándo le había quitado el resto de la ropa. Sólo fue consciente de su desnudez porque notó la aspereza de su barba y la dureza de las puntas de los dedos sobre el pecho, además del calor de su lengua lamiéndole los pezones. Ella arqueó el cuerpo para crear un contacto más cercano con sus labios, si era posible. Y la succión se había hecho más intensa, transmitiéndole la misma tirantez del pecho a la parte más baja del cuerpo.

«Nos hemos dado cuenta de que no estamos muertos. Y de que podríamos estarlo...» Aquella era razón suficiente, si hubieran necesitado alguna, para buscar consuelo en los brazos del otro, y para regocijarse en el hecho de estar vivos. Después de todo, la necesidad de procrear después del peligro era una ancestral y potente necesidad biológica.

Para ella era algo más que la mera confirmación de que seguían vivos. Había sido algo importante desde la primera vez que había estudiado aquellas fotografías en blanco y negro de aquel hombre.

Y en aquel momento era de carne y hueso. Y para ella, más importante que la misma vida. Quizá porque la había salvado más de una vez. Y también porque había sido lo suficientemente valiente como para hacer lo que ella le había pedido, y pasar por encima de sus convicciones y sus circunstancias para llegar a la verdad sobre la muerte de Kay-Kay.

Y aun así, todavía era capaz de acariciarla con aquella ternura con la que

sus manos se movían por su cuerpo. Sin previo aviso, trazó con los labios el camino desde el pecho hasta el ombligo, dejando un rastro de calor ardiente y húmedo, y se lo lamió sin ninguna prisa, jugueteando. Después bajó con una habilidad incuestionable hasta el centro de su sensualidad femenina.

Ella tomó aire tan bruscamente que él dudó. Sin embargo, Callie le agarró el pelo suavemente, notando una sensación de seda entre los dedos. Y cuando su lengua se movió de nuevo, incrementando el ritmo de las caricias, le agarró con más fuerza de los mechones que había atrapado.

Con movimientos seguros y poderosos, su boca continuó acariciándola. Empezaron a invadirla olas de placer que irradiaban desde aquel punto ardiente. Separó los labios y dejó escapar un suspiro mientras el clímax empezó a subir en espirales por su cuerpo. Con una exactitud que demostraba una fabulosa experiencia, él se colocó encima de ella, y guió su erección con una mano, mientras que con la otra le elevaba las caderas. Se condujo contra la parte más vulnerable de su cuerpo, tan fuerte y profundamente que, a pesar de toda la preparación anterior, ella se estremeció de dolor.

—Sss —le susurró él, contra la sien, moviendo los labios contra los rizos humedecidos por el sudor.

Movió las caderas hacia delante, y la humedad de su primer encuentro le facilitó el camino. Cuando se movió de nuevo, con cuidado, Callie notó que el dolor se transformaba en otra cosa. En deseo.

Los músculos que se habían tensado se relajaron y se adaptaron a él. Fue su forma de respirar, tomando aire contenidamente, lo que le anunció la siguiente embestida, más profunda. Y después, más y más, hasta que finalmente la llenó por completo, más allá de toda intensidad.

Ella era incapaz de moverse, de responder. Incapaz de otra cosa que no fuera inspirar la fragancia salada de su piel. Volvió la cara para sentir la aspereza de su barba en la mejilla. Tan querida, tan dulce.

Inconscientemente, sus músculos se apretaron de nuevo alrededor de él, reaccionando a aquella emoción. Una emoción que no tenía nada que ver con la parte física de su relación, sino con lo que sentía, cada vez con más intensidad, por el hombre que estaba abrazándola.

Mientras él empezaba a moverse de nuevo dentro de ella, abrió los ojos para mirar por encima del hombro ancho que le presionaba el pecho. Y sólo entonces se dio cuenta de que había amanecido.

Había pasado otra noche. Otra oscuridad interminable que superar. Y lo habían hecho.

Lentamente, las sensaciones que la habían dominado cuando él se había movido sobre ella, regresaron. Como una tormenta de verano, se extendieron con rapidez por su cuerpo, hasta convertirse en una ola. Buscó sus manos y se las tomó. Sus dedos se entrelazaron mientras llegaban a lo más alto, y después se quedaron agarrados, exhaustos, temblando al terminar.

Él levantó la cabeza, con la respiración entrecortada, y la miró a los ojos.

—Cuando esto termine...

—¿Cuándo termine? —lo interrumpió ella, notando el peso de la inevitable tristeza al recordar—. ¿Alguna vez terminará?

Él apretó los labios y se llevó una de sus manos a la boca para besarle con ternura los nudillos.

—¿Ben?

Levantó la cabeza de nuevo, con los ojos tan claros como el mar.

—Lo encontraré, Callie. Antes me equivoqué, pero... ya ha pasado suficiente tiempo. No habrá más víctimas. Ni una más, te lo prometo.

Y lentamente, sosteniéndole la mirada, ella asintió.

Capítulo 13

—Consigue un listado de las llamadas que hizo Virginia durante las cuarenta y ocho horas antes de que muriera. Si es necesario, pídele al juez Morehouse que lo reclame judicialmente —dijo Ben, dando instrucciones rápidas.

Estaba hablando por el teléfono de Phoebe. Habían ido allí directamente desde las marismas donde habían pasado la noche, y habían dejado el yate en su embarcadero. Era más seguro que ir a casa de Ben, y Callie tenía la llave. Además, su coche todavía estaba allí.

Ben escuchó durante veinte segundos, antes de responder:

—Me importa un comino que sea domingo. Esto es un asunto policial... — entonces explotó—: ¡Hazlo, Doak! Esta misma mañana. Y no aceptes nada de su basura de que no pueden hacerlo. Diles que tienes un asesinato entre manos. ¿Qué pasó con las huellas?

La pausa fue más larga en aquella ocasión.

—Alguien nos estaba esperando en mi casa anoche —dijo después de un momento—. Alguien que tenía un rifle y ningún escrúpulo a la hora de usarlo. Y seguro que puedo probar eso.

Callie notaba, por su expresión, que no le estaban gustando nada las respuestas de Withers.

—Si no están relacionados, ¿por qué diablos nos disparaba alguien ayer? Porque ella tiene razón, maldita sea. Tom Delacroix no mató a Kay-Kay. Lo hizo otra persona. Alguien del pueblo, relacionado con el asesinato de Carolina del Norte. Y tenemos que averiguar quién es.

Otra pausa.

—Quiero ese listado de llamadas —dijo Ben, con la voz más calmada—. Tenemos que saber con quién habló Virginia ayer por la mañana. Y necesitamos los resultados de la autopsia lo antes posible. Está bien —dijo, finalmente, algo frustrado—. Haz lo que puedas. Te llamaré en un par de horas.

Colgó con más fuerza de la que era necesaria. Cuando se volvió hacia Callie, tenía una mirada sombría.

—No ha salido nada útil de las huellas. Doak dice que parece que todas las

superficies de la habitación habían sido frotadas a conciencia. Pero, aunque tuviera razón, eso no prueba nada. Aparte de que Virginia limpiara mucho.

—No puedo creer que no hubiera huellas en la puerta de atrás.

—No han sacado ninguna lo suficientemente clara. Y ahora, Doak está intentando decirme que todo pudo haber sucedido como dijo el médico.

—No fue así. Tú lo sabes.

—Pero no estoy seguro de si podremos probarlo, incluso con la autopsia. A juzgar por dónde tenía la brecha en la cabeza, va a ser difícil determinar si se dio un golpe contra un mueble o alguien la golpeó.

Ben se sentó en una de las sillas de la mesa. Se apoyó en el respaldo e hizo un gesto de dolor.

—Deberías ir a que te miraran el hombro.

Él asintió, pero ella supo que la herida era lo último que tenía en la cabeza.

—¿Te apetece que haga algo de desayuno?

—Tenía una excursión programada para esta mañana —le dijo él—. No me había acordado hasta hace un momento.

—¿Y no puedes decirle a alguien que la haga por ti?

Él asintió de nuevo, pero no hizo ningún movimiento hacia el teléfono.

—¿Quieres café?

—Eso suena muy bien.

—Buck Dolan no es de aquí, ¿verdad?

Él frunció el ceño. Ella supuso que era debido al brusco cambio de tema, pero su mente llevaba toda la mañana dando saltos, intentando averiguar lo que necesitaban saber.

—Su acento es diferente.

—Hay mucha gente que viene a vivir aquí cuando se jubila, por el clima. La mitad de la gente de este pueblo no nació aquí.

—¿Y hay alguno de Carolina del Norte? —preguntó ella. Se había quedado con la sensación de que él había rechazado de plano su idea.

—Quizá, pero no estoy seguro de cómo podríamos averiguar qué gente nació allí —dijo, pensándolo—. Quizá mirando las declaraciones de la renta. En algunos impuestos se pide el lugar de nacimiento. O quizá en el censo electoral. Podría decirle a Doak que pusiera a trabajar a Billy en ello el lunes, cuando abran el juzgado.

—Pero te parece una idea descabellada —dijo ella, aliviada por su forma, más seria, de tratar el tema.

—No más que cualquiera de las otras cosas que estamos investigando.

Después de todo, es posible que Virginia no llamara a nadie por teléfono ayer.

—¿Y qué pasará si no lo hizo?

—Entonces iré a mi casa y echaré un vistazo. De todas formas, tengo que hacerlo.

—¿Qué vas a buscar?

—Huellas dactilares, las huellas de los neumáticos, algún cartucho, una bala... cualquier cosa que se dejara. Y seguro que habrá dejado algo. Aunque no sé si nos llevará a alguna parte...

Empezó a encogerse de hombros, pero no pudo terminar. Cerró los ojos de dolor e intentó relajar los hombros. Al darse cuenta de que ella lo estaba observando, se levantó y se dirigió hacia la cafetera.

Callie no se ofreció a ayudar. Fue a la nevera, donde esperaba que Phoebe tuviera algo preparado, y miró en varias tarteras.

—Tarta de melocotón. No es exactamente comida de desayuno, pero... tiene muy buena pinta.

Él puso un par de tazas en la mesa, y después abrió un cajón y sacó un par de cucharillas. Lo puso todo al lado de las tazas y se sentó. El movimiento volvió a hacerle daño.

—Desgraciado... —farfulló entre dientes.

—Probablemente, lo tienes inflamado.

—Sólo dolorido.

—¿Cuánto tiempo hace que no te pones la vacuna del tétano?

—No lo sé, demonios. ¿Tú sabes cuándo te pusiste la última?

—Por supuesto —respondió ella, sinceramente.

Él sacudió la cabeza. La cafetera pitó, y Ben se levantó por ella. Después llenó las dos tazas y empezaron a desayunar, comiendo la tarta directamente del cuenco de plástico. Cuando terminaron, él se acercó a ella y le pasó la mano por la nuca para atraerla suavemente hacia sí. La besó, acariciándola, y entonces, después de un momento, su lengua le invadió la boca. Ella notó el sabor del café y de la fruta, dulce y agradable.

Él interrumpió el beso y se quedó muy cerca de su cara.

—¿Qué crees que pensaría Phoebe si nos duchamos?

—¿Individualmente o juntos? —le preguntó ella, casi sin aliento. Él soltó una carcajada y le liberó el cuello, dejando que su pulgar le acariciara la mejilla y se le posara en los labios antes de retirarse.

—Sé lo que opinaría de que nos ducháramos juntos. Y no creo que

podamos jugar a eso en este momento.

Su mirada era muy seria. Ella pensó en lo azules que eran sus ojos, rodeados por aquella piel tan bronceada.

—Tú primero —le ofreció ella—. ¿Quieres que meta tu ropa a la lavadora?

Ella supo, por su expresión, que la idea le resultaba apetecible. Sabía que quería quitarse aquella camisa manchada de sangre seca y ponerse algo limpio.

—Supongo que no —dijo él, finalmente—. Tardaría demasiado en secarse, y no creo que Phoebe tenga nada por ahí que yo pudiera ponerme.

—Puedo mirar —dijo Callie, aunque no tenía muchas esperanzas. Según Phoebe, su marido había muerto hacía veinte años. Callie dudaba que hubiera una sola prenda masculina en aquella casa.

—Comprueba que la puerta de atrás y la del porche quedan cerradas —dijo él—. Yo iré a la principal.

Callie fue hacia la puerta, obedientemente. El cerrojo estaba echado en el porche, y cerró la puerta de la cocina con llave. Después fue hacia el vestíbulo. Ben ya estaba allí, y subieron juntos las escaleras.

—Las toallas están en el armario de la derecha.

—¿Cuáles son mis posibilidades de conseguir una maquinilla con una buena cuchilla?

—Te traeré una de las mías.

Él asintió. Se quedaron en medio del pasillo durante un momento, sin decir nada.

—No bajes las escaleras sola —le ordenó él, finalmente.

—Nadie sabe que estamos aquí.

—No te creas. Mi barco está en el embarcadero, y tu coche a la vista de todo el mundo.

—No creo que intente hacer algo en pleno día.

—Mejor será que no corramos ningún riesgo. Lo único que quiero es que no te alejes. De hecho, creo que deberías quedarte el rifle.

—No sé cómo usarlo. Seguramente, estaré mucho más segura si tú lo tienes cerca. Voy a ver si Phoebe tiene algo en su habitación que tú puedas ponerte. Podrás oírme si grito.

—Grita alto. Tendré la ducha abierta.

—Créeme, si empiezo a gritar, me oirás.

Después de mirar en los cajones de la cómoda y no encontrar nada, Callie se volvió hacia el armario. Había una fila vertical de fotografías colgadas de la pared, entre el mueble y la puerta. Se paró a mirarlas antes de abrir el armario.

En una de ellas había un novio y una novia vestidos a la moda de los años treinta, o cuarenta, al lado de una tarta nupcial. Phoebe y Hobart. Los dos tenían los ojos brillantes y cara de felicidad.

Sobre aquella foto, había un retrato de un hombre joven con uniforme, pero más moderno que la otra imagen. El hijo de Phoebe, pensó Callie, que había muerto en Vietnam.

La tercera fotografía era de la familia. Había dos chicos fuertes, vestidos de vaqueros, que sonreían a la cámara al lado de sus padres. Callie intentó recordar el nombre del otro hijo de Phoebe, el que vivía en Mobile, que se la había llevado la noche anterior, pero no pudo. No lo sabía, y en realidad, no tenía demasiada importancia.

Abrió la puerta del armario y rebuscó un poco por las baldas, pero tampoco encontró nada que Ben pudiera ponerse. Era evidente que Phoebe no guardaba nada de la ropa de sus hombres allí.

Sin embargo, en la última de las baldas descubrió algo que le llamó la atención. Era una bandera de los Estados Unidos doblada. Había visto muchas películas antiguas como para saber lo que significaba que una bandera de su país estuviera doblada de forma triangular. Debajo había algo como un álbum; seguramente, habría más fotos de Phoebe y de su familia.

Acarició la tela de la bandera moviendo los dedos, casi reverencialmente, por las estrellas y las barras. Mientras, escuchaba el sonido distante de la ducha. Entonces, tiró del álbum y lo sacó.

Se acercó a la ventana, lo apoyó en el alféizar y lo abrió. Mientras lo hacía, sintió una punzada de culpabilidad. Buscar algo para que Ben se pusiera en lugar de la camisa manchada de sangre era una excusa legítima para rebuscar en la habitación de Phoebe. Aquello, sin embargo, era otra cotilleo. Aunque, a decir verdad, en aquel álbum no había nada demasiado privado. Fotos de sus niños, en cumpleaños, y en otros eventos familiares.

—¿Callie?

La llamada de Ben la sobresaltó. Se volvió de repente, pensando que él estaría en el umbral, observando aquella invasión de la intimidad de Phoebe.

Al hacerlo, el álbum se le resbaló y estuvo a punto de caerse. De la parte de atrás se deslizó un recorte de periódico amarillento que cayó al suelo mientras

Ben la llamaba de nuevo.

—Creía que ibas a traerme una maquinilla de afeitar.

—Ya voy —le dijo, mientras tomaba el recorte del suelo. Lo desplegó y leyó el titular.

Los restos mortales de los soldados de los Estados Unidos de América regresan a casa. ¿El hijo de Phoebe? La fecha del periódico era el doce de julio de mil novecientos setenta y cinco. Fort Bragg, Carolina del Norte.

Se puso de rodillas y dejó el álbum en el suelo, junto a ella, para leer a toda prisa el artículo. Allí había un nombre que reconoció. James Hobart Robinson, veintiún años, de Point Hope, Alabama. El hijo de Phoebe, cuyos restos habían sido repatriados en julio de mil novecientos setenta y cinco.

—¿Qué estás haciendo?

Ella levantó los ojos y se encontró a Ben en la puerta. Sólo llevaba los vaqueros y una toalla blanca puesta por el cuello.

—¿Callie? —le dijo suavemente, y al no recibir respuesta, se acercó a ella, mirándola a la cara y después observando el álbum y el recorte de periódico que tenía en la mano—. ¿Qué es eso?

—Léelo —le pidió, mientras intentaba averiguar qué significaba todo aquello. Era una coincidencia demasiado grande como para que no significara nada. Demasiado cerca del momento en que asesinaron a Mary.

—Es el hijo de Phoebe —dijo Ben—. Murió en Vietnam.

—Mira la fecha.

Él volvió a mirar el recorte.

—Estaba en alguna misión encubierta de las fuerzas especiales. No me acuerdo bien de los detalles, pero hubo un retraso en la repatriación de los cuerpos. Tuvieron que negociarla después de la guerra.

—Julio de mil novecientos setenta y cinco —quizá sólo fuera una coincidencia. Quizá estuviera obsesionada y creyera que todo tenía algo que ver con aquellos asesinatos.

—Tu hermana —dijo Ben, e hizo exactamente lo que había hecho ella. Miró la fecha y el lugar—: Carolina del Norte. Los cuerpos llegaron a Bragg.

—¿Fueron Phoebe y Hobart a recogerlo allí?

—No lo sé...

—¿Y quién podría saberlo?

—No estarás sugiriendo que Phoebe o Hobart... —después de un momento, Ben sacudió la cabeza—. No hay forma de que Phoebe haya estado involucrada en ninguno de esos asesinatos. Sácate eso de la cabeza.

—¿Por qué? ¿No crees que una mujer puede tener la fuerza suficiente como para estrangular a unas niñas tan pequeñas?

—¿Y violarla?

—No se encontró semen en ninguno de los dos cuerpos.

—Quizá no, pero había evidencia física...

—De penetración —dijo ella—. No tenía por qué haber sido una violación. Si eres mujer, es un modo de desviar las sospechas.

—Eso es una locura.

—Y el asesinato también. Sobre todo, el de un niño.

—¿Y el asesinato de tu mejor amiga?

—Virginia sabía algo, y prometió decírmelo. Phoebe es la única que sabía eso.

—Es absurdo, Callie. Toda esta idea es ridícula. Ni siquiera sabemos si fueron a Carolina. Es posible que el ejército enviara los cuerpos a casa. Jimmy está enterrado aquí. Todo lo que sabemos es que su cuerpo llegó a Carolina.

—En el mismo mes y año en que Mary fue asesinada.

—No puedes pensar...

—No hagas lo que hiciste antes. No te decidas antes de tener las pruebas que validen o invaliden una hipótesis.

A él se le endureció la expresión de la cara. Callie no supo si era por lo que acababa de decir, o porque no podía creer que Phoebe estuviera involucrada. Ella tampoco quería creerlo, pero había demasiados detalles que encajaban.

—Estoy intentando reunir esas pruebas —dijo él, tenso.

—¿Y si Virginia no hizo ninguna llamada? ¿Vas a tener en cuenta esto, entonces?

—Lo estoy teniendo en cuenta ahora, pero me resulta difícil de creer. Conozco a Phoebe Robinson desde siempre. Y a Hobart, también.

—Pero no sabes si fueron a Carolina del Norte a recoger el cuerpo de su hijo.

—Yo tenía... no sé... quince años. No me enteré de quién fue allí. Ellos lo enterraron aquí, es todo lo que sé.

—¿Y Hobart todavía estaba vivo?

—¿En el setenta y cinco? Estoy seguro de que sí. Podemos comprobarlo muy fácilmente, de todas formas.

—Pero no estaba vivo cuando murió Kay-Kay —sin embargo, Phoebe sí lo estaba.

—¿Y qué pasa con lo de anoche? —le preguntó Ben.

Le tomó un segundo darse cuenta de que él se estaba refiriendo a la persona que les había disparado. Phoebe no estaba allí. Habían visto cómo se marchaba en el coche de su hijo.

—¿Y también crees que Phoebe te mantuvo la cabeza bajo el agua la noche del jubileo?

—No —admitió ella, al recordar la fuerza de las manos que la arrastraban. Tenía que haber sido un hombre—. Quizá Doak tuviera razón. Quizá no tenía nada que ver con lo que ha ocurrido desde entonces, o con los asesinatos, y sólo fuera alguien que quería asustarme.

Phoebe había sido muy insistente a la hora de convencerla para que fuera a la playa aquella noche. Quizá hubiera convencido a alguien para que la asustara. ¿Burge, o Buck Dolan? Los dos estaban allí aquella noche. Y ella podría haber convencido a cualquiera de los dos para que la asustaran. Phoebe tenía un carácter fuerte y dominante.

—No puedo creer nada de esto —dijo Ben.

—Ella le dio clases a Kay-Kay en la escuela dominical.

—¿Conocía a Mary?

Ella lo miró fijamente.

—La única conexión de Phoebe con aquella zona era que su hijo llegó a los Estados Unidos por allí —le recordó Ben—. Si es que fue, en realidad, a recibir el cuerpo. ¿Crees que se pararía en alguna casa en mitad de la noche para asesinar a una niña? ¿Con la ayuda de Hobart? ¿O él la esperó en el coche? —aquella última pregunta fue sarcástica. Y perfectamente razonable.

—No lo sé. Eso no tiene sentido...

Callie sacudió la cabeza. Había demasiados detalles que no podía explicar, pero no entendía por qué Phoebe no le había mencionado aquel episodio de Carolina del Norte cuando Callie les había contado a ella y a Virginia el asesinato de Mary. Quizá ella no les hubiera dado información suficiente. O quizá no fuera nada más que una coincidencia con un momento horrible y penoso de la vida de Phoebe. Quizá la anciana nunca hubiera llegado a establecer en su cabeza la conexión entre las fechas y el lugar.

—Cuando se buscan sospechosos, hay que tener en cuenta qué gente sería capaz de hacerlo —continuó Ben—. Phoebe no sería capaz, en ninguna circunstancia, de hacer lo que les hicieron a esas dos niñas. Además, estás olvidando algo muy importante. ¿Por qué iba a matarlas? Tiene que haber una razón para esas dos muertes.

—¿Hay alguna razón para asesinar a un niño?

—Miedo.

—¿Miedo?

—Normalmente, miedo a ser descubierto.

—¿Si... se ha abusado sexualmente de ellos?

—Eso siempre ha sido una posibilidad. Y este no es el crimen de una mujer, Callie. Tampoco lo es la repetición de la forma.

—Ha habido mujeres que han sido asesinas en serie —dijo ella. Sin embargo, la lógica, la razón y quizá sólo la humanidad estaban empezando a hacer que dudara seriamente de la conclusión a la que había llegado.

—No como éste.

—Entonces, ¿dónde nos hemos quedado?

—Exactamente en el mismo lugar que antes de que encontraras el recorte de periódico —le dijo él, plegándolo. Después se lo metió en el bolsillo de los vaqueros y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

Capítulo 14

Callie debería haber sabido que Ben no descansaría. Después de una hora de que se hubieran duchado, ya estaba intentando ponerse en contacto con Withers de nuevo. Y no tenía éxito.

—Quizá haya ido a tu casa, a hacer el reconocimiento que tú dijiste que teníamos que hacer —sugirió ella.

—¿Quieres ir?

Y habían ido. Sin embargo, no habían encontrado nada. El suelo era demasiado arenoso y las huellas de las ruedas no se habían conservado. Inspeccionaron el lugar desde el que Ben pensó que les habían disparado, pero no había casquillos de bala, ni huellas. No había dejado nada.

Y, como un insulto añadido, había hecho añicos el parabrisas del todoterreno de Ben. Parecía como si lo hubiesen golpeado con un bate de béisbol, pero tampoco encontraron nada con lo que se hubiera podido golpear el cristal, ni una explicación para aquello. Parecía que el asesino estaba riéndose de ellos.

—¿Y ahora qué? —le preguntó ella mientras salían a la carretera principal de nuevo.

—Vamos a la comisaría. Es posible que Doak esté allí.

—¿Un domingo por la mañana? Además, yo creo que no se lo ha tomado en serio. Al menos, la posibilidad de que Virginia fuera asesinada.

—Pero no puede negar lo que ocurrió ayer por la noche aquí. Y eso me dice que hay pánico.

—No lo entiendo. ¿El asesino tiene pánico?

—Todo esto parece una reacción desmesurada. Todo lo que ha ocurrido desde que tú has llegado. No te has acercado a identificar al asesino, así que, ¿por qué ha intentado matarte?

—Porque cree que puedo hacerlo —sugirió ella.

—Ha habido gente aquí durante los diez años pasados intentando hacer lo mismo. Así que, ¿por qué ha reaccionado con tanta vehemencia porque otra persona más lo haga?

—Porque nadie había relacionado los dos asesinatos nunca.

—Exacto —dijo Ben. Lo cual significa que él teme que se lo relacione con

el asesinato de Mary. Hay una conexión desde Carolina del Norte hasta aquí. Y él lo sabe.

—Pero... nosotros no. No hemos encontrado ninguna, aparte de que el cuerpo del hijo de Phoebe entrara en Estados Unidos por Bragg aquel mismo mes.

—Pero él no puede permitirse el lujo de darnos tiempo para que lo averigüemos. Por eso todo está ocurriendo tan rápido. Para que no encontremos la relación.

—Entonces debe de ser algo muy evidente.

—Al menos para él —dijo Ben—. ¿Qué estás haciendo?

Ella había aminorado la marcha del coche porque se estaban acercando a casa del doctor Cooley.

—Cooley todavía recibe pacientes. Si está aquí, quiero que te mire el hombro.

—Estará en la iglesia.

—No, a menos que vaya a la escuela del domingo.

Al aparcar enfrente de su casa, fue evidente que ella tenía razón. Cooley estaba en el porche con las manos apoyadas en la barandilla.

—Es muy pronto para recibir visitas un domingo —les dijo, a modo de saludo—. No es que no seáis bienvenidos. Ya le he dicho a la señorita Evers que siempre estoy esperando la visita de una chica guapa.

Estaba arreglado para ir a la iglesia, aunque todavía no se había puesto la chaqueta, seguramente por el calor. Todavía tenía el pelo mojado de la ducha.

—Es una visita de negocios, no de placer, Doc —dijo Ben, moviéndose rígidamente al salir del coche.

—¿Negocios? ¿Qué tipo de negocios?

—De los tuyos —dijo Ben, sonriendo al anciano—. Tengo una herida que quiero que me mires.

—¿Has estado peleándote otra vez, muchacho? ¿Cuántas veces tengo que decirte que ya no tienes edad para esos excesos?

Ben y Callie se acercaron al porche con una sonrisa.

—No ha sido una pelea, Doc. A menos que se pueda uno pelear sin recibir un solo golpe.

Doc no hizo ningún comentario. Se acercó a él y le puso la mano en la frente. Cuando la retiró apretó los labios y dio un silbido corto y bajo, como si Ben tuviera fiebre.

—¿Qué tienes contra la medicina moderna, chico? ¿O es que te quieres

hacer el hombre delante de esta preciosidad?

—No me eches sermones, Doc. Ella ya me ha echado unos cuantos. Sólo dame alguna medicina milagrosa para que podamos seguir nuestro camino —dijo Ben—. Y así tú podrás irte a la iglesia.

Doc los hizo pasar a su casa, y los guió hasta una estancia que, evidentemente, había sido su consulta. Había vitrinas pintadas de blanco brillante que contenían todo tipo de instrumentos y botellas de medicamentos, y tenía una pequeña antesala, para recibir a los pacientes. A Callie le recordó a la consulta del médico de Charlotte.

—Ben no recuerda cuándo fue la última vez que se puso una inyección antitetánica —le explicó a Doc.

—Debo de tener sus datos en mi registro de pacientes —respondió Doc, y después se dirigió hacia Ben y le señaló la camilla—. Bueno, enséñame esa herida que quieres que te mire.

Callie miró a su alrededor, pero no había ningún asiento en la sala, excepto un taburete de metal. Estaba al lado de la camilla, así que ella supuso que no era para las visitas. Se había apoyado contra la pared cuando se dio cuenta de que quizá aquel examen debería ser privado.

—¿Quizá debería salir... —dijo, haciendo un gesto vago hacia la puerta.

—A mí no me molesta —dijo Doc, observando cómo Ben se quitaba la camisa mientras él se ponía unos guantes de látex—. ¿Te molesta a ti?

Ben sacudió la cabeza.

—Ella ya ha visto la herida. Me la curó con agua oxigenada. No entiendo por qué se ha infectado.

—Vamos a ver qué ha pasado —dijo el médico, levantando la barbilla para mirar la herida por las gafas.

Seguramente, la venda y el esparadrapo que le había puesto Callie se habría mojado en la ducha y se le había despegado. Al verla, ella entendió por qué a Ben le dolía cada vez que intentaba apoyarse en algún sitio. La herida tenía mala pinta y el hombro se le había hinchado.

—¿Cómo demonios te has hecho esto? —le preguntó Doc, palpándole suavemente la carne de alrededor.

—Ha sido un fragmento de bala —respondió Ben—. Alguien nos estaba esperando en el bosque de mi casa anoche, y nos dispararon con un rifle.

—¿Os han disparado?

—Más de una vez. Me ha desinflado un par de neumáticos. Conseguimos llegar al yate y escaparnos, y cuando hemos ido esta mañana a comprobar

qué había sucedido, nos hemos encontrado con el que tipo también ha destrozado el parabrisas del todoterreno.

—Dios Santo —dijo Cooley, con las manos suspendidas en el aire—. ¿Por el libro que ella quiere escribir? —preguntó, señalando a Callie con la cabeza, pero sin volverse a mirarla.

—Sobre el asesinato de Kay-Kay.

—Porque no quieren que se remueva más el asunto.

—Porque no quieren que se resuelva.

—solamente hay una persona que no quiere que se resuelva, muchacho. El que la mató.

—Pues entonces supongo que estamos hablando de él.

—Así que al final estás de acuerdo con lo que ella piensa —le dijo Doc, después de unos segundos.

—No tengo elección. Son dos asesinatos diferentes, de dos niñas, que ocurrieron en dos pueblos a miles de kilómetros el uno del otro. Y Tom Delacroix no pudo cometer el primero.

—Parece que estás muy seguro.

—Estaba encerrado entonces. Tuvo un accidente borracho que fue demasiado incluso para que su padre lo arreglara.

—Sabes igual que yo lo fácil que es salir de esos sitios de rehabilitación. ¿Quién te dice que no se escapó?

—Estaba allí aquella noche. Ya lo he comprobado en las listas de pacientes.

Callie no sabía que él lo había hecho, pero conociendo lo minucioso que era, no debería sorprenderse. Debía de haber hecho aquella llamada la misma mañana en que ella le había enseñado toda la información sobre el caso que había reunido.

—¿Y qué día fue ese? —preguntó Cooley.

Fue hasta una de las vitrinas y sacó algo envuelto en celofán. Se paró enfrente de Ben y rasgó el envoltorio para sacar un par de pinzas esterilizadas. Después usó el pedal de la papelera para abrirla y tirar el plástico.

—Nueve de julio de mil novecientos setenta y cinco —dijo Callie.

Doc la miró durante un instante y después volvió a observar a Ben.

—Y tú estás seguro de que Tom estaba encerrado aquel día.

—Lo comprobé cuando Callie me contó lo del primer asesinato.

Doc asintió con los labios apretados.

—¿Y qué significa eso?

—Que alguien que no era Tom Delacroix mató a las dos niñas. A esa otra niña de Carolina y a Kay-Kay.

—¿Y crees que fue alguien de aquí? ¿De Point Hope? —preguntó Doc, rodeando la camilla.

—Si nos basamos en todo lo que ha sucedido...

—Y también piensas que el asesino fue quien os estaba disparando anoche.

—Y quien mató a Virginia.

—¿Matar? Eso suena como... Demonios, no estarás pensando en que alguien matara a Virginia. Ya te dije lo que pasó. Se dio un golpe en la cabeza y se desangró, debido al anticoagulante que estaba tomando.

—Yo no creo que ocurriera así. Creo que ella sabía algo, Doc. Algo que el asesino no quería que le dijera a Callie.

—Algo... ¿qué?

—¿Te acuerdas del año en que repatriaron los restos de Jimmy?

—¿Te refieres a Jimmy Robinson? —le preguntó Doc, mirando el hombro de Ben—. ¿Quieres algo de anestesia antes de que haga esto?

—¿De que hagas qué?

—Creo que hay algo de metal aquí. Voy a escarbar un poco, pero probablemente no será peor que una aguja. Como quieras.

—Hazlo —le dijo Ben.

Aunque Callie no veía las manos de Cooley, por la cara de Ben supo cuándo empezaba a buscar la esquirla de metal. Después de un momento, frunció el ceño y apretó la mandíbula. De repente, ella decidió que aquello era una cosa que no quería ver. Se volvió, respirando hondo, y se acercó a mirar la fila de certificados y títulos que había colgados en la pared.

El primero era la licenciatura de Everett Cooley, que le había expedido una universidad que ella no conocía. Probablemente, alguna regional, pensó, antes de mirar el siguiente marco.

—¿Y qué pasa con Jimmy Robinson?

Callie dio un paso a la izquierda y siguió mirando los tres certificados siguientes, todos relacionados con la carrera de medicina de Cooley. Mientras los estudiaba, escuchaba a medias la conversación que estaban manteniendo los dos hombres.

—¿Sabes que su cuerpo llegó a casa desde Fort Bragg?

—No, no lo sabía —respondió Doc.

—Parece que los caídos de la unidad de Jimmy fueron transportados hasta allí. Quizá porque eran fuerzas especiales, quizá porque era un procedimiento

normal después de la guerra.

—No sé —dijo Doc. Después, en un tono completamente diferente, añadió —. ¡Aquí está! —y se oyó un ruido metálico cuando dejó en una bacinilla de metal la esquirila.

Callie no se volvió, pero le dolían el cuello y los hombros por tensión simpática hacia lo que le estaba haciendo a Ben.

—Si Phoebe fue allí, al funeral militar, o para acompañar el cuerpo de vuelta a casa, ¿crees que Hobart fue con ella? —continuó Ben—. ¿Habría podido, quiero decir?

—Dime otra vez cuándo fue eso.

Hubo un silencio prolongado, finalmente roto por un jadeo. Callie se volvió ligeramente al oírlo. Ben había agachado la cabeza y estaba apretando los puños sobre los muslos mientras Cooley continuaba hurgando en la herida. Después de unos segundos, Callie volvió a fijar la atención en la pared. No había nada que pudiera hacer por Ben, y lo que estaba haciendo Doc era necesario.

Sin embargo, ya se habían terminado todos los certificados y títulos. Entonces se fijó en un grupo de fotografías. La mayoría eran en blanco y negro, escenas de gente a la que reconocía del tiempo que había pasado en Point Hope. Más interesante que los documentos.

—Dudo que Hobart hubiera podido hacer aquella distancia en coche aquel verano —dijo Doc—. Y ni él ni Phoebe hubieran ido en avión. No se me ocurre cómo fueron hasta allí, si es que fueron.

—Entonces supongo que el ejército enviaría el cuerpo a casa —dijo Ben, con la voz tensa—. Lo otro era una posibilidad muy remota.

—No se te habría ocurrido poner a Hobart Robinson en el lugar de aquel crimen, ¿verdad? En Carolina del Norte.

—Callie encontró un recorte de periódico que hablaba de que el cuerpo de Jimmy iba a volver a Bragg, en el mismo mes y en el mismo año. Me pareció que merecía la pena seguir la pista.

—Dudo mucho que Hobart matara a una mosca durante su vida, y mucho menos a una niña.

—Eso es lo que yo pienso. Las fechas serán una coincidencia, seguramente.

—Esto te va a doler —le advirtió Doc.

Callie dio otro paso a la izquierda para estudiar la fotografía de un grupo de hombres, todos en uniforme, de pie enfrente de una cabaña. Unos cuantos llevaban gafas de sol, pero la mayoría estaban entrecerrando los ojos contra la

luz del sol. Se inclinó hacia delante para leer la diminuta leyenda que había en una esquina de la foto. Clínica Gratuita, julio de mil novecientos setenta y tres.

Miró las caras de los hombres, pero no consiguió distinguir a Cooley. El paso de treinta años, las gafas de sol, el pelo oscuro... Si estaba en aquella fotografía, habría cambiado mucho desde entonces.

Miró a la foto de arriba, que contenía un grupo similar. Algunos soldados, con un grupo de niños descalzos que miraban a la cámara con timidez. Su delgadez delataba la pobreza en la que vivían. Nuestros pacientes en mil novecientos setenta y cuatro.

—¿Estuvo en el ejército, doctor Cooley? —le preguntó, mirando hacia detrás por encima del hombro—. ¿Es ahí donde se hicieron estas fotografías?

—En la reserva —respondió Doc, con la vista fija en la espalda de Ben.

—¿Quiénes son los niños?

Hubo un silencio, y fue Ben quien respondió.

—A Doc no le gusta mucho echarse flores, pero en vez de irse de vacaciones, él y otros de los soldados con estudios de medicina organizaban consultas gratuitas durante esas semanas. Médicos y dentistas, todo el mundo que quisiera compartir sus conocimientos. Hiciste eso durante años, ¿verdad, Doc?

—Durante un tiempo —respondió el anciano—. Disfrutábamos, y de paso nos librábamos de la instrucción. Bueno, parece que ya he sacado todo lo que había ahí dentro. Te pondré una inyección de antibióticos y una venda, y se curará muy bien. Voy a mirar lo de la vacuna del tétano.

Mientras Callie escuchaba cómo sus pasos cruzaban la habitación, se paró ante la siguiente fotografía. En aquella había otro grupo de gente colocada de modo que en la distancia se vieran los picos de unas montañas. Había algo fascinante y familiar en aquellos picos, algo que hizo que Callie los reconociera. Era la misma clase de montañas en las que ella había crecido, antiguas y cubiertas de bosques.

—Sé que en el ejército te pondrían todas las vacunas, pero no encuentro ningún registro de que te pusieras una contra el tétanos al volver a casa. ¿Te ha tratado alguien desde que te licenciaste?

—No he tenido ninguna necesidad —respondió Ben.

—Todo el mundo necesita una revisión anual. Incluso tú —dijo Cooley, cerrando ruidosamente el expediente que contenía los registros que había consultado. Después cruzó de nuevo la habitación.

Callie siguió mirando la fotografía. Mi última clínica, verano de mil novecientos setenta y cinco. «Aquel verano. El verano en que Mary había sido asesinada». Frenéticamente, siguió con la mirada las caras de los hombres de nuevo, intentando encontrar algo familiar en ellos. Algo que le dijera...

Y entonces lo encontró. Se le aceleró el corazón y le faltó el aliento. No había forma de confundir aquella cabecita de pelo plateado que recordaba de las fotografías que su madre había conservado. Se volvió a tiempo para ver a Everett Cooley inyectándole algo en el brazo a Ben. Y entonces, los ojos del hombre se elevaron y se clavaron en ella. Tenía una mirada increíblemente malvada, tanto, que ella no entendió cómo había sido capaz de ocultarla hasta aquel momento. Durante tanto tiempo.

—Es Mary —dijo ella, desviando su mirada hacia Ben, que había estado observando cómo el fluido entraba en su brazo—. Está en una de estas fotografías. Creo que él la conocía.

Tuvo miedo de que nada de lo que estaba diciendo tuviera sentido. A pesar de que parecía una incoherencia, Ben se levantó inmediatamente de la camilla intentando apartar a Doc de él. Sin embargo, Doc no soltó la jeringuilla y sujetó a Ben por el brazo con una fuerza que parecía anormal en un hombre de aquella edad. Sin embargo, era un hombre grande y más corpulento que Ben. Y ella ya había pensado que no era tan viejo como parecía.

Ben lo empujó, intentando sacarse la aguja. En aquella ocasión, Doc le soltó el brazo y se retiró, quedándose con la jeringuilla en la mano. Se echó hacia atrás cuando pudo, mirando a Ben, con los ojos fieros.

—Dime que no la mataste, Doc —le pidió Ben, apretando los puños—. Dime que no mataste a mi hija.

—No era tu hija, a pesar de lo que Lorena pudiera decirte.

—¿Cómo demonios sabes lo que Lorena me dijo? —le preguntó Ben, dando un paso hacia él.

Cooley se apoyó contra la pared, pero su tono de voz no demostró ninguna señal de miedo.

—Tom siempre me lo contaba todo. Incluso lo que esa... dijo sobre vosotros dos. Nos tomó a todos por tontos, muchacho. Deberías habértelo figurado ya.

Ben sacudió la cabeza, con un movimiento descoordinado, como si estuviera intentando aclararse la visión. Involuntariamente, Callie hizo un intento de acercarse a él, atrayendo la mirada de Cooley. De nuevo, se quedó

impresionada al notar el odio en su mirada. Entonces, cuando Ben dio un paso tambaleándose hacia el médico, el hombre lo miró de nuevo.

—¿Qué me has dado, miserable? —le preguntó Ben, con una voz espesa, como si hubiera estado bebiendo.

Cooley no respondió. Se limitó a observarlo vigilante. Ben sacudió la cabeza una vez más e intentó darle un puñetazo, pero el médico lo esquivó instintivamente.

El golpe ni siquiera se acercó a él, pero con el impulso, Ben cayó al suelo al lado de la camilla. Cerró los ojos con fuerza para intentar enfocar la visión.

—Sal de aquí —le ordenó a Callie, con la voz distorsionada por lo que le había inyectado Cooley. Sin embargo, Callie corrió hacia él y se arrodilló a su lado para defenderlo del médico. Le tiró del brazo para que se levantara.

—Vamos —le rogó.

Él tenía los ojos abiertos, pero no se movió. Sin embargo, ella vio por el rabillo del ojo que Cooley se acercaba, y tomó la papelera que estaba a su lado para lanzársela. Él la esquivó con la misma facilidad que había esquivado el golpe de Ben, y tomó el taburete de metal.

Con un movimiento fluido y poderoso, se lo tiró. Ella tuvo tiempo de levantar la mano izquierda, y sintió que el metal le golpeaba la muñeca. Y después el taburete continuó su camino y le impactó fuertemente contra un lado de la cabeza.

Capítulo 15

Incluso antes de abrir los ojos, Callie sabía dónde estaba. El olor que percibía en sus pesadillas estaba a su alrededor. Sintió un pánico tan fuerte que casi no podía respirar. Intentó reprimir el sollozo que le presionaba la garganta.

«Si grito, él lo oirá. Me encontrará, a pesar de la oscuridad. Y entonces me hará lo que le ha hecho a Mary».

Quiso taparse la boca con las manos para sofocar el sonido. Ya lo había hecho muchas veces antes, amortiguar cualquier sonido que pudiera delatarla. Acurrucada en la esquina más oscura, bajo las escaleras, con las palmas de las manos apretadas sobre los labios, ella lo había visto. Y no había gritado. Si pudiera hacerlo en aquel momento...

A pesar de su instinto de no moverse para no atraer su atención, el impulso de taparse la boca con las manos era demasiado poderoso. Pero cuando lo intentó, notó un dolor muy intenso en el brazo izquierdo.

Tenía algo malo en aquel brazo. Tenía algo malo en los dos brazos, porque no podía moverlos. Apretó fuertemente los labios para no gritar de pánico y abrió los ojos. Lentamente, giró la cabeza para intentar localizarlo en la oscuridad. El dolor le atravesó la cabeza, con tanta fuerza que la mareó.

Tragó saliva y volvió a cerrar los ojos, esperando a que la agonía se desvaneciera. No recordaba cómo se había hecho daño en la cabeza... Recordó que algo plateado había volado hacia ella y que se había protegido con la mano... Por eso le dolía. Ella estaba inclinada sobre alguien, en un lugar diferente.

Ben. El nombre estaba en su conciencia antes de que lo recordara a él. Pero Ben no había estado la noche en que el hombre se había llevado a Mary, así que se sintió confusa de nuevo. No conocía a Ben cuando era una niña, lo que significaba...

Levantó la cabeza para ver dónde estaba, y de repente, al sentir el dolor, recordó que lo que la había golpeado había sido un taburete, porque estaba agachada intentando ayudar a Ben a que se levantara para poder escapar de allí.

Allí. Aquel lugar era la consulta de Doc Cooley.

Los pensamientos iban encajando en su cerebro como si fueran las piezas de un puzzle, dotando de sentido a lo que anteriormente sólo era un caos.

La figura oscura de sus pesadillas tenía una cara, pero no era la que había visto aquella noche, inclinado sobre Mary bajo la bombilla que apenas rompía la oscuridad, escondiendo lo que estaba haciendo. Su cara era diferente, pero ella lo conocía. Everett Cooley. Querido doctor. Asesino brutal.

Y la mataría a ella también, y a Ben, si ella no los sacaba de allí.

Aquel pensamiento le dio fuerzas y luchó por incorporarse, pero no pudo más que levantar un poco la cabeza y darse cuenta de que estaba atada a una camilla con unas correas de cuero, una a la altura de las caderas, la otra justo debajo del pecho.

El sollozo que había reprimido explotó en su garganta y se le escapó, seguido de otro, antes de que pudiera recuperar el control. Como pudo, giró la cabeza hacia los lados y hacia atrás, para comprobar si él estaba en aquel lugar. Sólo pudo ver vitrinas idénticas a las que había en la consulta, repletas de instrumentos.

No había nadie más allí. No, a menos que él estuviera escondido vigilándola, disfrutando de su pánico. Intentó calmarse. Respiró hondo y se quedó en silencio. Al instante oyó un ruido, pero no provenía de aquella habitación. Miró al techo que tenía sobre ella y se dio cuenta de que en el piso de arriba alguien daba unos pasos. Pero no podía ser Ben, claro, porque ella había visto su cuerpo inmóvil en el suelo, había visto cómo sus ojos la miraban sin ver nada.

Escuchó durante unos segundos interminables, conteniendo la respiración. Tuvo que admitir que Ben podría estar muerto, y luchó por contener otro sollozo. No tenía ni idea de lo que Cooley le habría inyectado en el brazo.

Todo lo que sabía era que estaba sola en aquel sótano, pero que él no la dejaría tranquila mucho tiempo. Al menos, no con vida. Frenéticamente, empezó a moverse en la camilla, pero tuvo que detenerse para contener una náusea. Estaba sufriendo los efectos del golpe.

Tenía que calmarse y pensar. Tenía que hacer algo para evitar que los matara a los dos, y que hundiera sus cuerpos en las aguas negras de la bahía, y que nadie supiera el monstruo que era.

Lentamente, empezó a mover la muñeca derecha, la que no tenía rota, para intentar sacarla de la correa. Se apretó la mano contra el muslo para hacer más espacio para maniobrar. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que los pasos

de arriba habían tomado una dirección diferente, alejándose de ella. Suspendió los esfuerzos de liberarse y prestó atención al sonido, hasta que finalmente se desvaneció.

¿Estaría bajando allí? ¿Bajaría al sótano donde ella estaba, atada a la camilla como un animal en un experimento de laboratorio?

Lentamente, volvió de nuevo la cabeza hacia las vitrinas donde había visto los instrumentos, y entendió, aterrorizada... Acababa de recordar que Doc Cooley no sólo había sido médico de Point Hope, sino también forense del condado.

Y, finalmente, supo dónde estaba. Incluso entendió la utilidad de aquella camilla. Estaba en lo que una vez había sido la morgue de Cooley. En su casa, justo debajo de su consulta.

Fue la vibración lo que lo despertó. Al principio, cuando consiguió abrir los párpados, no sabía lo que estaba viendo. Sólo después de un momento se dio cuenta de que lo que tenía casi encima de la nariz era el zapato de Doc. Sus zapatos blancos para ir a la iglesia.

Mientras escuchaba el sonido de aquellos pasos que se alejaban, empezó a percibir otras sensaciones aparte de la ligera vibración que provocaban contra el suelo de madera. La frialdad de la superficie bajo la mejilla, la sequedad de la boca, el dolor de cabeza abrumador.

Y, bajo todo aquello, la molesta sensación de que algo iba mal. Tendría que estar haciendo algo, algo muy importante. Fuera lo que fuera, sin embargo, no podía pensar en ello. Únicamente sabía que estaba en la consulta de Doc, en el suelo. Y que un segundo antes, los zapatos de domingo de Doc habían estado justo al lado de su cara.

Intentó sacudir la cabeza para aclararse la visión y recuperar la capacidad de pensar. Y de recordar. Callie había estado mirando unas fotografías mientras Doc le curaba la herida. Y después...

La vacuna del tétano, recordó, satisfecho. Doc iba a ponerle una inyección... O quizá se la había puesto, y eso era lo que estaba mal. Por eso se sentía tan pesado, y tan inerme.

Intentó apoyarse en un brazo para levantarse, y cuando lo consiguió, hizo otro esfuerzo para girar sobre una cadera. Cuando estuvo de rodillas, intentó encontrar las fuerzas necesarias para ponerse de pie.

Quizá Doc pudiera darle algo para la fiebre. Eso era lo que le había dicho

Callie al principio, y habían ido a su casa. No entendía por qué los dos lo habían dejado solo, tan enfermo y tirado en el suelo.

Quizá Doc pudiera hacerle aquello, si creía que estaba borracho. Pero Callie no. Ella estaría allí ayudándole a levantarse. Ella había estado...

Recordó que la había mirado, y que entonces algo había volado hacia ella y le había golpeado la cabeza. Ella también había caído al suelo. Buscó en su memoria, pero ya no había nada más. Nada, hasta que los pasos de Doc lo habían despertado.

Volvió la cabeza y miró hacia el lugar donde Callie había caído. No estaba allí. Sólo había una mancha oscura en el suelo de madera de Doc. Se agachó para tocar la mancha, pero entonces le fallaron las rodillas y volvió a caer al suelo.

Sintió de nuevo la frialdad del suelo en la mejilla. Cerró los ojos, incapaz de resistirse. La sensación de que tenía que recordar algo le molestaba. Tenía que acordarse, se dijo. Y lo haría, finalmente. Sólo necesitaba un minuto. Si podía cerrar los ojos y descansar, sabía que lo recordaría.

El horror frío de su nuevo descubrimiento hizo que volviera a ponerse frenética. Giró y retorció la muñeca para sacarla de la correa durante unos minutos, pero no tenía suficiente espacio. La correa estaba demasiado apretada y casi le laceraba la carne. Encogió el estómago hasta el límite de sus fuerzas y consiguió deslizar la mano entre el muslo y la correa.

A pesar del entusiasmo que sintió, sabía que no podría hacer lo mismo con la muñeca que Doc le había roto. Empezó a palpar toda la correa hacia la izquierda intentando encontrar la hebilla, pero sus dedos no la tocaron. Estiró cuanto pudo el brazo, y finalmente rozó algo de metal en el extremo de la camilla. Forzando el brazo cuanto pudo, al cabo de unos instantes consiguió sacar la correa de la hebilla y desatarla.

Por encima de su cabeza volvió a notar los pasos del médico y empezó a respirar con dificultad debido al terror. Con una sola mano, temblando, se desató también la correa de las caderas y se sentó al borde de la camilla. Cuando intentó levantarse, cayó al suelo de rodillas, pero sabía que tenía que levantarse y esconderse, porque el sonido de los pasos se acercaba. Buscó una salida con la mirada. Tenía que haber alguna más aparte de la puerta al final de las escaleras que conducían al piso de arriba. En la penumbra, miró por todos los rincones, pero no había ninguno donde esconderse.

Tomó aire y siguió examinando el sótano. Más allá de la última de las vitrinas, lejos de las escaleras, había un hilillo de luz en la oscuridad.

Con el brazo izquierdo pegado al cuerpo, se levantó apoyándose en la camilla y corrió hacia él. Había un pasadizo estrecho entre la pared y la vitrina, que conducía a la otra parte del sótano. En la pared de enfrente, en lo más alto, había una ventana. Habían entrado en casa de Cooley por la mañana, y sin embargo, por aquella ventana sólo entraba una luz grisácea. Corrió hacia ella, preguntándose cuánto tiempo habría estado inconsciente.

Cuando estuvo bajo la ventana, sin embargo, se dio cuenta de que la luz del sol estaba bloqueada por la acumulación, durante años, de mugre en el cristal. Dado el estado impecable del resto de la casa, supo que aquello era deliberado. La gente podría preguntarse por qué estaba tapada con tablones la ventana de un sótano, pero a nadie le parecería extraño que estuviera tan sucia.

Buscó algo en lo que subir, y vio una caja de embalaje de madera. La arrastró con una mano por el suelo de cemento hasta ponerla bajo la ventana. Hizo mucho ruido, pero no pudo evitarlo. Tenía que salir de aquella casa y pedir ayuda. Era su única esperanza.

Se subió en la caja y quitó algo de la suciedad con la mano. Entonces quedó a la vista algo de césped y, más allá, el coche de Cooley, aparcado enfrente de la casa. Sin embargo, no vio el suyo. El médico lo había movido de donde ella lo había dejado aparcado. Lo había escondido, tal y como intentaría esconder sus cuerpos. Y nadie lo sabría nunca.

Intentó abrir la ventana, pero el cerrojo se resistió. Forzándose a sí misma, a pesar del dolor lacerante, subió la mano izquierda y tiró con las dos, pero aun así, no pudo abrirla. Recorrió con las yemas de los dedos el marco de la ventana, y notó pequeñas depresiones redondas por toda la madera. Aquel miserable había clavado la ventana con clavos, y ella nunca podría quitarlos.

Apoyó la frente en el cristal, desesperada. El cristal estaba frío, tentadoramente calmante contra su piel ardiente, pero no podía quedarse allí. Tenía que hacer algo. Tenía que seguir intentándolo hasta que él bajara por ella.

En aquel preciso instante oyó el sonido que había estado temiendo y esperando desde que se había despertado y se había dado cuenta de dónde estaba. La puerta se abrió con un crujido suave y revelador. Y después, los pasos que había oído por encima de su cabeza empezaron a bajar los escalones.

Capítulo 16

Miró desesperadamente a su alrededor, buscando algo que pudiera servirle de arma. No había nada en aquella parte del sótano, excepto la caja que había usado para subir hasta la ventana, y era demasiado pesada como para arrojársela. Además, aquello no serviría de nada.

«Escóndete», le gritó su mente. Ya lo había hecho antes, y había sobrevivido. Ella había sobrevivido, pero él había continuado y había matado a otra niña, exactamente igual que a Mary. Y ya no quedaba nadie más que pudiera detenerlo. Nadie que supiera la espantosa criatura que era.

Así que, en vez de acobardarse en alguna esquina, corrió hacia la parte del sótano donde Cooley tenía la morgue. En las vitrinas tenía que haber algo que pudiera usar para defenderse de él.

Justo cuando ella rodeó la esquina de las vitrinas, los pasos se detuvieron. Cooley había descubierto que ya no estaba en la camilla. No le importó. Tenía un único pensamiento en la cabeza. Una meta. Tenía que hacer lo que había sido incapaz de hacer veintiséis años atrás.

Atravesó el pasadizo y miró hacia las escaleras, y después por todo el perímetro de la estancia. No había ni rastro de Cooley.

«Pero eso no significa que no esté aquí», pensó, mientras abría con los dedos temblorosos una vitrina. Vio un confuso muestrario de tijeras y escalpelos, y movió la mano sobre ellos, dudando sobre cuál elegir. Y entonces agarró algo, y empezó a darse la vuelta cuando él la golpeó.

Fue aquel movimiento el que le salvó la vida. La cuchillada que él había dirigido hacia su cuello se desvió al hombro. El shock fue tan grande que, durante un segundo, se quedó paralizada. Después, completando el movimiento que había empezado, estiró el codo hacia atrás todo lo que pudo, y hundió el escalpelo en el estómago de Everett Cooley. Él se combó hacia ella, y ella reprimió el impulso de sacar la cuchilla para alejarse de él. En vez de aquello, utilizó toda su fuerza de voluntad y la rabia de toda una vida para hundir más el escalpelo.

El hombre gimió, y ella sintió una descarga de euforia y de resarcimiento, aunque insignificante, por tantos años de miedo y de culpabilidad por haber sobrevivido.

Entonces, como un animal herido, Cooley rugió su propia rabia. Alzó los brazos y se echó hacia atrás, y el escalpelo se deslizó fuera de su estómago. Con un grito de furia, ella volvió a hundirlo de nuevo, pero se dio cuenta de que su enorme tripa hacía que aquella zona no fuera vulnerable. Debería habérselo clavado en el pecho, pero ya era demasiado tarde. Cuando retiró la mano para volver a atacarlo, él se protegió con un brazo y con el otro le asestó un terrible golpe mientras se tiraba encima de ella para aprisionarla contra la vitrina.

Entonces sonó un ruido, y el armario se tambaleó y cayó al suelo, empujado por el peso de los dos. Y al mismo tiempo que la vitrina chocaba contra el cemento y los cristales se hacían mil añicos, Callie cayó dentro, con Cooley encima.

Aturdida, se quedó inmóvil durante uno o dos segundos, aprisionada por su peso. Abrió los ojos, cara a cara con el horror de sus pesadillas. Él tenía los ojos fijos. Incluso en la penumbra era evidente que sus pupilas estaban dilatadas y sin vida.

Esperó a que se moviera, con la sangre latiéndole en la cabeza y en los oídos. No había más sonidos. El único olor era el de la humedad. Y mientras estaban allí tumbados, juntos en un extraño cuadro de amantes, el polvo que había levantado la vitrina al caer empezó a deslizarse hacia él suelo, en pequeñas nubes.

—Estás bien —le dijo Ben de nuevo, acariciándole el brazo, como si fuera una niña.

Estaban sentados, acurrucados juntos en un peldaño de las escaleras del sótano. Bajo los efectos del shock. Incapaces de moverse. Incapaces de hacer otra cosa que no fuera luchar por entender que seguían vivos, y que el enemigo que los había obsesionado durante tantos años estaba, finalmente, muerto.

Callie no había oído el disparo de Ben, o no lo había reconocido. Y sólo en aquel momento estaba empezando a darse cuenta de lo que él había conseguido hacer. Justo cuando la vitrina había empezado a caer, Ben había disparado el rifle de caza que había tomado de la colección de Doc. Y a pesar de los efectos de la droga que el médico le hubiera inyectado, se las había arreglado para acertar en un blanco que se movía, en la penumbra del sótano. Él había tenido miedo de herir a Callie, y aquello era lo primero que le había

preguntado cuando le había quitado de encima la carga del cuerpo del médico.

La muerte de Cooley los había liberado de lo demás. Ella tenía tres años cuando Mary había sido asesinada. Aunque parecía que había bloqueado su memoria para sobrevivir, nunca había conseguido olvidar lo que había sucedido aquella noche. Aquello había marcado casi todos los aspectos de su vida desde entonces.

—Tenemos que llamar a Doak —dijo Ben.

—Lo sé —susurró ella.

No quería salirse de su abrazo, aunque quisiera salir de aquel sótano, salir de aquella oscuridad. Quería alejarse del olor a humedad y del cuerpo de Cooley. Alejarse de su morgue privada, donde, creía, él había llevado a Kay-Kay aquella noche.

—Vamos —le dijo Ben, apoyándose en la barandilla de metal para levantarse. Se inclinó y le tocó el codo, pero ella jadeó al instante. Él la soltó inmediatamente.

—¿Qué te pasa?

—La muñeca. Me protegí la cabeza con el brazo, porque él me tiró el taburete de la consulta contra la cabeza. Fue un acto reflejo. Creo que me ha roto un hueso.

—Probablemente te salvó la vida —dijo Ben, inclinándose para tomarla de la cintura.

Él tenía razón. El taburete le había dado con tanta fuerza en la cabeza que le había causado una conmoción cerebral. Si ella no hubiera disminuido la intensidad del golpe...

—Ha valido la pena romperse la muñeca —le dijo, mirándolo. Él tenía tan mal aspecto como ella. La luz que entraba por la puerta desde el piso de arriba le iluminaba la cara, grisácea bajo el bronceado. Tenía los ojos enrojecidos.

—No puedo creerme que todo haya terminado —dijo.

Ben le quitó algo de la mejilla con el pulgar. No estaba segura de si serían lágrimas, o sangre, o suciedad, pero no le importaba. Se dio cuenta de que lo único que le importaba era el significado de aquel gesto.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó, luchando contra la emoción que le atenazaba la garganta.

—Tenemos que llamar a la policía y decirles que vengan. Esto va a devastar a la ciudad... —dijo, sacudiendo la cabeza mientras paseaba la

mirada por el sótano.

Everett Cooley había sido un miembro de la comunidad respetado. Venerado, casi adorado.

—Al menos, es un final —dijo ella—. Para ti. Para Kay-Kay. Incluso para Lorena. El nombre de su marido ha sido exonerado. Y ella también, me imagino. Siempre hubo gente que pensó que tenía que ver con la muerte de su hija.

—Quizá sea cierto, aunque no de la forma que ellos piensan.

—¿Qué quieres decir?

—Doc dijo que nos había tomado a todos por tontos.

—No lo entiendo.

Quizá fuera debido al trauma que acababan de atravesar, pero había muchas cosas que todavía no entendía. Y era posible que, con Cooley muerto, no supieran nunca todos los detalles.

—He estado intentando pensar en lo que quiso decir —dijo Ben—. Y ahora, creo que sólo hay una persona que pueda decírnoslo.

Lorena Delacroix abrió mucho los ojos cuando abrió la puerta y vio a Ben en el umbral. Ben sabía que Doak la había llamado aquella mañana para contarle lo de Doc, pero él no había tenido tiempo de ir a su casa en todo el día.

Había llevado a Callie al hospital, y cuando les dieron los resultados del escáner y del reconocimiento, ya había pasado toda la mañana. Debido a la gravedad de la contusión, los médicos habían decidido que se quedara en observación durante toda la noche.

Sabiendo que estaba en buenas manos, Ben se había pasado la tarde ayudando en la investigación en casa de Doc, y colaborando en los informes sobre lo que había ocurrido. Había perdido la noción del tiempo, pero debía de ser bastante tarde, porque Lorena ya estaba en camión.

A pesar de la hora, Lorena todavía estaba perfectamente peinada y maquillada. Él no debería sorprenderse por aquel cuidado con su apariencia, ni siquiera teniendo en cuenta las noticias que había recibido aquel día. Desde que se había casado con Tom Delacroix, Lorena se había esforzado por dar aquella imagen de rica de toda la vida. O, al menos, su versión de aquella imagen.

La impresión que se había reflejado en sus ojos se vio reemplazada por algo

que se parecía sospechosamente a la satisfacción.

—Supongo que alguien te ha advertido —le dijo.

Ben había ido allí a pedirle una explicación sobre el comentario de Doc. No entendía lo que le acababa de decir, ni aquella media sonrisa de superioridad. Y menos, en el contexto de todo lo que había ocurrido.

—¿Advertirme de qué?

Todavía le dolía la cabeza de lo que Doc le había inyectado, y no se acordaba de la última vez que había dormido más de dos horas seguidas, o de que había comido algo. Y cuando lo hizo, recordando también el sabor de la boca de Callie cuando la había besado, dulce y fría de la tarta de melocotón, sintió ansia por atajar cualquier comentario venenoso de Lorena.

—Ya le he contado a los medios de comunicación cómo ocultaste las pruebas que podían aclarar nuestra inocencia, aunque lo sabías. Y lo hiciste hasta que Callie Evers vino aquí y te pidió que hicieras algo al respecto. Eso va a estar en todos los titulares, aparte de que tú hayas descubierto, finalmente, al asesino de Kay-Kay. Así que no creas que vas a salir de esto con todos los honores, Ben Stanton.

—Yo estaba equivocado en cuanto a Tom, y lo he admitido públicamente —respondió, cada vez más furioso—. Pero quizá si me hubieras contado la verdad desde el principio, yo no habría llegado a una conclusión errónea en cuanto a tu marido.

Hubo una sombra de sorpresa y de miedo en sus ojos, pero Lorena la controló rápidamente. Y después, su mirada se hizo otra vez dura y fría.

—No sé de qué estás hablando, pero no tengo interés en escuchar tus excusas. Se ha terminado, Ben. Es un hecho consumado, y no hay nada que puedas hacer para evitarlo.

Empezó a cerrar la puerta, pero al ver la expresión de regodeo de su cara, reaccionó y puso la mano en la puerta para frenarla, y empujó hacia adentro. Ella tuvo que dar un paso hacia atrás, y abrió mucho los ojos de nuevo.

—Me dijiste que Kay-Kay era hija mía, pero era una mentira, ¿no? —le preguntó—. Me mentiste, exactamente igual que mentiste a Tom. Estoy aquí para que me digas cuál fue la mentira que le dijiste a Doc.

—No sé de qué estás hablando.

—Antes de morir, Doc me dijo que tú nos habías tomado por tontos a todos. Me puse a pensar en ello, y recordé que un par de noches, hace años, vi el coche de Doc en la puerta de tu casa. Al ser amigos Tom y él, no me dio mucho que pensar. Pero al menos, una de esas noches Tom estaba fuera de la

ciudad. Recuerdo que pensé que aquello era extraño. Me pregunté qué haría Doc aquí tan tarde por la noche.

—Everett Cooley era mi médico de cabecera.

—Y también era tu amante —le dijo Ben, con claridad. No podía demostrarlo, pero teniendo en cuenta lo que habían encontrado en casa de Doc...

—¿Cómo te atreves? —le preguntó Lorena, indignada.

—Tengo las fotografías —dijo él. Ver su cara cuando asimiló lo que le estaba diciendo casi le causó satisfacción suficiente para compensarlo por todo lo que aquella mujer les había hecho—. Ahora son pruebas —continuó—, pero cuando todo esto termine, es posible que las recuperes. Tu abogado puede intentarlo.

Ella tragó saliva.

—¿Pruebas?

—Esas no son las únicas fotografías que hizo Doc —dijo él, sin piedad. No se sentía generoso en aquel momento. No, con Callie en el hospital, y después de que Lorena hubiera llamado a los periódicos para hacer todo lo posible por ensuciar su nombre—. ¿Sabías que había más? La fotografía era una afición del viejo Doc.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando —respondió ella, empujando la puerta de nuevo para cerrarla. Sin embargo, la mano de Ben sobre la madera se lo impidió.

—Estoy hablando de las fotos que le sacó a tu hija.

A Lorena le tembló un párpado antes de decir:

—Kay-Kay era muy fotogénica. Mucha gente le hacía fotos. La gente la adoraba.

—Pero Doc la adoraba demasiado. Y tenía una forma muy extraña de demostrarlo. A propósito, las fotos que le sacó a Kay-Kay eran mucho más reveladoras que las tuyas.

Ella no lo sabía. Aquello también fue obvio en su mirada. Parecía que sentía lo mismo que había sentido él cuando las había encontrado. Y, por supuesto, las de Kay-Kay no eran las únicas fotos que había encontrado.

Aquello era lo que había estado haciendo Doc mientras él estaba inconsciente en el suelo de la consulta. Había tomado todo lo que tenía escondido en sus archivos médicos y lo había metido en su maletín, el que llevaba a todas partes con él. Lo habían encontrado en el asiento delantero de su coche.

Nunca sabrían lo que se proponía hacer después de haber guardado toda aquella pornografía. Y después de haberse ocupado de Callie y de él. ¿Pretendía dejar el pueblo y «retirarse» en algún lugar lejano? ¿O solamente quería destruir las pruebas de su afición secreta, por si acaso se volvía sospechoso cuando la policía encontrara sus cuerpos?

—Cuando llevaba a Kay-Kay a su consulta, siempre me quedaba con ellos —dijo Lorena—. Nunca jamás me pidió que saliera. No es posible que...

—¿Y cuando Tom y él se la llevaban de viaje de caza? O a la playa. ¿Y qué me dices de aquella vez que la llevaron a Disney World? Hay fotos de esas, también. La niña adorada de papá, a la que se llevaba a todas partes con él.

—Si estás intentando decirme que Tom...

—Estoy diciendo que Tom se emborrachaba hasta quedar sin sentido todas las noches. Tú lo sabías. Y entonces era cuando ese viejo enfermo...

—Cállate —le pidió, volviéndose—. Por favor, cállate.

—Le dijiste a Doc que era su hija, también, ¿verdad? Y cuando averigué por Tom que a mí me habías dicho lo mismo, supo que no sólo habías engañado a tu marido, sino que también lo habías engañado a él.

—¿Tom se lo dijo? —le preguntó, con la mirada perdida, sacudiendo la cabeza—. Eso es algo que un hombre nunca querría que nadie supiera. Nunca pensé que Tom...

—¿A qué demonios estabas jugando, Lorena?

A ella le tembló la barbilla, pero se controló en el último momento, y le escupió:

—Me harté de estar casada con un borracho.

—Haberte divorciado, en vez de jugar con la vida de la gente —y en aquel momento, Ben lo entendió todo. La pieza que faltaba de aquel puzzle encajó—. Pero no podías divorciarte. Entonces lo hubieras perdido todo. Los abogados de Tom te hicieron firmar un acuerdo prenupcial, ¿verdad? Si dejabas a Tom, no conseguirías nada. A menos, claro —continuó, según iba hilando sus pensamientos— que pudieras encontrar a alguien que mantuviera el estilo de vida al que te habías acostumbrado. Doc y yo éramos los candidatos más lógicos. Te acostaste con los dos en el momento apropiado, y pensaste que el hijo que tuvieras te serviría de moneda de cambio. Y nosotros dos teníamos dinero. Yo, al menos, la posibilidad.

Sin embargo, Ben no había mordido el cebo. Él habría mantenido a su hija, pero nunca se habría casado con Lorena.

—Yo debía de ser tu segunda posibilidad, porque Doc era obviamente lo

que querías. Más rico que yo, y más viejo. Pero él tampoco se dejó atrapar. Algo te salió mal... ¿Qué, Lorena? Puedes decírmelo a mí, o contarlo ante un jurado.

—No me harías eso —dijo ella.

—No me provoques. Créeme, me encantaría hacerte pasar por lo mismo que le has hecho pasar a este pueblo.

Hubo un silencio antes de que ella confesara:

—Él quería una prueba de paternidad.

—Y tú no podías permitirte, porque eso podría probar la única cosa que tú no querías. Que Kay-Kay no era de Doc. Así que, en vez de acceder, me lo dijiste a mí y después se lo dijiste a Tom, con la esperanza de que yo me casara contigo cuando él te pidiera el divorcio. Pero eso tampoco salió como habías planeado. Y dos días después, la niña estaba muerta.

—No fue culpa mía —dijo ella—. La muerte de Kay-Kay no tuvo nada que ver...

—Le rompiste el corazón, Lorena. Tom quería a esa niña más que a su vida, y tú le dijiste que no era suya. Entonces, él se emborrachó y fue a llorar al hombro de Doc, su amigo. Y cuando se lo contó, Doc supo que también le habías mentido.

—Eso no significa que la matara por...

—No —la interrumpió antes de que pudiera terminar—. Es posible que Kay-Kay se estuviera haciendo demasiado mayor y él se diera cuenta de que lo que había estado haciendo era muy peligroso. O que hubiera llegado a un punto en el que no pudiera parar. Creo que, una vez que esto salga a la luz, habrá muchas otras denuncias. O quizá —añadió, suavemente—, quizá Everett Cooley te conociera mejor que ninguno de nosotros.

Ella lo miró. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—A él no le gustaba que lo tomaran por tonto. Y supongo que no le gustó nada que alguien como tú le mintiera y cargara con aquello. Así que supuso que la mejor forma de vengarse de ti y protegerse a sí mismo era matar a lo único que tú habías querido, aparte de a ti misma. Mató a tu niña por lo que le habías hecho. Y eso es algo con lo que vas a tener que vivir el resto de tu vida, Lorena.

Epílogo

Le había pedido a la enfermera que dejara la luz encendida, pero cuando abrió los ojos, Callie sólo vio la oscuridad. Volvió la cabeza hacia la puerta y vio un resquicio de luz.

En aquel momento, ya estaba lo suficientemente despierta como para darse cuenta de que había alguien a su lado, y como para saber quién era.

Apoyó la mejilla en el pecho de Ben y aspiró. La fragancia a limpio de su camisa era mucho más agradable que el olor aséptico del hospital, que le recordaba tanto a la consulta de Cooley. Se acurrucó contra él, sin importarle lo que dirían las enfermeras a la mañana siguiente. Ya había cerrado los ojos cuando sintió su voz retumbarle en el pecho:

—¿Estás bien?

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó ella, y le acarició la barbilla con los dedos. Era evidente que acababa de afeitarse. Se había duchado y cambiado de ropa, y después había ido al hospital de nuevo para tumbarse a su lado.

—No podía dormir.

—En serio.

—Sabía que me sentiría mejor si estaba contigo.

A ella le gustó aquello, significara lo que significara. Se quedaron en silencio unos minutos, escuchando los ruidos del pasillo.

—¿Has hablado con Lorena?

—Sí, y antes de que me preguntes, te diré que es mejor que no sepas nada.

—Quiero saber por qué las mató. Necesito saberlo, para poder continuar. No debería importarme, lo sé, pero...

—Era un viejo enfermo. Olvídalo, Callie.

—No era un viejo cuando mató a mi hermana.

Más silencio, pero incómodo en aquella ocasión. Entendía por qué motivo Ben no quería hablar de ello, pero si no lo hacían, quedaría entre ellos. Al menos, hasta que ella lo entendiera.

—A él le gustaba la adulación. Tener pacientes que lo adoraran, como Phoebe y Virginia, chicos como yo, que habíamos crecido tomándolo como ejemplo. Hacía cosas como organizar aquellas clínicas gratis en verano para

obtener el reconocimiento de la comunidad. Y lo conseguía. Era un líder en el pueblo. El médico sabio y bondadoso, que también tenía un cariño especial por las niñas rubias como ángeles. Cuanto más pequeñas, mejor.

—Ha habido más —susurró Callie, sintiendo amargura en la garganta.

—Docenas, pero no asesinó a ninguna más, que sepamos.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué mató a Kay-Kay y a Mary?

—Creo que a Kay-Kay para vengarse de Lorena, aunque...

—¿Aunque qué?

—Probablemente, nunca sabremos por qué mató a Mary —dijo él, sacudiendo la cabeza suavemente—. Quizá no pudo resistirse a tocarla, y ella lo amenazó con decir lo que había hecho. Y seguramente, él sabría que tu padre no era de los que se dejaban intimidar para no hablar.

Aquello era muy cierto. Seguramente, él se estaba basando en lo que ella le había contado sobre la insistencia de su padre al asegurar que aquella noche había cerrado las puertas de la casa.

Y seguramente, su padre se habría entusiasmado con la idea de aquellas clínicas gratis que Cooley organizaba. Lo habría visto como algo muy beneficioso para los miembros más pobres de su congregación. Era muy probable que hubiera llevado a Mary y a otros niños de la parroquia a visitar a los médicos... A él le encantaba alardear de sus niñas. Con aquel recuerdo, el primero que se había permitido tener en muchos años de aquel hombre dulce y bueno, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No sé cómo entró Cooley en tu casa aquella noche. Quizá Mary le abriera la puerta. Sé que Kay-Kay lo hizo. Él debió de tirarle una piedrecita a la ventana, o algo así, y ella bajó a abrirle. Entonces él pudo llevársela a donde quiso. Kay-Kay lo quería mucho —dijo, con la voz apagada al pensar lo que había hecho Doc aprovechando aquel cariño—. Con Mary... Es posible que ni siquiera tuviera intención de matarla. No sé lo que ocurrió. Puede que Mary gritara, y él pensara que tenía que hacerla callar...

Aquellas palabras entrecortadas tocaron una fibra muy profunda de su memoria. Aquella explicación era cierta.

Mary había gritado. Había luchado y se había retorcido. Después se había quedado inmóvil. Aquel hombre se había inclinado sobre ella.

—¿Y no volvió a hacerlo? ¿En todos estos años? ¿Es posible?

—Doc era un hombre muy controlado. Valoraba la opinión de la comunidad por encima de todo. Además, seguramente consideraba que lo que le ocurrió con Mary fue un accidente. Quizá lo fuera.

—¿Y a Kay-Kay? ¿Estás sugiriendo que aquello también fue un accidente? ¿Y lo que intentó hacerme a mí?

—Tú pusiste en peligro todo aquello por lo que él había luchado.

—Porque podía vincularlo a Mary. Pero, ¿cómo se enteró? La primera vez, en la bahía, ni siquiera me había visto antes. Y yo no les había dicho a Virginia ni a Phoebe nada sobre Mary. No se lo había dicho a nadie más que a ti. ¿Cómo podía saber él que yo era una amenaza?

—Callie —dijo él suavemente.

Durante un segundo o dos, ella pensó que le estaba pidiendo que no continuara hablando de aquello, que lo dejara. Y entonces...

—Él reconoció mi nombre.

—Seguro que Phoebe le contó todo acerca de su nueva huésped, y le dijo de dónde eras. Ella siempre se lo contaba todo. Tu nombre es lo suficientemente poco común como para que él lo reconociera rápidamente. Y seguro que había estado esperando, durante todos estos años, a que apareciera alguien que pudiera relacionarlo con Mary.

—Entonces, ¿por qué hizo exactamente lo mismo con Kay-Kay? ¿Por qué le dibujó una rosa en la nuca? ¿Por qué la bañó?

—Por las mismas razones que tuvo para hacerlo la primera vez. Porque hay impulsos más fuertes que la lógica y que el intelecto. Y recuerda que, si yo no hubiera visto la rosa...

Cooley no había mencionado la rosa en los informes de la autopsia, ni había incluido ninguna fotografía, por supuesto. Él no sabía que Ben la había visto. Y si Ben no la hubiera visto, nadie habría sabido nunca que estaba allí.

—Virginia sabía lo de la clínica —dijo ella.

—Mucha gente lo sabía. Ella llamó a Doc esa mañana, a propósito. No sé si ató cabos, o simplemente él tuvo miedo de que los atara. Puede que ni siquiera le dijera nada acerca de la clínica. A lo mejor Phoebe y Hobart le pidieron a Doc que fuera a Bragg, porque en aquel momento estaba en el mismo estado, y Virginia se acordó de eso.

¿Y qué habría pensado Phoebe?, se preguntó Callie al recordar cómo le temblaban las manos a la anciana cuando le había dicho que odiaba ser vieja y no saber lo que estaba bien o mal. ¿Sería posible que Phoebe estuviera intentado decidir si debía implicar a un viejo amigo en algo tan terrible que ni siquiera podría creer que fuera cierto?

—Pobre Phoebe —susurró.

—Mucha gente del pueblo no va a poder creerse que fuera Doc,

descubramos lo que descubramos. Cooley era un héroe para la gente. Un modelo, alguien a quien amaban.

Amar. Aquella palabra le pareció a Callie un eco en la oscuridad. «Se llama hacer el amor», le había dicho Ben la noche anterior.

—Y... ¿ahora qué?

Él no respondió durante un instante muy largo. Lo suficientemente largo como para que ella alzara la cabeza para mirarlo por primera vez. Él tenía los ojos fijos en el techo.

—Esto levantará mucho interés entre los medios de comunicación. Ya habrá empezado. Lorena ha ayudado mucho, pero... sospecho que a partir de ahora se retirará. Las cosas volverán a la normalidad, finalmente. Un asesinato sin resolver es siempre mucho más interesante que uno resuelto.

—Querrán saber cosas sobre Mary —dijo ella, al empezar a entender lo que implicaba que la prensa mostrara interés por ella.

—Y del suicidio de tu padre. Y de ti.

—Dios —dijo ella, en voz muy baja.

Hubo otro silencio.

—Tengo un barco —le recordó él.

A pesar de todas las cosas sobre las que habían hablado aquella noche, hubo algo en su tono de voz que hizo que Callie sonriera. Él bajó la cabeza y se echó un poco hacia atrás en la cama para verle la cara.

—¿Me estás ofreciendo una escapada?

—Estoy ofreciéndote... —titubeó, y ella notó que tomaba aire antes de continuar—. Estoy ofreciéndote lo que quieras aceptar.

—Esa es una invitación muy amplia —dijo ella, sonriéndole.

—Sí, lo es.

Él no le había sonreído en respuesta. Sus ojos estaban muy azules en la penumbra. Después de un momento, ella sacudió la cabeza.

—No estoy muy segura...

De repente, bajo su mirada, se quedó sin palabras y se le aceleró el corazón.

—No tienes que estarlo —le dijo Ben—. Yo tampoco estoy seguro, pero... quiero que lo intentemos. Quizá descubramos que no nos gustamos...

—No. No lo descubriremos.

—No ha habido nada, ni lo más mínimo, normal en nuestra relación. Casi nada normal —se corrigió, dejando que su boca se relajara en una sonrisa.

—Sí —dijo ella.

—¿Sí?

—Sí. Lo que sea.

—Demonios, no llores.

—No estoy llorando —dijo ella—. Sólo estoy cansada. Contusionada. Y tengo el cúbito roto.

—¿Qué?

—El cúbito. Es el hueso más pequeño... —entonces se interrumpió, porque vio la risa en sus ojos.

—Sólo me estaba asegurando de todo. No quiero que haya ninguna sorpresa desagradable una vez que ya estés a bordo.

—Creo que ya hemos tenido suficientes sorpresas desagradables.

—Las suficientes para una vida entera —dijo Ben, pensando en el médico al que había admirado toda su vida.

—Así que... ¿adónde nos vamos con ese barco tuyo? —le preguntó ella.

—A alguna de las cientos de playas escondidas que hay por esta costa. O quizá a unas marismas.

—A esas en las que nos escondimos anoche.

—Quizá. O quizá nos quedemos cerca de la civilización un par de días, hasta que estemos seguros de que estás bien.

—Estoy bien. Al menos, lo estaré... ¿Y después?

—No sé qué piensas de Point Hope, pero a pesar de todo, es un buen lugar para vivir —ella sintió una presión en la garganta al oír aquello, y no pudo responder durante unos instantes—. A menos que alguien te espere en Carolina del Norte —añadió él, al no obtener respuesta.

solamente recuerdos. Y no los quería. Quería atesorar recuerdos nuevos. Y la mejor posibilidad de hacerlo...

—No me espera nadie. Allí no.

—Libre y despreocupada —dijo él, acariciándole el pelo con los labios.

Ella sonrió. Y entonces, le dijo un secreto que él tenía que saber.

—Una vez hubo un hombre... —comenzó, pero volvió a sentir la presión de la emoción en la garganta, al pensar lo cerca de sus expectativas que estaba aquella realidad. No había mucha gente en el mundo que pudiera decir lo mismo.

—¿Un hombre? —preguntó él. Se había quedado muy tenso—. ¿Alguien sobre el que deba saber algo?

—Lo conocía sólo por fotografías, por recortes de periódicos. Conocía la historia de lo mucho que había tratado de encontrar al asesino de una niña, y sobre cuánto le importaba. Y creo que sabía incluso entonces, que si había

alguien en el mundo que... Vine aquí buscándote —dijo ella— porque sabía que eras el único que podrías ayudarme a encontrar al asesino de Mary, pero creo que también sabía...

—Callie —dijo él, y aquella vez, ella sí supo lo que significaba.

Alzó la cabeza y él la besó con la dulce maestría que ella recordaba. Mucho más poderosa que cualquiera de sus expectativas.